

144
CIC

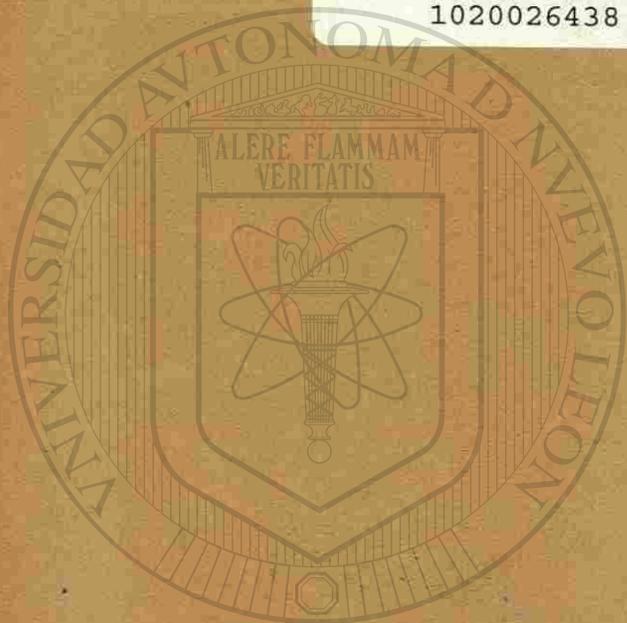
FAYAL

LA
FABRICA
DE
CRIMENE

PQ2244
.F2
F38



1020026438



UANL



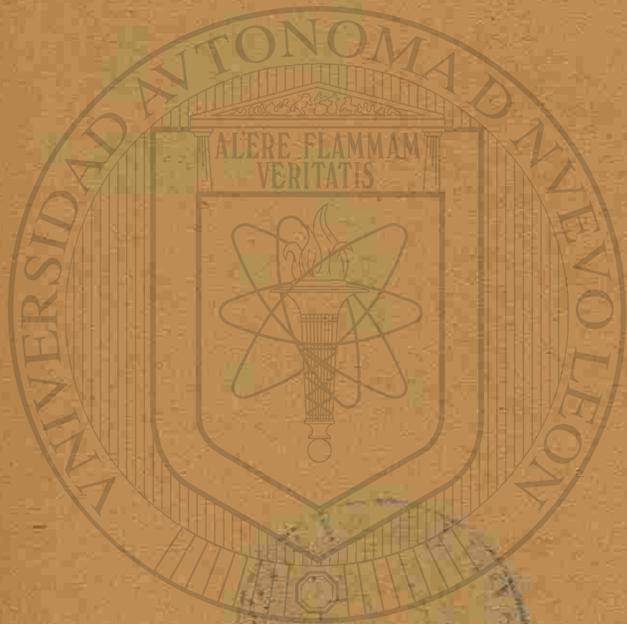
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

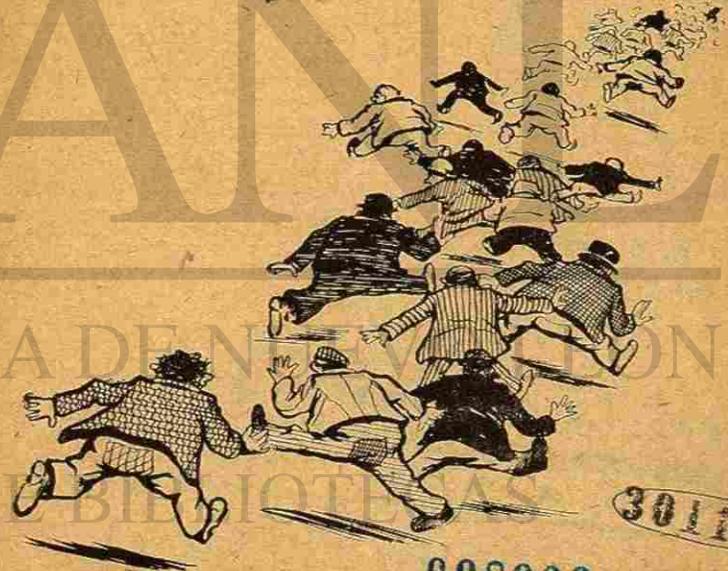
*Colección de
Novelas espantosas.*



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

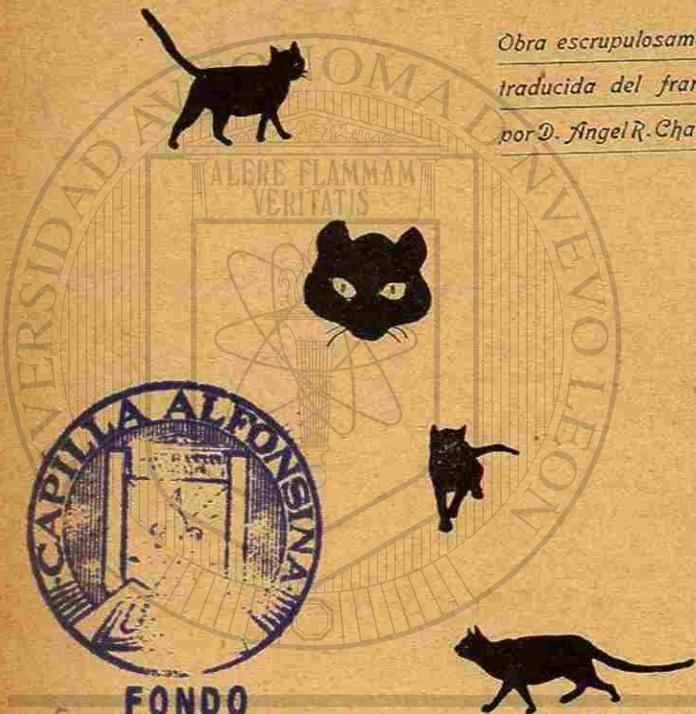


®

30113

098906

*Obra escrupulosamente
traducida del francés
por D. Angel R. Chaves.*



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

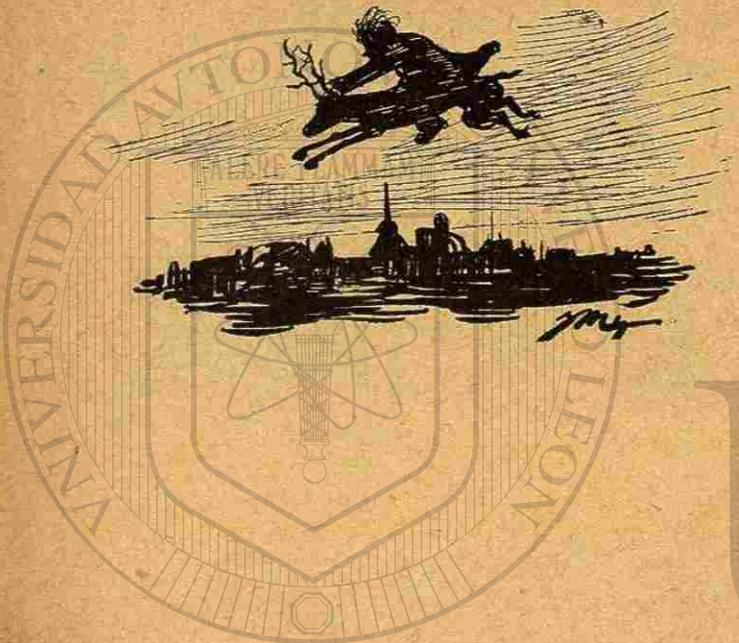
**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**



7.300 VICTIMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

REGISTRACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La fábrica de Crímenes,
por P. Feval, traducción
de Angel R. Chaves, ilus-
traciones de Montagud. ✻

COLECCION DE NOVELAS ESPANTOSAS

PAUL FEVAL

Versión castellana de ANGEL R. CHAVES

LA FÁBRICA DE CRÍMENES

100 folletines
á 73 asesinatos por folletín
7.300 víctimas.



Ilustraciones
de Montagud. ®

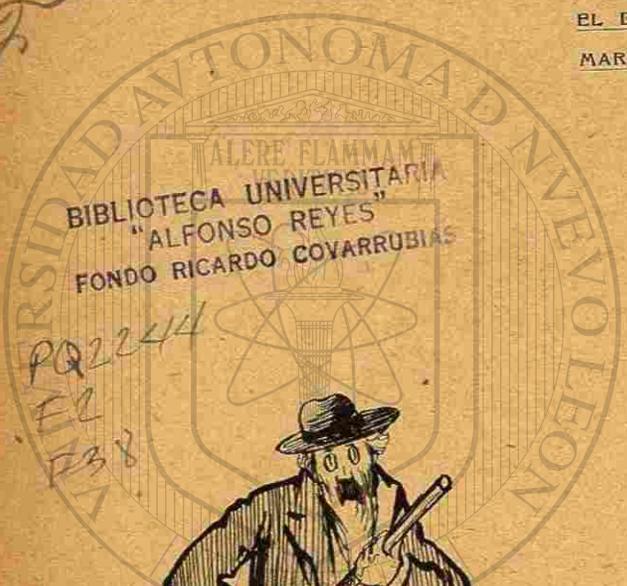
MADRID
H. LOPEZ DEL HRCO, EDITOR

Don Ramón de la Cruz, 18.

1905

643
2

☞☞ QUEDA HECHO.
EL DEPOSITO QUE
MARCA LA LEY ☞☞



PQ2244
EL
P38

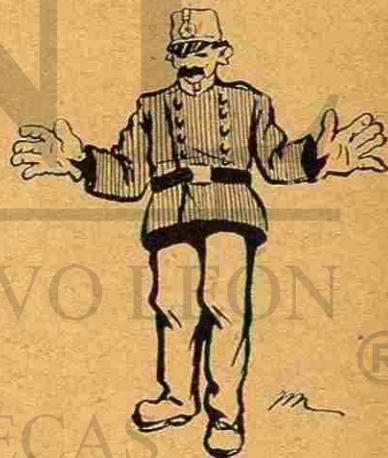


ma



La Fábrica

de



ma

Crímenes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo.
32 duplicado. Teléfono 1.977.



PRÓLOGO

Hace muchos años que las fábricas de crímenes no producen nada.

Desde que han sido inventados el naturalismo y el realismo, el público honrado é inteligente parece de hambre, porque al decir de los comerciantes, Francia cuenta con dos millones de consumidores que no quieren otro alimento que el crimen.

Y, sin embargo, el mismo teatro no produce ya más que piezas cómicas y operetas, y abandona el melodrama.

Esto tenía que traer una reacción, y la reacción ha venido. El crimen va á recobrar su imperio y á cotizarse en alza.



No tardaremos en ver plumas delicadas y verdaderamente francesas poner el punto final á sus escritos espirituales y elegantes para empapar sus puntas en sangre.

Las nuevas generaciones van á ver reaparecer, con otros nombres, aquellas fábricas de espantosos crímenes que habían caído en la inacción.

Para la radical conversión de esos delicadísimos ingenios de que hablamos á todas horas faltaba un motivo, y tal motivo es el alza del crimen, alza que se ha producido ya con tal intensidad, que la Academia francesa ha tenido últimamente que oponerse á la benévola iniciativa de un aficionado que se empeñaba en fundar un premio Montyon para el crimen.

Hubiéramos podido, imitando por supuesto al autor del *Quijote*, burlarnos de los gustos de nuestro tiempo; pero después de estudiar detenidamente esta interesante desviación del carácter nacional, hemos preferido estimularla.

Por ello es por lo que, llenos de confianza, proclamamos las excelencias de esta obra extraordinaria, que no admite un más allá en la vía del crimen á precios módicos.

Después de un detenido examen hemos quedado satisfechos. La competencia es imposible.

Hemos barrido, completamente barrido, todo lo que sirve de embarazo á un libro. El ingenio, la observación, la originalidad, hasta la misma ortografía, ha desaparecido. Nosotros no queremos más que el crimen.

Por término medio, cada capítulo contendrá setenta y tres asesinatos ejecutados con el más escrupuloso cuidado, unos frescos y otros con el tiempo bastante para que la estancia de las víctimas en una cueva ó en cualquier mansión, las presente en el suficiente grado de descomposición para conmovér á los estómagos delicados.

Las personas estudiosas que buscan proce-

dimientos poco conocidos para destruir, ó simplemente estropear á sus semejantes, encontrarán aquí muestras curiosísimas del artículo que traten de poner en circulación en los mercados.

Por medio de un trabajo de concentración bien conocido, hemos reunido aquí los procedimientos más nuevos, ya para destripar niños, ya para ahogar doncellas indefensas, ya para empalar venerables ancianos ó deshuesar militares de cualquier graduación.

En una palabra, doblar, triplicar, centuplicar el consumo de asesinatos, tan necesario para la salud de este siglo decadente, es el fin que nos proponemos

Bien hubiéramos querido fijar en todas las esquinas de la capital colosales anuncios en relación con la estimación en que tenemos nuestra obra; pero la carestía que ahora tiene el papel, nos obliga á dar sólo aquí el texto del anuncio, tal como le teníamos ya redactado.

Este dice sencillamente:

¡Éxito inusitado, prodigioso, estúpido!

LA FABRICA DE CRIMENES

NOVELA ESPANTOSA

Escrita por

Un asesino.

Europa entera aguarda la aparición de esta obra extraña, cuyo interés, concentrado más allá de los límites de la epilepsia, acaba por atrofiar al lector.

Tropman, era un niño de teta al lado del autor de esta obra.

100 folletines

á 73 asesinatos por folletín, dan el hermoso total de

7.300 víctimas,

que pertenecen por completo á Francia, como debe ser en una *novela nacional*.

Para que no se llamen á engaño las *cinco partes* del mundo, se admitirá la devolución,

con una pérdida insignificante, de los capítulos que no contengan la cantidad apetecida de *monstruosidades culpables*, entre las que no se comprenderán los robos, violaciones, sustitución de niños, falsificaciones de escrituras públicas ó privadas, corrupción de menores, infracciones, escalos, abusos de confianza, allanamientos de morada, fraudes, estafas, capciones, ni siquiera los

ATENTADOS AL PUDOR

Estos diferentes crímenes y delitos se encuentran sembrados á manos llenas en esta *obra sin precedente*, conmovedora, aterradora, incisiva, convulsiva, verdadera, increíble, espantosa, monumental, audaz, sepulcral y monstruosa, en una palabra,

CONTRA NATURA

de la cual todo encarecimiento será pálido.

Todo lo que de ella puede decirse es:

LEED



CAPITULO PRIMERO

Messa.—Sali.—Lina.

Eran las diez de la noche...
Tal vez las diez y cuarto;
pero no más.

Por la parte de la derecha el cielo estaba sombrío. Por la izquierda se veía en el horizonte un resplandor de origen misterioso.

No era el de la luna... La luna es muy conocida; las auroras boreales son raras en nuestros climas y el Vesubio está lejos.

¿Qué era aquel resplandor?

Tres hombres seguían en silencio una de las aceras de la calle de Sevigné y marchaba uno detrás de otro. ¡Eran tres desconocidos!

Sus sordas alpargatas y el paso receloso que empleaban en su excursión, decía bien claro que les importaba evitar la inspección de los agentes nocturnos.

La calle de Sevigné, centro de un barrio po-

puloso, no tenía los caracteres de limpieza que la han hermoseedo en nuestros días. Las aceras eran estrechas, el empedrado desigual, el alumbrado deficiente, y por su centro corría un arroyo de color indefinido y del que se desprendían emanaciones particulares, en las que se reconocían claramente la sangre y las lágrimas.

Pasó un coche de plaza.

El Afilador imitó el silbido de un mirlo; el Organillero y el Cochero cambiaron una rápida señal de inteligencia.

Era Mustafá, que sólo pronunció estas palabras:

—¡Esta noche! ¡Silvio Pellico!

En el momento en que el reloj de Carnavalet daba la última campanada de las once, una mujer, joven todavía, de fisonomía ajada, pero fresca aún, entreabrió sin ruido una ventana situada en el tercer piso de la Casa de Justicia.

Una sombra de tristeza envolvía sus facciones alteradas por el sufrimiento.

La mujer dirigió una escrutadora mirada a la parte del cielo iluminada por el siniestro resplandor, y dijo suspirando:

—El Occidente arde. ¡El Hijo de la Condenada debe haber llevado el incendio al seno del castillo de Maurusse!

El canto de la alondra se dejó oír en un tejado

próximo, y los tres desconocidos de la calle se detuvieron, como movidos por un resorte.

Simultáneamente levantaron la cabeza y se estremecieron.

El primero era un hombre hermoso, á pesar de un parche que le cubría el ojo derecho, la mejilla, la mitad de la nariz, las tres cuartas partes de la boca y toda la barba.

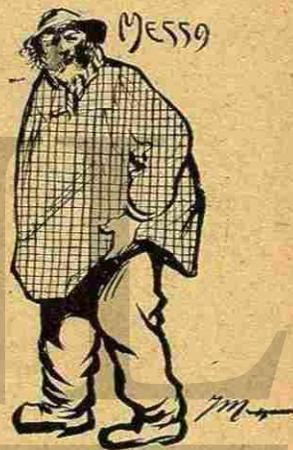
Con aquel emplasto de dimensiones inusitadas, el más fino observador hubiera dudado en reconocerle.

Por lo demás, nada en él era extraordinario. Caminaba á saltitos, como los pájaros, y su traje consistía en una gorra moldava y en una blusa garibaldina.

La forma de su pantalón revelaba haber sido cortado en los desfiladeros del Cáucaso, y no llevaba medias, ni condecoraciones extranjeras.

Bajo su blusa escondía el ataúd de un niño.

El segundo, más joven, y vestido como los comerciantes de marchamos, llevaba, además, unos anteojos con montura de similor, para disimular



su considerable extravismo, que descomponía un tanto la regularidad de sus facciones.



El tercero y último, dotado de una fisonomía en apariencia insignificante, pero feroz en realidad, vestía el traje de los hombres de mar, salvo llevar levita y corbata blanca, chaleco de seda color lila y pantalón escocés.

Evidentemente los tres habían adoptado aquellos disfraces para pasar inadvertidos en la calle de Sevigné.

¿Cuáles eran sus propósitos?

Fácil era reconocer, á pesar de la máscara de tranquila indiferencia que se pintaba en sus semblantes, que eran tres malhechores tan inteligentes como endurecidos.

En el momento en que alzaron los ojos al tejado de donde había partido el canto de la alondra, una antorcha se encendió y describió en los aires un círculo de fuego.

—¡Es la señal!—dijo el primero de los desconocidos.

—El camino está libre—añadió el segundo—; nada nos detendrá.

El tercero concluyó:

—¡Muerte á los enfermos del doctor Fondant!

La ventana del tercer piso se cerró con precaución, y Mandina de Hachecor, la amante del gendarme (porque era ella) pensó en voz alta:

—¡Mustafá tarda mucho! ¡Si el Hijo de la Condenada ha logrado su objeto, no se ha perdido todo!

Dicho esto desapareció, después de haber lanzado una pester mirada al resplandor lejano que iluminaba la porción occidental del horizonte.

La experiencia del peligro le había enseñado



á contener la expresión de sus temores y de sus esperanzas.

Todo el mundo sabe en París cuál es la magnitud de los vehículos de la antigua Compañía Richer, pertenecientes hoy á MM. Lésage y Compañía, industriales de la Villette.



Uno de estos carruajes, tan apropiado por su tamaño para ocultar armas prohibidas, que, merced á las trampas de que están dotados pueden aprovechar muy bien los conspiradores, se había detenido delante de la acera.

En aquel momento ocultaba á nuestros tres desconocidos á toda mirada.

Estos se examinaron minuciosamente.

—¡Messa!—dijo con misterio el que parecía un hombre hermoso á despecho del colosal emplasto.

—¡Sali!—murmuró el segundo.

—¡Lina!—acabó el tercero.

Gringalet, el hijo natural del ujier de la plaza de los Vosgos, oyó aquellas extrañas sílabas. Mentalmente las reunió, y dijo para sí:

—¡Eso quiere decir Mesalina!

Era un impúber vivo, flaco, gracioso y risueño, como todos los pilluelos de París.

El carruaje de transporte estaba tirado por tres hermosos percherones.

Gringalet se deslizó como una serpiente entre la cola y la grupa de uno de aquellos animales.

Una vez instalado allí convenientemente, prestó oído. Su curiosidad se había despertado. Su inteligencia precoz le advertía que aquel nombre, cortado en tres pedazos, era síntoma de una situación conmovedora.

Con efecto, el que había pronunciado la palabra Messa tendió la mano á los otros dos. Estos, á su vez, cambiaron con él signos indudablemente de ellos sólo conocidos.

Después Sali sacó de su seno un pliego sellado con las armas de los Rudelame de Cartagena, antiguos señores del país, arruinados por cataclismos sociales y políticos, y Lina mostró una botella lacrada sobre pergamino verde.

—¡Diez y ocho!—murmuró en voz baja.

—¡Veinticuatro!—replicó Sali.

—¡Treinta y tres!—gruñó Messa con acento

cavernoso—. ¡Todos los clientes del doctor Fondant!

—¡Todos los clientes del doctor Fondant!—re-
pitieron Salí y Lina!

Gringalet creía soñar.

Messa prosiguió, alzando ligeramente su parche
para aspirar más cómodamente el aire de la noche:

—¡Total, setenta y tres! Es nuestra cuenta.

Los otros dos repitieron como un eco:

—¡Setenta y tres! Esa es nuestra cuenta.

Y Messa añadió con alegría feroz:

—El señor duque quedará contento, puesto que
le llevo á un niño de propina.

Al decir esto golpeó el ataúd, del que arrancó
un sonido lúgubre.

Gringalet comprendía de un modo vago.

La sangre se le helaba en las venas.

—¡Luego, lo que dicen las novelas á cuartillo
de real la entrega, no es un sueño!—pensó—. ¡Pa-
ris encierra misterios espantosos! Estos descono-
cidos pueden ser los ratas del impace de Gue-
mensí.

La voz se le ahogó en la garganta y su cuerpo
tembló como si le atacara la fiebre.

La simple cola de un caballo le separaba de una
serie de crímenes que no era posible evitar.

Salí señaló el pliego sellado con armas nobi-
liarias, diciendo:

—El Hijo de la Condenada tiene sus planes. El
señor duque nos convoca para esta noche en las
galerías que pasan por debajo del río.

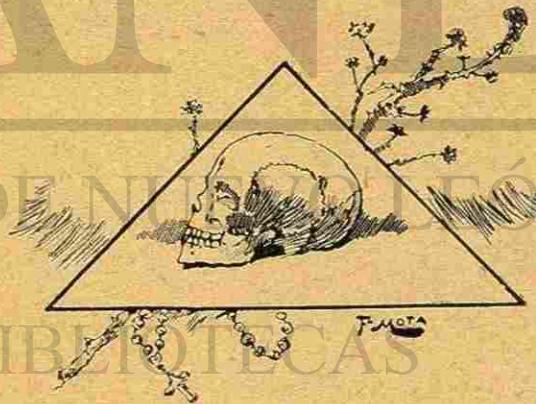
—Está bien—contestó Messa—. Desde la últi-
ma asamblea, trescientos y tantos esqueletos nue-
vos adornan aquellos subterráneos, de que la in-
substancial París ni siquiera sospecha la exis-
tencia.

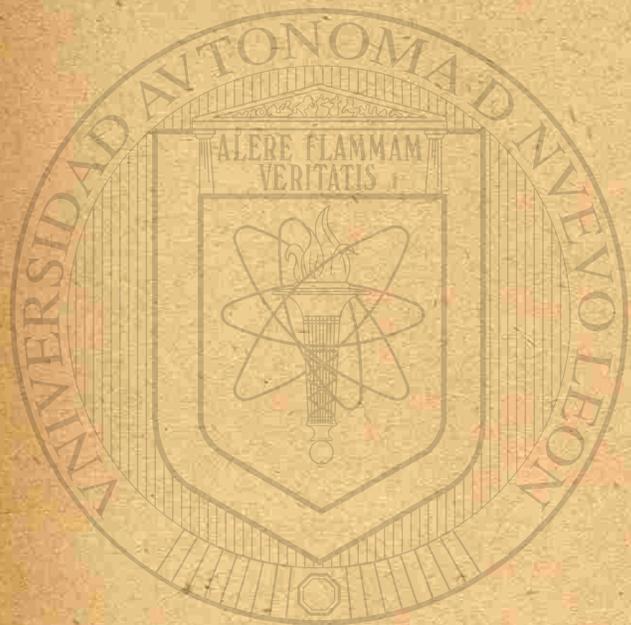
—Esta noche—murmuró Salí con cruel sarcas-
mo—se trata de la joven y hermosa Elvira.

Una triple carcajada de siniestra alegría acen-
tuó aquella declaración.

Lina, descorchando su botella, añadió:

—Dadme vuestros pomos. Mientras el vehículo
nos protege contra las miradas de todos, voy á
hacer la distribución del elixir funesto.





CAPITULO II

La máquina infernal.

Gringalet había leído gran cantidad de novelas criminales, y por ellas conocía los innumerables y horribles peligros que París oculta bajo el risueño manto de sus fiestas.

Pero la distribución de un elixir funesto, destinado quizá á diezmar la población, hecha á las once de la noche en plena calle de Sevigné, traspasaba todos los límites.

Para convencerle de que no era presa de una pesadilla, fué preciso un hecho material.

En el momento en que Lina descorchaba la botella, á fin de llenar los pomos de que iban provistos sus compañeros, un aroma tan vivo y penetrante se esparció en la atmósfera, que los tres malhechores, á pesar de lo habituados que debían estar á aquel olor, estornudaron á coro.

Gringalet estuvo á punto de imitarlos; pero se contuvo temeroso de delatar su presencia.

A pesar de su juventud, no le faltaba perspicacia, y lejos de dejarse abatir por la posición precaria que ocupaba entre la grupa y la cola del ca-

ballo, se dedicó á ordenar en su memoria los detalles de aquella escena inconcebible, á fin de revelarlos al doctor Fondant, que era su bienhechor y su padrino.

Con efecto, el ujier de la plaza de los Vosgos, del que tenía la desgracia de ser hijo ilegítimo, le había abandonado en su más tierna infancia á los cuidados de la diosa casualidad.

No somos aficionados á las digresiones, pero es preciso que declaremos que un hombre como es debido, no debe jamás desprenderse del fruto de sus deslices, sobre todo, cuando se ocupa una posición oficial, por modesta que ésta sea.

Pero sigamos nuestra narración.

Messa y Sali habían presentado á su compañero unos frascos de metal argelino que llevaban sujetos al cuello con una cadena de reloj.

Lina llenó los pomos y dijo con terrible ironía:
—Ahí tenéis lo bastante para adornar nuestros subterráneos.

—¡Silencio!—exclamó Messa, que parecía tener sobre los otros una autoridad moral—. Tenemos una posición agradable en casa del señor duque. No la perdamos por pueriles imprudencias. Muchos oídos nos espían y muchos ojos nos observan. Tenemos con nosotros todos los agentes del poder y todas las hechuras del doctor Fondant: el Organillero, el Afilador y, sobre todo, Mustafá,

que oculta bajo la profesión de cochero de alquiler, un nacimiento feudal y una educación de primer orden. Tenemos á Mandina de Hachecor, que se ha trocado en mujer culpable para espiarnos. Con este único fin ha aceptado el amor de un simple gendarme. La multiplicidad de nuestros enemigos pide mayor circunspección por nuestra parte. El señor duque no es muy estimado en su barrio. Tú, Carapace, ¿sabes cómo se llama esa morada próxima? Se la conoce con el nombre de casa de la Justicia. Tú, Arbol seco, pasas por haber sido mal guillotinado. Yo he perdido con el apodo de Boulet-Rouge toda la consideración de que estaban rodeados mis abuelos. Seamos mudos como piedras y no arriesguemos nuestro bienestar por el simple placer de hacer frases.

Como toda la gente de pelo en pecho, el célebre Boulet-Rouge, el hombre del parche, tenía sus aforismos y hablaba con facilidad. Sus compañeros, menos letrados, se dejaban subyugar por los encantos de su locuacidad.

Gringalet, por el contrario, en interés de su bienhechor el doctor Fondant, era todo oídos, y seguía clasificando en su todavía tierno cerebro los datos que adquiría.

El verdadero nombre de Messa era Boulet-Rouge; Lina se llamaba Carapace, y Sali, Arbol seco.

Este último decía tener en el cuello señales de haber sido guillotinado, y los tres poseían un elixir feroz y trabajaban para un matadero humano desconocido de todos.

Ayer, Gringalet, no era más que un hijo natural que vendía la lista de la lotería y abría la puerta de los coches de alquiler á la entrada de los teatros y bailes públicos. Hoy, el conocimiento de aquellos secretos, le daba la experiencia de muchos lustros.

Sin darse cuenta de ello se sentía agradecido á aquel puesto que no dejaba de ofrecer ciertos inconvenientes.

Aquella naturaleza inculta, pero abnegada y generosa, prefería su molesto observatorio á un lecho de rosas, donde no habría podido ser útil á nadie.

Ahora podría poner término á aquellos setenta y tres crímenes cotidianos que desolaban á la Francia entera.

Estos caracteres se van haciendo raros.

Los tres ratas del impace de Guemensí, tenían sus razones para hablar con toda seguridad en el arroyo de la calle de Seigné.

Además del carruaje que los aislaba por completo, sobre el tejado de la casa de la Justicia, un activo centinela velaba por ellos, pronto á señalarlos todo peligro disparando un cohete.

Aquel centinela era Tancredo, conocido por el Murciélago y antiguo niño de coro de San Eustaquio, despedido por irregularidades cometidas en el cepillo de las ánimas.

Era sobrino de Dinah, Cabeza de Oro, concubina de Arbol seco.

No es preciso exponer ciertos detalles, en apariencia indiferentes, para hacer comprensible la catástrofe verdaderamente extraordinaria que es objeto del presente capítulo.

A las once y trece minutos Madina de Hache-cor, el Escarabajo de Charenton-le-Pont, como le llamaba Brissac, su gendarme y su esclavo, abrió con precaución la puerta del modesto tugurio que albergaba su talento y su belleza.

No era posible verla sin amarla. Vestida con su galante *deshabillé* nocturno, y teniendo en su mano su botella de aguardiente, estaba encantadora.

Con paso seguro subió dos tramos de la escalera, y una vez en lo alto, asomó su hermosa cabeza por un tragaluz para llamar con dulcísima voz á Tancredo, conocido por el Murciélago.

Este velaba. Tenía como de costumbre sed, y no tardó en reconocer la armoniosa voz que ya le había llamado más de una vez para ofrecerle peñascaró ó anisete, porque hay que tener en cuenta que Mandina pertenecía por entero al

doctor Fondant y no retrocedía ante sacrificio alguno por servir los intereses de aquel hombre notable.

Tancredo se acercó, vió á Mandina que le ofrecía una ancha copa de aguardiente, y ésta, usando de las inocentes seducciones de su sexo, le arrastró hasta su estancia, en la que le encerró con doble llave cuidando de echar los cerrojos y de asegurar la puerta con una triple barra de hierro.

Mientras esto pasaba, Messa, Salí y Lina quedaban sin centinela. La seguridad con que creían contar se trocaba en quimera.

Mandina tenía sus proyectos.

Ocultó sus cabellos en su sombrero de paja, se quitó el miriñaque y se puso sobre la propia una nariz postiza.

Disfrazada de ese modo bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones.

En la puerta, le pareció estar todavía poco desconocida; colocó, por exceso de precaución, sobre la falsa nariz unas gafas verdes, propiedad de un joven escritor que comenzaba á hacerse célebre.

Salvada la puerta de la casa de la Justicia, Mandina de Hachecor se deslizó por la acera y pasó como ligera racha de viento por detrás de los tres ratas que seguían conversando.

Boulet-Rouge, que tenía mirada de águila, la

vió, pero engañado por su disfraz, la tomó por una persona cualquiera.

Pocos son los que tienen conocimiento de



aquella gran lucha entre el duque Rudelaine-Cartagena y el doctor Fondant.

Las autoridades han tendido un discreto velo sobre sus horrendos crímenes á fin de no asustar á los turistas que hacen la fortuna de París.

Lo mismo que los tres ratas del impace de Guemansi estaban al servicio del duque, otras tres hermosas y robustas naturalezas reunidas en la acera opuesta trabajaban por Fondant.

Eran Polux el Organillero, Cástor el Afilador y Mustafá el cochero de punto.

Todos tres habían adoptado como disfraz el vestido de las gentes del pueblo.

Notad esto: En otro tiempo la gente del pueblo se disfrazaba de grandes señores para dar sus golpes de mano; hoy, desde que la novela dispone del doble fondo de París, las personas de calidad se cubren de harapos para penetrar en los subterráneos en que palpita el crimen.

Es un cambio de trajes que no carece de novedad.

Mandina se arrancó con rápida mano las narices postizas y los anteojos y se arregló un poco su sombrero de paja. Ya no la faltaba más que el miriñaque para ser ella misma.

—¡París!—dijo temiendo no ser reconocida.

—¡Palmira!—respondieron los tres buenos corazones.

La señorita de Hachecor les preguntó con energía:

—¿Estáis lo bastante convencidos de que soy Mandina, la hija del gran jefe de los Ances, el Escarabajo de Charentor-le-Pont por otro nombre?

—Sí—respondió Mustafá—. Tienes nuestra confianza. Habla.

Y se permitió una galante sonrisa, estilo Regencia. Su debilidad era amar á las damas. Sin tal defecto, hubiera sido perfecto.

Mandina le rechazó con dignidad, diciendo:

—He examinado el cielo con cuidado. Un resplandor extraño ha aparecido hacia la parte del castillo de Mauruse, donde se ha deslizado mi infancia.

Polux, Cástor y Mustafá se miraron sin estremercense.

—¡Que Dios proteja al Hijo de la Condenada!—murmuraron á coro aquellas tres hermosas naturalezas.

Y se estrecharon las manos de un modo particular.

Mandina, conteniendo su emoción, tomó una actitud seductora.

—Esos carruajes gigantescos—prosiguió señalando al vehículo de MM. Lisage y Compañía—son propios para ocultar todos los crímenes.

—¿Tiene acaso animales peligrosos?—preguntó vivamente Mustafá.

Aunque no usaba espada á causa de su condición civil, como digno que era de ceñir una á su cintura, se llevó instintivamente la diestra á la cadera como si quisiera asir el pomo de un arma.

Mandina dejó asomar á sus labios una amarga sonrisa.

—No sé nada—respondió—; no hago alusión á lo que haya dentro, pero si sé que en la acera de enfrente, al abrigo del tal armatoste, he visto reunidos á Carapace, el hombre del elixir funesto; á Arbol seco, el secretario del duque, y á Boulet-Rouge, el asesino de Cent-garde.

Cástor el Afilador rechinó los dientes. Esto no es extraño, porque Cent-garde era su casero.

Mustafá dirigió una torva mirada al vehículo. A dejarse llevar de su natural impetuoso se hubiera lanzado resueltamente á él.

—Boulet-Rouge—añadió Mandina—lleva bajo su camisa el ataúd de un niño.

Un grito de horror salió de todas las gargantas.

Los transeúntes no se apercibieron, sin embargo, de nada. Los pisos bajos de la casa de la Justicia estaban ocupados por dos industriales con patente de invención, un comerciante de betunes inofensivos para lustrar el calzado y un expendedor de cola de pescado.

Uno y otro estaban preocupados por la liquidación del día.

Polux, Cástor, Mandina y Mustafá se aproximaron tan estrechamente que sus alientos llegaron á confundirse.

Aunque esto no debía ser agradable, Mandina con acento cavernoso y dando á su voz inflexiones extrañas, dijo:

—Las cerillas fosfóricas constituyen uno de los más portentosos inventos del siglo. No sólo sirven para evitar al fumador las pesadas operaciones que hasta aquí tenía que hacer empleando la yesca y el eslabón... La ciencia está llamada á sacar inconcebible partido de ese invento. Al ora, por el pronto, puede á nosotros sernos de gran utilidad. El maléfico licor de que esos hombres se valen es un horrible compuesto de materias inflamables y explosivas. Arrimad un fósforo encendido al vehículo, y la imaginación se espanta de lo que podría suceder.

Los compañeros de Mandina se estremecieron. Sólo el espíritu resuelto y pronto de Mustafá apreció las ventajas incalculables de la combustión propuesta.

—¡Yo me atrevo!—dijo con acento indefinible.—Si mi madre me ve desde el cielo donde mora, de sobra comprenderá los motivos que me impulsan á aceptar tal tarea. Es el solo medio honrado

que tenemos para desembarazar á la Europa culta de esos tres ratas maldecidos.

Mandina por toda respuesta le dió su mano á besar.

Cástor y Polux aprobaron con una indicación de cabeza la heroica resolución de Mustafá.

Este, pálido de emoción, pero conservando en las mejillas esas rosetas que indican la tisis galopante, recibió de manos de Mandina uno de los fósforos recientemente inventados.

Provisto de aquel arma incendiaria se deslizó como un tigre hacia el carruaje de transporte.

Un momento más tarde la empresa hubiera fracasado. Messa, Sali y Lina, terminados sus asuntos, se disponían á partir, tarareando una canción patriótica.

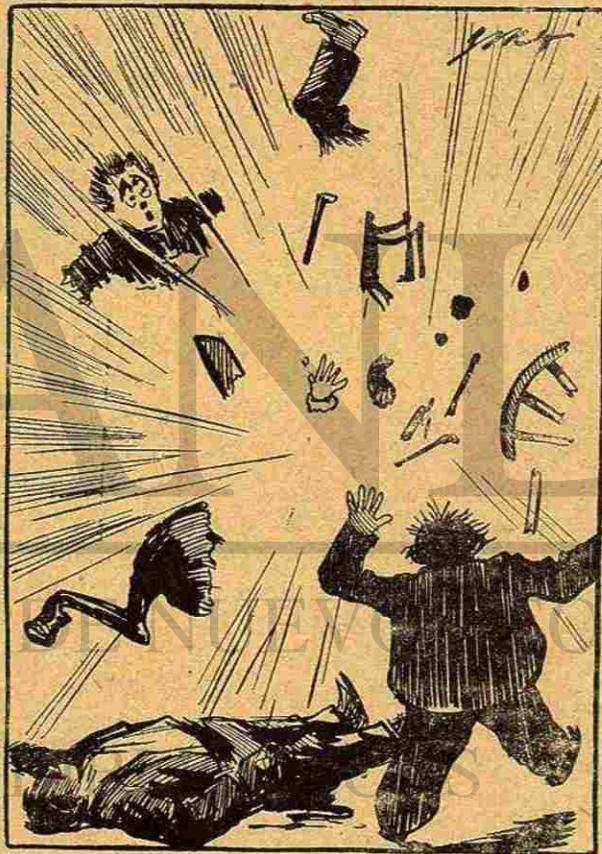
Mustafá estaba verdaderamente hermoso en el momento en que á fuerza de una paciencia de benedictino y de una terquedad digna de un aragonés conseguía encender la más recalcitrante de las cerillas.

Ni la menor señal de vacilación ni de temor se notaba en él. Salvo un temblor nervioso que agitaba sus miembros, nada revelaba lo que iba á hacer.

Con mano temblorosa acercó la complicada combinación química al coche, murmurando:

— ¡Madre mía!

El efecto se hizo esperar un poco; pero no por ello dejó de ser más espantoso.



Una explosión majestuosa y semejante á una descarga de artillería estremeció el pavimento hasta la calle de San Antonio.

Todos los vidrios de la calle de Sevigné, sin exceptuar uno solo, cayeron hechos pedazos. Hasta trozos del empedrado volaron por los aires.

Un olor nauseabundo é infecto emponzoñó el aire, y un vapor pútrido y asfixiante envolvió todos los edificios.

Pero no se limitaron á esto los daños causados por la explosión.

Setenta y tres personas de ambos sexos y de diferentes edades, encontraron la muerte en aquella catástrofe á que eran completamente extrañas.

Además, el arroyo se tiñó de sangre, y una y otra acera quedaron cubiertas de informes despojos humanos.

Los parientes, los amigos y los criados, acudieron por espacio de dos días á reconocer ante aquella carnicería los retazos de las personas queridas.

Aquello era horrible, pero interesante. París entero quiso ver aquel espectáculo, y hasta de provincias acudieron muchas personas.

Las diferentes empresas de ferrocarriles tuvieron la excelente idea de establecer con tal motivo trenes de recreo.

Anticipándonos á los acontecimientos, consignaremos que, á pesar de los exquisitos cuidados

de la autoridad, aquel horrible hacinamiento de restos humanos no tardaron en desarrollar la peste en el barrio.

El número de víctimas que produjo la cruel epidemia no ha llegado á nuestro conocimiento; tal cuidado puso la policía en ocultar las cifras.

No obstante, sabemos que fué tan considerable, que doscientos treinta y dos familias pudientes emigraron á Versalles, sitio real en otro tiempo, que ahora vive de hacer creer á las gentes que allí no ha entrado la peste jamás.

Ved cuáles pueden ser los efectos de un fósforo de esos que con tanta prodigalidad derrochan los fumadores. Cada vez que un invento se saca de la esfera para que fué creado, produce desastres semejantes.

Del carruaje de transporte no quedó ni el menor vestigio.

El conductor y los mozos fueron reducidos á cenizas impalpables, lo mismo que los tres caballos percherones.

Aquí es el lugar de contestar á una carta anónima, fruto indudable de la envidia ó de otras bajas pasiones, en que se nos pregunta cómo el desgraciado fruto de la incontinencia de un ujier —á Gringalet se alude—, pudo encontrar cómodo abrigo entre la grupa y la cola de un caballo.

¿De qué sirven esas necias objeciones? ¿Qué hay que probar contra un hecho? Nosotros despreciamos los anónimos. Tal es nuestra respuesta.

Además, Gringalet era de naturaleza endeble y mezquina, y esto pudo servirle de mucho.

De aquel caballo no quedó entero más que un diente de la mandíbula inferior, que Gringalet cuando más tarde adquirió alta posición, hizo montar en un alfiler de oro, como testimonio del milagro que conservó su existencia. Su señora usa todavía ese alfiler.

Los dos comerciantes de los pisos bajos de la casa de la Justicia, que por cierto se odiaban, perecieron abrasados entre las dos tiendas.

Diez y seis jóvenes escolares, que volvían con tanto retraso á su casa por motivo de su distribución de premios, fueron horriblemente destruidos.

Dos amantes que se entretenían en dulce coloquio, el marido que los espiaba y una hija de la casa, que aprovechaba la coyuntura para escribir á su novio, recibieron asimismo la muerte.

En total, las víctimas fueron setenta y tres.

Un hecho curioso y que recuerda la aventura del doctor Guillotin, muerto por la máquina de su invención, es que M. y Mad. Fabrice, inventores de los fósforos, fueron del número de las víctimas.

Estaban en plena juventud y se amaban.

En la fatal cifra no están, por supuesto, perros, gatos, ni demás animales secundarios.

En cuanto á los personajes de nuestra historia, un instante antes de la explosión, Gringalet había dejado su puesto de observación. ¿Por qué? Porque Messa, Salí y Lina, habían cesado en su conferencia para dedicarse á cantar, y Gringalet no era apasionado por la música.

No hay que culparle por ello. A eso debió su salvación.

En el momento mismo de la explosión, se pudo ver á la señorita de Hachecor, al Afilador y el Organillero, sumergirse en una profunda calleja que daba frente á la casa de Justicia, mientras que Mustafá, más cercano á la máquina infernal, desaparecía entre un torbellino de llamas y de humo.

Mustafá fué lanzado con la violencia de una bala hasta la calle del Parque Real, en que termina la calle de Sevigné.

Al llegar allí, tuvo presencia de espíritu bastante para palpase y convencerse de que estaba vivo, cosa que la verdad no sospechaba.

Nada le faltaba, á excepción de una oreja que le había llevado al volar una de las ruedas del carruaje.

Recorrió algún camino para buscarla, pero la obscuridad era tan completa, que no la pudo hallar.

Mientras esto sucedía, Mandina y sus dos compañeros subían la escalera sombría de una casa situada en la recóndita calleja.

Subieron hasta ciento diez y seis escalones, y se detuvieron ante una puerta que tenía algo de enigmática.

Mandina se puso un dedo en la boca, y dijo:

—Aquí es.

—Llamad—repuso Polux—, ya sabéis la manera convenida...

La amante del gendarme obedeció, y dió hasta quince golpes escalonados de manera particular.

Detrás de la puerta se dejó oír un leve ruido.

—¿Quién va?—preguntó una voz imponente y un tanto cascada.

El Afilador respondió:

—Los enfermos del doctor Fondant.

Una llave rechinó en la cerradura, y la puerta al abrirse dejó ver la venerable cabeza de un respetable anciano.

Era Silvio Pellico.



CAPITULO III

Los jardines de Babilonia.

Nos queda por decir lo que fué de los tres individuos contra los que había estallado la máquina infernal; esto es, Messa, Salí y Lina, ó si se quiere Boulet Rouge, Arbol seco y Carapace, á los que también se conocía por los tres ratas del impace de Guemensí.

Cuando el vehículo cargado de gases deletéreos estalló, su primer pensamiento fué huir, porque ya habréis visto que nunca en los melodramas adorna el valor las almas de los traidores; pero no tuvieron tiempo.

El gas, impregnando el aire con furor inaudito, los sorprendió á todos, y los tres volaron por el espacio como briznas de paja, para ir á parar á treinta y dos metros por encima de los tejados de las casas.

Tancredo, apodado el Murciélagu, encerrado en la estancia de Mandina, los vió pasar por delante de la ventana con la rapidez de tres proyectiles. Al contemplarlos creyó que todo había

Mientras esto sucedía, Mandina y sus dos compañeros subían la escalera sombría de una casa situada en la recóndita calleja.

Subieron hasta ciento diez y seis escalones, y se detuvieron ante una puerta que tenía algo de enigmática.

Mandina se puso un dedo en la boca, y dijo:

—Aquí es.

—Llamad—repuso Polux—, ya sabéis la manera convenida...

La amante del gendarme obedeció, y dió hasta quince golpes escalonados de manera particular.

Detrás de la puerta se dejó oír un leve ruido.

—¿Quién va?—preguntó una voz imponente y un tanto cascada.

El Afilador respondió:

—Los enfermos del doctor Fondant.

Una llave rechinó en la cerradura, y la puerta al abrirse dejó ver la venerable cabeza de un respetable anciano.

Era Silvio Pellico.



CAPITULO III

Los jardines de Babilonia.

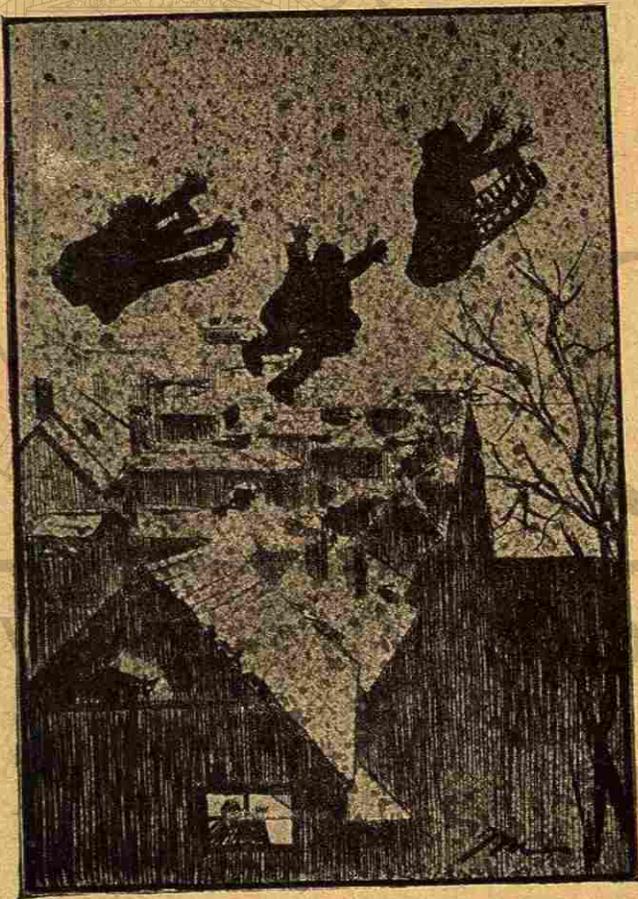
Nos queda por decir lo que fué de los tres individuos contra los que había estallado la máquina infernal; esto es, Messa, Salí y Lina, ó si se quiere Boulet Rouge, Arbol seco y Carapace, á los que también se conocía por los tres ratas del impace de Guemensí.

Cuando el vehículo cargado de gases deletéreos estalló, su primer pensamiento fué huir, porque ya habréis visto que nunca en los melodramas adorna el valor las almas de los traidores; pero no tuvieron tiempo.

El gas, impregnando el aire con furor inaudito, los sorprendió á todos, y los tres volaron por el espacio como briznas de paja, para ir á parar á treinta y dos metros por encima de los tejados de las casas.

Tancredo, apodado el Murciélagu, encerrado en la estancia de Mandina, los vió pasar por delante de la ventana con la rapidez de tres proyectiles. Al contemplarlos creyó que todo había

acabado para ellos, como castigo de sus numerosas culpas.



Pero al llegar á la dicha altura de treinta y dos metros, su peso específico, contrarrestando la fuerza de la proyección, determinó un retroceso bascular que se produjo simultáneamente, quedando por espacio de una milésima de segundo inmóviles en el infinito.

Después, Messa, Salí y Lina, comenzaron á caer con la velocidad del cuadrado de la distancia, ó sea del cuadrado de su peso, según les parezca más científico.

El hecho es que el Murciélagó los vió pasar otra vez por delante de su ventana, ahora en sentido descendente, y teniendo tiempo para decirles:

—Me es imposible ayudaros; pero tened cuidado.

Advertencia inútil y tardía.

Sin embargo, hay en este mundo cosas por demás extrañas. Lo que vamos á referir es tal vez demasiado atrevido. Mas ¿qué se le ha de hacer? Las inverosimilitudes son las que producen las grandes situaciones.

En la habitación superior de la cámara de Mandina, momentáneamente habitada por Tancredo, había un balcón. Al pasar junto á él los tres ratas que hendían el aire en perfecta formación, aunque en actitudes diversas, extendieron los brazos obedeciendo á un movimiento maquinaal.

Sus manos encontraron la barandilla del balcón, y se aferraron á ella con la tenacidad de la desesperación.

La barandilla vaciló al triple peso, pero resistió, y los tres náufragos del espacio quedaron suspendidos entre el cielo y el arroyo.

Por más que estuvieran hechos á las emociones fuertes, no podían disimular que estaban un poco afectados.

A sus pies todo era silencio, porque la multitud no había tenido tiempo de acudir á presenciar espectáculo tan curioso.

La primera voz que oyeron fué la voz de un municipal que decía moderando la ávida curiosidad de la muchedumbre:

—No empujar, que todo el mundo podrá ver. A mí sí que me ha caído que hacer.

Boulet-Rouge abrió, por fin, los ojos, y comprendiendo al ver la situación de sus colegas cuál era la suya propia, pensó:

—¡Este balcón ha sido nuestra salvación!

—¿Dónde estoy? —preguntó Carapace con asombro.

Arbol seco lanzó un prolongado suspiro y sollozó. En aquella posición no se encontraba á gusto.

Boulet-Rouge colocó sobre la repisa del balcón el ataúd infantil, que no había abandonado

en la peligrosa ascensión, y libre ya de aquel embarazo, ejecutó con los brazos un movimiento gimnástico en tres tiempos que le puso de pie sobre el balcón.

Entre tanto, abajo, en la calle, un gentío inmenso se empujaba por ver los cuerpos muertos, los brazos, las piernas y la oreja de Mustafá que un coleccionista robó para conservarla en espíritu de vino.

Boulet-Rouge ayudó á sus compañeros á subir, encontrándose poco después los tres sanos y salvos á la parte interior de la balaustrada.

El balcón del segundo piso de la casa de Justicia era uno de esos jardines colgantes, modesta imitación de los de Babilonia, que son como una sonrisa plegando de cuando en cuando los adustos labios de nuestras caras.

Allí había capuchinas, guisantes en flor, judías verdes en rojas flores, rododendros y esas lianas en miniatura en que descansan los enrojecidos ojos de los obreros de París.

Esos pobres obreros disponen de poco aire en sus bohardillas, pero ceden la mitad á las flores, con tal de recrearse un momento en la contemplación de tales encantos.

A veces un gorrión hace una breve parada sobre aquellas hojas, y entonces todo el taller sonríe. El ave perdida habla vagamente del horizon-

te libre, de los extensos prados, de los bosques llenos de canciones, del polvoriento camino que cruza el rebaño, y qué sé yo de cuántas cosas más.

Nos hemos tomado de pasada la libertad de saborear esas cuantas frases bien sentidas, que hay poesía en nuestro corazón y filosofía en nuestro cerebro. No insistiremos, sin embargo. Además, esos infelices desterrados de la fortuna tienen para su consuelo Bullier, el Molino Rojo y el ajénjo.

Una débil claridad se vió brillar á través de la vidriera. La mirada penetrante de Boulet-Rouge fué el primero que la vió.

—Silencio—dijo—. El destino nos ha conducido á parajes habitados. En este momento daría mis derechos políticos por una copa de coñac.

—Vanos deseos—murmuró Carapace.

—Aquí nos hallamos separados del mundo entero—añadió Arbol seco.

Boulet Rouge prosiguió con fiereza:

—Por grande que sea el peligro, yo os salvaré. Después de la turbación consiguiente á los acontecimientos que han sobrevenido, mi espíritu recobra su calma. Nos hallamos en el balcón de la «Sociedad de ribeteadores de botas»; taller libre...

—¿Tan cerca estamos de nuestro punto de partida?—exclamó Arbol seco con acento de sorpresa.

Una idea sangrienta cruzó por la mente de Carapace, que murmuró:

—¡Messa! ¡Salí!

—¡Lina!—respondieron los otros dos.

—Las peripecias más inesperadas—siguió Carapace—no deben hacernos olvidar nuestro deber. Pertenece al señor de Rudelaine-Cartagena, al que nos unen los dobles lazos del crimen y de la economía. Tengo la vaga sospecha de que el taller de la «Sociedad de ribeteadoras» pertenece á la clientela del doctor Fondant. Consultad la lista, Arbol seco.

Haremos notar aquí un detalle curioso. Cuando los tres ratas del impace de Guemensi hablaban amigablemente, se daban sus verdaderos nombres; pero cuando se trataba de trabajar, volvían á emplear los misteriosos apodos, que juntos formaban la palabra Mesalina.

El ataque obliga á la defensa. En el campo opuesto Mandina de Hachecor, Cástor, Polux, Mustafá y el gendarme tenían también profesiones ficticias que ocultaban vástagos del viejo feudalismo, banqueros, artistas y hasta bachilleres.

Arbol seco, el hombre del pliego sellado, buscó en sus bolsillos con inquietud, pero sin preocuparse de que había estado á treinta y dos metros sobre el nivel de los tejados.

Sin embargo, durante la violenta excursión podían haberse vuelto los bolsillos.

Por fin, exclamó con júbilo:

—Existe una Providencia. ¡No he perdido nada!

Carapace respondió:

—También yo he conservado mi botella lacrada.

Y Boulet-Rouge añadió pensativo, dando un golpe en el infantil ataúd:

—Todo es extraño en la situación en que nos hallamos.

El ataúd resonó con tonos difíciles de definir. Boulet-Rouge palideció. La idea de un déficit cruzó por su mente como un relámpago.

—¿Habría sido abierto el ataúd sin que yo me aperciba?—exclamó.

Y abrió el féretro. Al ver su interior vacío, exclamó con voz ronca:

—¡He perdido el niño!

En aquel momento sus ojos se iluminaron con un destello salvaje. Las pupilas del tigre y del jaguar tienen miradas semejantes en las noches tropicales de la India.

Una débil queja, no de esos sonidos particulares que salen de las cunas, había herido su oído á través de la cerrada ventana.

—¡Ah!—pensó—. La cosa no merece la pena de

desesperarse. Ahí tengo con qué llenar la caja.

Arbol seco, que había desplegado su lista con las armas del duque, puso su dedo en su boca é imitó el canto del cuco con extraordinaria perfección.

Los otros no ignoraban lo que significaba aquella seña, y prestaron atento oído.

Después siguió un silencio profundo.

Boulet-Rouge sacó de uno de sus bolsillos un diamante de vidriero, de que no se separaba nunca, y con mano segura cortó uno de los cristales de la vidriera. En seguida pasó el brazo por el hueco y descorrió la falleba del balcón.

—El camino está abierto—dijo.



Los tres pasaron al interior de la habitación sin perder un momento.

Boulet-Rouge dijo:

—Esperadme un

minuto aquí. Ya veo la cuna. Voy á asesinar al niño para utilizar mi ataúd.

Nada se podía objetar á tan prudente resolución.

Boulet Rouge abrió su navaja.

Precisamente en aquel instante, al otro lado de la calle de Sevigné, otra ventana de un quinto piso se abría también.

La cabeza blanca y venerable de Silvio Pellico se exponía al pálido brillo de la luna.

Tancredo, conocido por el Murciélagu, seguía prisionero en la estancia de Madina de Hachecor, y pudo ver al célebre asesino.

En un momento tomó su arco, le armó, ajustó á él una flecha envenenada, apuntó y disparó.

La flecha partió con velocidad. Silvio Pellico lanzó un grito semejante á la desgarradura de una pieza de seda nueva, y desapareció.

En las bohardillas, un artista de Montmatre, que estudiaba *La torre de Nesle*, cantó esta frase:

—¡Es de noche, la lluvia cae, Paris duermel

CAPITULO IV

La sociedad de ribeteadoras de botinas.

Como contraste hábilmente combinado, después de tanta sangre y tantas lágrimas, y mientras Boulet-Rouge se dispone á asesinar al niño, el ánimo del lector podrá expansionarse con un cuadro lleno de frescura.

Veinticinco ribeteadoras de botinas, la mayor parte jóvenes, listas, risueñas y de vida poco correcta y ordenada, estaban reunidas en torno de una mesa nada limpia, en una estancia contigua á la en que por escalo y allanamiento se habían introducido los tres ratas del impace de Guemensí, y en la que se hallaba la cuna.

Las muchachas trabajaban charlando y cantando, mezcladas las rubias y las morenas, las pelirrojas y las castañas; pero trabajando todas pronto, bien y con todo entusiasmo.

Sólo se trabaja así en París, donde el encarnizamiento del placer produce el ensañamiento del trabajo.

En el grupo había bonitas y feas; pero las feas tenían ese no sé qué de canallesco y de picante,

minuto aquí. Ya veo la cuna. Voy á asesinar al niño para utilizar mi ataúd.

Nada se podía objetar á tan prudente resolución.

Boulet Rouge abrió su navaja.

Precisamente en aquel instante, al otro lado de la calle de Sevigné, otra ventana de un quinto piso se abría también.

La cabeza blanca y venerable de Silvio Pellico se exponía al pálido brillo de la luna.

Tancredo, conocido por el Murciélagu, seguía prisionero en la estancia de Madina de Hache-cor, y pudo ver al célebre asesino.

En un momento tomó su arco, le armó, ajustó á él una flecha envenenada, apuntó y disparó.

La flecha partió con velocidad. Silvio Pellico lanzó un grito semejante á la desgarradura de una pieza de seda nueva, y desapareció.

En las bohardillas, un artista de Montmatre, que estudiaba *La torre de Nesle*, cantó esta frase:

—¡Es de noche, la lluvia cae, Paris duermel

CAPITULO IV

La sociedad de ribeteadoras de botinas.

Como contraste hábilmente combinado, después de tanta sangre y tantas lágrimas, y mientras Boulet-Rouge se dispone á asesinar al niño, el ánimo del lector podrá expansionarse con un cuadro lleno de frescura.

Veinticinco ribeteadoras de botinas, la mayor parte jóvenes, listas, risueñas y de vida poco correcta y ordenada, estaban reunidas en torno de una mesa nada limpia, en una estancia contigua á la en que por escalo y allanamiento se habían introducido los tres ratas del impace de Guemensí, y en la que se hallaba la cuna.

Las muchachas trabajaban charlando y cantando, mezcladas las rubias y las morenas, las pelirrojas y las castañas; pero trabajando todas pronto, bien y con todo entusiasmo.

Sólo se trabaja así en París, donde el encarnizamiento del placer produce el ensañamiento del trabajo.

En el grupo había bonitas y feas; pero las feas tenían ese no sé qué de canallesco y de picante,

que las convierte, si no en hermosas, en atractivas.

Eran casi todas ellas rostros de adorable incorrección que no resiste á un serio análisis. Narices respingadas, frentes pequeñas y bocas demasiado rasgadas, pero que en ocasiones dejaban ver hileras de perlas.

Sus tocados eran como los rostros, poco conformes á regla, atrevidos y artísticos á veces; pero no había en todos ellos una prenda que tuviera un valor real en el mercado.

Los nombres eran también característicos, y muchos de ellos usados en diminutivo. Los nombres de taller se parecen un tanto á los de teatro, en que no son precisamente apellidos de familia ni de nombres vulgares.

Nada de Marias, Franciscas, Magdalenas ni Juanas.

Anardas, Reginas, Armandas, Alisardas las hay siempre en gran cantidad, sin faltar alguna Herminia y hasta Irmes y Julemas.

La que se oye llamar Josefina, siente un poco de vergüenza.

Es lo contrario de otras generaciones. Hemos conocido una dama de calidad, muerta á los ochenta años, que aún se hacía llamar Leopoldina.

En el taller había once Anardas, que por ello

sólo se distinguían de los conocidos por los sobrenombres de Coliflor, Colibrí, etc.

Además había siete Armandas, cuatro Reinas y tres Irmes.

Sus chistes, que las hacían reír á mandíbula batiente, no eran ni muy nuevos ni muy ingeniosos; pero bastaban para mantener su alegría.

En el momento en que las presentamos á nuestros lectores la reunión tenía un carácter excepcional.

Para ello había dos motivos:

El primero había sido la explosión del carruaje de transporte.

Para enterarse de lo ocurrido fué comisionada Anarda, conocida por la Coliflor, que bajó á la calle sin darse tiempo á estirarse las medias, y que volvió pálida como un muerto, pues jamás había leído catástrofe tan horrible en *Le Petit Journal*.

Todo el mundo quiso precipitarse á la escalera; pero otra Anarda, por otro nombre Flor de Te, que era la gerente, retuvo á las obreras con mano vigorosa, recordándoles que la obra corría prisa.

Todas obedecieron, lo cual prueba que la gerente de una asociación libre se hace respetar como la de cualquier casa particular.

El segundo motivo era más interesante.

En el centro de la mesa había una joven que no

trabajaba. Era muy hermosa; pero tan pálida, que inspiraba compasión.

Su tocado tenía una sencillez aristocrática y un algo que la asemejaba á las ingenuas de familia distinguida, perseguidas por el infortunio en las tablas del teatro Ambigú Cómico.

Nos vemos precisados á retroceder á los comienzos de aquella velada para explicar la presencia de Elvira, la joven marquesa fugitiva, en la mesa de las ribeteadoras de botinas.

A cosa de las siete y media, largo tiempo, pues, antes de la imprevista catástrofe que debió sumir á setenta y tres familias en el dolor, la gerente del taller había salido para comprar te, azúcar y ron, para hacerse el ponche con que se regalaba las noches que había que velar hasta muy tarde.

Al dirigirse á la tienda de frutos coloniales, la gerente no había visto nada de extraordinario, á excepción de una joven que daba el brazo á un anciano de ciento y pico de años, y que tenía aspecto de buho.

Cuando volvió, la joven y el viejo habían desaparecido.

Pero al atravesar la calleja sombría á que daba la casa de la Justicia, oyó en la obscuridad de la noche gemidos inarticulados.

Sin abandonar, por supuesto, su te, su azúcar y su ron, se proveyó de una de esas largas ceri-

llas que sirven para subir las escaleras, y que tantos servicios han prestado á la humanidad.

Al encender la cerilla vió un espectáculo conmovedor.

La joven y el viejo de ciento y pico de años estaban delante de sus ojos.

La joven, tendida en la acera, acababa de dar á luz—luz entonces escasa por ser de noche—, en medio de horribles sufrimientos, un niño de sexo masculino, no mal conformado y con todas las condiciones de viabilidad apetecibles.

El viejo, cuyo semblante de buho expresaba una crueldad incalculable, trataba de estrangular con una mano al recién nacido y de sepultar con la otra en el seno de la madre un crik malayo de una originalísima labor y manifiestamente envenenado.

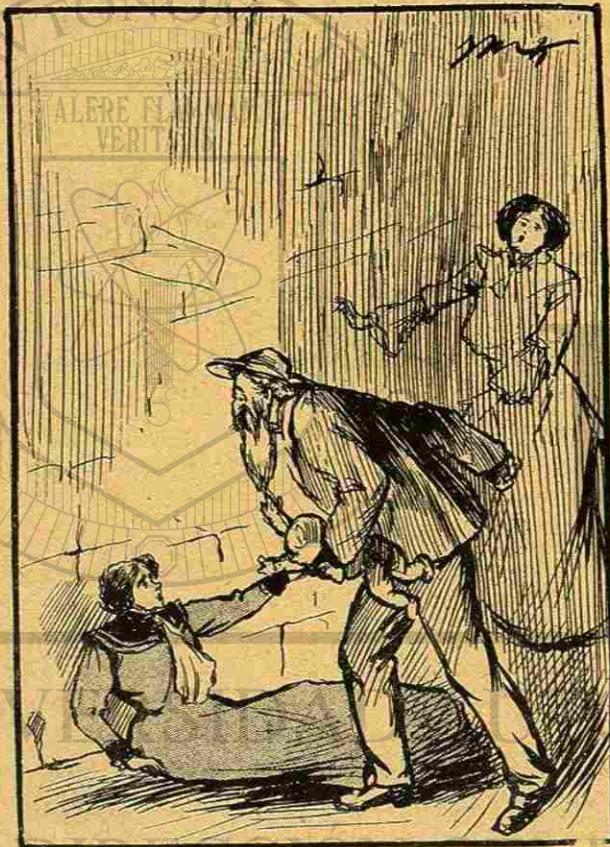
Un segundo más, y aquellas dos infortunadas criaturas hubieran perecido.

Anarda lo comprendió así. No era más que una débil mujer, adornada de una educación muy deficiente y de costumbres no del todo ejemplares; pero no carecía de iniciativa.

Su corazón generoso latió dentro del pecho.

Con mano vigorosa y de un solo golpe, encendió todas las cerillas y mantuvo en el espacio una especie de castillo de fuegos artificiales, poco peligroso, pero deslumbrador.

El viejo, espantado, no pudo ocultar un mohín



de desaliento, y se deslizó á gatas á lo largo de la calleja.

Anarda le siguió para preguntarle su nombre y sus señas; pero el viejo desapareció, mientras una voz que no tenía nada de humana murmuraba á su oído:

—¡Mujer imprudente, teme la venganza del bisabuelo!

Después volvió al interior de la calleja, se metió al niño recién nacido en uno de los bolsillos de su delantal y ayudó á la desventurada madre á subir las escaleras que conducían al taller.

Aunque privada de conocimiento, la joven madre pudo hacer uso de las piernas.

Puede juzgarse del asombro de las Leocadias, Irmas y Armandas, cuando la gerente, abriendo la puerta del taller, hizo entrar á la hermosa joven y sacó el niño del bolsillo del delantal.

Este era el que dormía en la estancia próxima al balcón. A él era al que amenazaban las miserables pasiones de Boulet-Rouge.

¡Si hubiera sabido!...

La gerente dijo:

—Queridas mías: es preciso que esto no os impida trabajar. Voy á instalar á la joven forastera en una buena silla, y nos contará sus aventuras para pasar el tiempo agradablemente.

—Mujer generosa—murmuró la joven con voz alterada—, aun cuando viviera ciento y pico de

años, como mi desnaturalizado cruel bisabuelo, no olvidaría jamás vuestros beneficios. Dadme, os lo suplico, un caldo...

—Sólo tengo ron—se apresuró á decir Anarda.

—No importa. Me bastará.

Y al beberse un trago, pareció confortada por aquel cordial.

—¡Bondad divina!—murmuró poco después, vertiendo abundantes lágrimas—, en qué abismo pueden precipitar á una joven unas relaciones amorosas.

Todas las Anardas se volvían oídos. Las Irmas palidecían de impaciencia y curiosidad.

La forastera se sentó, lanzando un suspiro de satisfacción.

—Mujer magnánima como ninguna—continuó—, os debo una confesión completa. Contad sucintamente á estas señoras lo que habéis visto en la calleja próxima, y eso me dará aliento. Cuando acabéis tomaré la palabra y conoceréis toda la extensión de mi desventura.

Cuando la gerente iba á abrir la boca, la detuvo, para añadir con una dignidad llenada de reserva:

—Excusad cuanto os sea posible en vuestro relato la pintura del noble criminal, cuyos perversos designios acabáis de atajar. Además de ser respetable por su edad, le debo ternura y obediencia. Es el padre del padre de mi padre.

—Sois demasiado magnánima—objetó la gerente—. Yo, por mí, hubiera estrangulado al viejo.

Después, empleando ese lenguaje pintoresco que tan bien emplean las últimas capas sociales, hizo el relato breve, pero completo, de la escena que acababa de presenciarse.

Su éxito de narradora fué completo, y la curiosidad no tuvo límites en el obrador.

Aunque débil todavía la forastera, comenzó así:

—La fortuna y la nobleza de la cuna no dan la felicidad. Yo soy un buen ejemplo de ello.

Yo vi la luz lejos de París, entre la villa de Saint-Cloud y la aldea de Sarches, en un antiguo castillo, conocido con el nombre de la Mauruse.

No entra en mi ánimo causar envidia á vuestra pobreza describiéndoos el lujo que rodeó mi cuna. Mi padre, primogénito del marqués de Rudeland, que era á su vez hijo del duque del mismo ilustre nombre, había casado con Fancha de la Roque-Aigurande, descendiente y única heredera de los barones de Buch, segundones de la casa de Foix.

A la edad de diez años yo poseía una muñeca que había costado 185 lises, y mi nodriza llevaba hebillas de rubies en las ligas.

Pasemos por alto esos detalles que tan caros he pagado luego.

El castillo de la Mauruse es una antigua mora-

da señorial, colocada en el pico de una montaña y rodeada de precipicios sin fondo, en los que se unen, por dilatadísimos subterráneos, los estanques de Ville d'Abroy.

La fortaleza fué levantada por Enguerrando de Cartaglie, que mató en singular combate al bribón de Chavanett, en los tiempos de Enrique II.

Pasemos también eso por alto. Si me pusiera á contaros las glorias de mis antepasados, os sentiríais humilladas y no acabaríamos nunca.

En la época de la revolución, en 1789, mi bisabuelo era ya hombre de treinta y tantos años, muy estimado en la corte, afortunado con las damas, jugador desprendido y todo un buen muchacho.

La revolución le sorprendió de improviso. Cuando saquearon su castillo de la Mauruse había ido á Sévres á comprar tabaco, por lo que no pudo salvar sus tesoros, que fueron dilapidados por la multitud.

Obligado á partir para la emigración con su mujer y su hijo (el padre de mi padre), no poseía más que el dinero que llevaba en el bolsillo y los botones de su casaca y de su chupa, que felizmente eran de perlas finas.

Así llegó á Londres, que es bien que sepáis que es la capital de Inglaterra.

El dinero, unido al precio de los botones, le

completó una suma de 250 guineas, ó si queréis mejor, de 8.750 francos.

Eso os parecerá todavía una buena suma; pero mi bisabuela gastaba 50 luises diarios. El duque de Budelame-Cartagena la adoraba.

Para satisfacer sus caprichos contrajo malas costumbres de que su familia no había de tardar en ser víctima.

Primero se hizo usurero; luego, los productos de tal industria no bastaron á las prodigalidades de su mujer, y aprendió á hacer trampas en el juego y en los salones de buena sociedad.

Un día, por fin, llevado del deseo de complacer á su esposa, se puso á trabajar seriamente; hizo con éxito sus exámenes, y fué recibido como miembro de la importante compañía *La Gran Familia* que tenían formada los ladrones de Londres.

Había puesto el pie en una pendiente resbaladiza, y, claro es, se deslizó por ella.

Siempre para procurar á su idolatrada compañera joyas preciosas, costosos cachemires y hasta licores fuertes, porque la duquesa había contraído un ferviente culto al pagano dios que preside las vendimias.

Para satisfacer todas aquellas operaciones, el tierno esposo fabricó venenos, inventó puñales destinados á no dejar huellas en las víctimas, y

se portó, por último, de modo poco digno de la estimación general.

No puedo menos de ser parcial tratándose, como se trata, de uno de mis antepasados; pero la verdad me obliga á decir que conservó siempre ciertas formas en sus mismos deslices. Jamás hizo robos pequeños, ni mató á nadie más que por medio de sus empleados.

Ahora preguntaráis: la persona por la que de tal modo se comprometía, ¿era digna de aquel amor? En modo alguno. La señora duquesa, salvo su exquisita educación, era una bribona. Además de su afición á la bebida, tenía otras veleidades en extremo perjudiciales á los fueros de la fidelidad conyugal.

El duque, después de haber estado cegado largo tiempo por la pasión que sentía por su esposa, se convenció de que la compañera de su vida derrochaba el dinero, ganado con tanto trabajo y alguna exposición, entre varios jóvenes de la alta sociedad, algunos músicos, un lacayo, tres abogados y uno ó dos militares de escasa graduación.

Aquel descubrimiento le hizo concebir el deseo de vengarse.

Para realizar su plan repasó algunos volúmenes de física recreativa, tomó después una barra de hierro completamente nueva, que puso al fuego

durante cuarenta y ocho horas, y la sumergió antes de que se enfriara en una infusión de nicotina, fenol y agua Tofiana mezclada con asafétida, formando todo ello un compuesto de que nuestra familia guarda cuidadosamente el secreto y que no podría encontrarse en las boticas.

Tomadas de este modo sus medidas, entró una noche en su domicilio más temprano que de costumbre. Consigo llevaba una cesta de licores fabricados en diversos monasterios, escogidos fiambres, algunas salchichas y una docena de pasteles.

Ya he dicho que su pasión era la galantería. Mi bisabuela, al ver los manjares, no deseó otra cosa sino comer con él.

Para ello hizo poner la mesa en una habitación del castillo que no tenía puertas ni ventanas. No podía buscar sitio más á propósito para realizar sus feroces designios.

La señora duquesa, sin desconfianza alguna y con un apetito excelente, le siguió al peligroso retiro.

La cena comenzó á las ocho y doce minutos. A las diez el duque despidió á los criados.

A la media noche, cuando la culpable é infortunada dama, embriagada por el amor y la aniseta, se dejaba caer en brazos de mi bisabuelo, éste, sacando del seno la barra emponzoñada, la

sepultó catorce veces en el cuerpo de la desdichada, pronunciando palabras de vengativo despecho.

Hasta el golpe número trece la desventurada



tuvo fuerzas para gritar... Al catorce enmudeció.

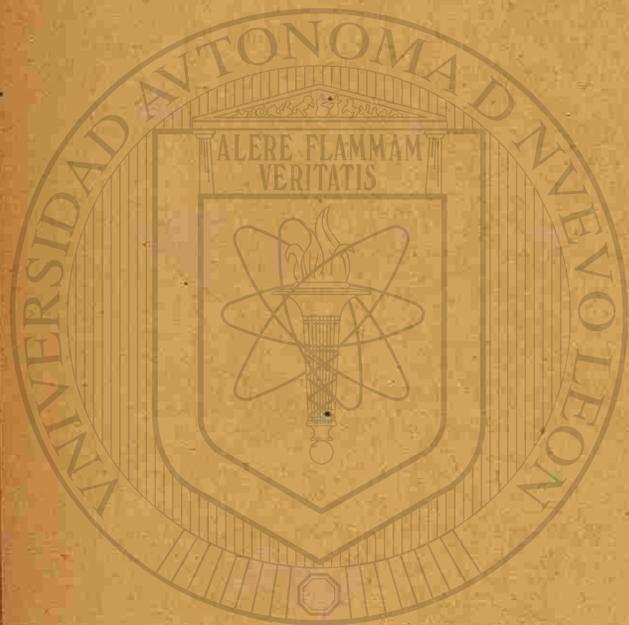
El duque de Budelame Cartagena debió creer que se había desembarazado de ella para siempre. El curso de esta historia demostrará cuánto se engañaba.

Al llegar á este punto de su relato, Elvira cayó presa de un síncope, que no era raro, dado el estado en que se encontraba.

Las ribeteadoras se apresuraron á acudir á su socorro.

Era el momento en que el carruaje de transporte llegaba á la calle de Sevigné.

Nada anunciaba todavía una sangrienta catástrofe. Las aves dormían cobijadas en los aleros de los tejados; el viento hacía girar las veletas en lo alto de las torres, y los viejos verdes seguían con paso vacilante y el sombrero derribado sobre la oreja á las modistas que salían de los talleres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO V

L. D. F. E. V. — I. A. T. V. — D. E. J. — T.

La joven y hermosa Elvira de Budelame-Cartagena volvió en sí; apuró una nueva copa de ron, y prosiguió de este modo:

—Mis queridas bienhechoras, á pesar de la distancia que separa nuestras posiciones sociales, mi reconocimiento durará lo que me dure la vida.

No quiero por ahora atenuar el asombro que pueda causaros el crimen cometido en la estancia que no tenía ni puertas ni ventanas.

En Londres se cometen muchos así.

En cuanto á la atrocidad del hecho, mi familia está desde hace mucho tiempo acostumbrada á no detenerse ante ningún obstáculo.

El marqués, mi padre, se entretuvo algún tiempo en hacer la estadística de los crímenes propios de su ilustre casa, desde el reinado de Enrique II al de Luis Felipe, registrando hasta ochenta y uno, repartidos del siguiente modo: dos parricidios, siete fratricidios de ambos sexos, tres sobricidios, cinco tiicidios, trece suegricidios, ocho

infanticidios, veintitrés adulterios y nueve incestos.

Hay momentos—se interrumpió la joven con impetuosa ira—en que preferiría haber nacido en el seno de la miseria. Sirvaos mi ejemplo de lección, hijas del pueblo. Esta atmósfera de sangre y de vergüenza no es del todo agradable.

Al día siguiente mi abuelo volvió á buscar el cadáver de su esposa, porque llevado de su poster capricho quería hacerle embalsamar.

En lugar del cadáver encontró un billete concebido en estos términos.

«L. D. F. E. V.—I. A. T. V.—D. E. J.—T.»

El misterioso escrito le llenó de inquietud y de alarma, y le obligó á poner en tortura su imaginación para descifrar el sentido.

Tantas iniciales acumuladas debían ocultar una amenaza.

¿Quién podía haber penetrado en aquella habitación que no tenía ni puertas ni ventanas?... ¡Oh, existía una chimenea!

Mi abuelo la hizo tapiar, barreándola además con planchas de acero. Pero ya era tarde.

Aquel descuido le hizo enfermar gravemente.

Tan pronto como pudo dejar el lecho ordenó á los criados que registraran todos los rincones, sin olvidar las camas y los cajones de la cómoda.

El cadáver de la duquesa no pareció.

Esto agrió del tal modo el carácter de mi abuelo, que de tierno que era se trocó en cruel, sorprendiéndole muchas veces sus amigos en el retiro de su gabinete, torturando insectos ó sometiendo á los animales domésticos á diferentes suplicios.

En aquel tiempo, muchos niños del barrio en que habitaba desaparecían, sin que todas cuantas pesquisas se hacían para averiguar su paradero, dieran resultado.

Algunos se hallaban cortados en menudos pedazos, sin utilidad aparente.

Por lo demás, al duque no le faltaban ciertamente motivos de mal humor.

Cuanto más difícil se hacía encontrar el cadáver de la duquesa, más indescifrable parecía el sentido del misterioso documento.

El duque se había dirigido á los hombres de negocios más hábiles y ninguno de ellos le había podido dar la clave del enigma.

Un día oyó hablar de un personaje extraordinario que pasaba por ser el famoso Cagliostro, por más que aquél hubiera muerto en Saint-Leon, en la campiña de Roma. Pero esto no hace al caso.

Otros, pretendían que era el no menos célebre conde de Saint-Germain, que también había muerto en Sleswrig. Mas ¿qué importa?

Lo cierto es que aquel personaje realizaba nu-

merosos milagros. Había curado un catarro á la reina y salvado á un hijo de Pitt que se hallaba desahuciado.

Londres entero le consultaba para encontrar los objetos perdidos, para la extirpación de los ojos de gallo y para la curación de los sabañones.

Se llamaba el doctor Fondant.

Tal nombre produjo en el taller de las ribeteadoras de botinas un efecto extraordinario. En torno de la mesa se alzó un sordo murmullo.

—¿Qué—exclamaron á coro muchas Atenaidas—el doctor Fondant existía ya en esa época remota?

—¡El, tan joven!—añadió la gerente.

Y todo el taller concluyó:

—¡El, tan buen mozo!

Elvira de Budelame lanzó un hondo suspiro.

—No tenéis que decirme si es joven y bien parecido, ni que está dotado de una atracción irresistible. Delante tenéis una víctima de tales encantos.

El efecto que estas frases produjeron fué todavía mayor que el de antes.

—¿Ese niño?...—preguntó la gerente.

—¡Es suyo!...—contestó Elvira bajando los ojos llenos de lágrimas.

Pintar la emoción que embargó todos los co-

razones sería materia imposible. El doctor Fondant era un Dios para la clientela.

El taller en masa se puso de pie, y con más uniformidad que hay generalmente entre los comparsas de los dramas, se oyó exclamar:

—Nosotras somos las enfermas del doctor Fondant.

—Permitidme una pequeña duda—repuso Elvira adoptando un aire de fría reserva.

—¿Qué queréis decir?...—preguntó la joven de las Anardas.

La joven no se inmutó y dijo precipitadamente con acento sombrío:

—Para que os crea, mostradme el sello del doctor.

Un movimiento extraño se produjo en el taller. Todas las ribeteadoras se levantaron como impulsadas por un resorte y comenzaron á desnudarse.

Los jubones, las faldas, las enaguas, y hasta los pantalones, cayeron simultáneamente.

Abdicando de todo pudor, las veinticinco obreras se alzaron las camisas y enseñaron, un poco más arriba del ombligo, un triángulo, al que iba unida una marca de forma oval que parecía el resultado de la aplicación de un timbre impregnado de materias cáusticas.

Dicha marca representaba las iniciales D. F.

surmontadas por un ave Fénix saliendo de las llamas.

Aquel cuadro de veinticinco muchachas, calzadas con bien estiradas medias y botinas en buen uso, con la camisa levantada, no dejaba de ser encantador.

Mas, ¡ay!, si esperábais que os le describiéramos detallando minuciosamente la profusión inaudita de senos duros y redondeados, de hombros de mármol, de caderas blancas, de tersos muslos y vientres mórbidos, es que no conocéis cuánta es nuestra reserva en este punto.

Además, allí no había hombre alguno presente y, por lo tanto, no podemos tener conocimiento de la escena más que de oídas. Sirvanos esta confesión de excusa.

Cuando Elvira de Budelame hubo reconocido el sello, su rostro se iluminó con la más pura alegría.

—No tengo frases con que dar gracias á Dios, hermanas mías—murmuró en el delirio de su júbilo—. Ahora puedo decir que estoy salvada. Pero volvéos á vestir para no ofender inútilmente la decencia propia de nuestro sexo.

Para satisfacer los legítimos deseos de la noble parturienta, las ribeteadoras de botinas se pusieron sus trajes.

A pesar de su desgraciada posición, Elvira saltaba de contento.

—¡Os reconozco! —dijo por fin—. Estoy tranquila. Ahora sí que podemos charlar completamente á gusto.

Tras este brevísimo exordio, continuó:

—No tengo ya, pues, necesidad de deciros que París, y tal vez el Universo entero, está dividido en dos fracciones: «Los enfermos del doctor Fondant» y «los Caballeros del elixir funesto», llamados también «El azote de la capital» ó «Los ratas» de los diversos impaces.

Al hablar así se animaba su rostro. ¡No os podéis figurar lo hermosa que estaba!

Parémonos un poco para hacer su retrato.

Tenía una de esas bellezas atractivas que no se parecen á nada. Su nariz recordaba á la de su bisabuelo, que ya hemos dicho que tenía una extraña semejanza con el pico de un buho. La mirada tenía algo de picante, imposible de describir.

Nada podía compararse á su boca, como no fuese el hoyuelo que partía en dos su barba, que hubiera desesperado al mejor escultor.

La brisa, al pasar por sus cabellos, se detenía asombrada de tanta belleza, y no se encontraban ni botas ni guantes hechos para calzar sus pies y sus manos; tal era la pequeñez inverosímil de unos y otras.

A más de esto, su aspecto general era noble,

majestuoso, espiritual, puro, á pesar de su caída.

—No necesito deciros—continuó con encantadora sonrisa—que todos los enfermos del doctor Fondant gozan de una salud excelente, pero mueren de un accidente producido por una indigestión del elixir funesto. Muchas veces he pensado que el hombre célebre y seductor que marca con su sello á todos sus clientes de uno y otro sexo para reconocerlos, no ha pensado en que esto es un peligro, porque sirve para que los reconozcan sus enemigos. Pero yo no puedo censurar al que se disfrazó de aguador para seducirme y es hoy el padre de mi hijo.

Dicho esto, tomó aliento, mientras las sencillas hijas del pueblo se enjugaban los ojos mojados por el llanto.

Luego siguió:

—Lo que ha de ser más interesante para vosotras, es saber cómo se entabló la gran lucha que divide el universo. Prestadme atento oído.

En la época en que mi bisabuelo se presentó por vez primera en casa del doctor Fondant, esta individualidad excepcional contaba cincuenta años... No me interrumpáis con vuestras admiraciones superfluas. Cincuenta años después de esa fecha le he adorado yo con un disfraz de los más vulgares.

No parecía entonces más joven que hoy. A

primera vista no se hubiera dicho que tenía más de veintiocho años y medio.

Después no ha envejecido ni en una sola semana. Mi abuelo le encontró en su laboratorio rodeado de un solo libro, un solo frasco, una sola cubeta y un ciervo vivo, que tenía los cuernos de plata maciza.

Desde el primer momento el duque de Rudelame quedó sorprendido por la soberana belleza de Coriolano—ya sabéis que ese es el nombre de pila del idolatrado Fondant—, y eso que en aquel momento ni se había lavado y hecho la barba.

Era muy de mañana, lo que explica esta negligencia en un hombre ordinariamente limpio y cuidadoso de su persona.

El duque de Rudelame le saludó y le preguntó si era en efecto el doctor Fondant al que tenía el honor de hablar.

Con gran admiración suya, el ciervo fué el que, á pesar de estar tallado en madera maciza, le devolvió el saludo.

El doctor permaneció mudo é inmóvil, como una estatua de mármol de Paros ó de cualquier otra cantera.

Mi bisabuelo quiso decir sus nombres y títulos; pero el ciervo le cerró la boca con un gesto de desdén y le señaló la cubeta.

En el fondo de ésta mi bisabuelo vió con cre-

ciente sorpresa unos caracteres que se iban formando bajo el agua, más pura que el cristal, contenida en tal recipiente.

Aquellos caracteres, una vez que tomaron forma clara y distinta, dieron con su combinación estos nombres: Roberto, Atanasio, Buenaventura, duque de Rudelame-Cartagena, conde de Balamor, señor de Mausure y otros lugares, al presente emigrado, atormentador de moscas y matador de mujeres.

Mi bisabuelo alzó la cabeza, indignado por los dos últimos datos.

El doctor seguía inmóvil.

El ciervo levantó una pata, y sus cuernos se convirtieron en oro.

El duque, que no es un espíritu vulgar, vió bien claro que tenía que habérselas con un hechicero, y devoró su afrenta.

Resuelto á disimular, pronunció las siguientes palabras, á que trató de dar cierta amenidad:

—Sabía, porque ya eso es del dominio de la historia, que érais uno de los mayores sabios de Europa, y ahora veo que vuestro talento no es inferior á vuestro renombre. Vengo á consultaros y á pedirós que me marquéis con el timbre que ponéis á vuestra clientela.

Al decir estas palabras con voz insinuante, todo se estremeció á su alrededor.

Los labios del doctor no se movieron; el ciervo también tenía la boca cerrada, y, sin embargo, una voz armoniosa se dejó oír.

Aquel dulce eco, que parecía salir del frasco que había sobre la mesa, dijo con la mayor claridad:

—El sello de la virtud no agarra en tu piel. Cesa en tus fingimientos. ¿Qué quieres del maestro?

Mi bisabuelo palideció y sus dientes rechinaron, porque aquello comenzaba á disgustarle.

Dando de lado desde aquel punto al disimulo, sacó de su pecho el billete enigmático, compuesto de las trece iniciales: «L. D. F. V. E.—I. A. T. V.—D. E. J.—¡T!»

En el momento en que el papel estuvo en su mano, una armonía salvaje, pero dulcísima, se dejó oír.

Mi bisabuelo desplegó el papel y leyó las iniciales distintamente.

Después preguntó:

—¿Podéis explicarme lo que esto significa?

La voz pronunció un sí que salió del frasco y fué á perderse entre las hojas del libro, que se agitaron vagamente.

La voz siguió:

—Mira al fondo de la cubeta.

Entonces la armonía salvaje, pero dulcísima, calló instantáneamente.

El duque miró la límpida superficie del agua y leyó estas trece palabras, que se ajustaban exactamente á las trece iniciales.

«Le Docteur Fondant—Est Venu.—Il A Tout Vue.—Dieu Est Juste.—¡Tremble!»

Lo cual, como es sabido, quiere decir en castellano.

«El doctor Fondant ha venido.—Lo ha visto todo.—Dios es justo.—¡Tiembla!»

Los cuernos del ciervo brillaron un momento de un modo extraordinario. De no haber sido imposible, dado el exorbitante precio de la materia, se los hubiera creído hechos de diamantes.

El duque permaneció un instante anodado bajo el peso de tantas cosas extrañas. Pero no era hombre para permanecer largo tiempo inactivo.

El misterioso billete había sido hallado en la estancia sin puertas ni ventanas, que ya podemos llamar la caverna del monstruo. El doctor había entrado allí y lo había visto todo. Es decir, que era dueño del terrible secreto.

Hay que hacer justicia á mi familia; ningún individuo de ella ha sentido jamás decaer su valor.

El duque miró á su enemigo frente á frente, porque ya no cabía duda, Fondant era su enemigo mortal, y le dijo con calma:

—¿El billete es vuestro?

Tanto valía hablar á una piedra. Ni el doctor, ni el frasco, ni la cubeta, ni el ciervo mismo, respondieron esta vez.

Mi bisabuelo sonrió, haciendo esta reflexión en voz alta:

—Si la cámara no tiene puertas ni ventanas, ¿quién ha podido entrar en ella?

El agua de la cubeta se rizó. De las trece palabras escritas en su fondo, doce se borraron. Una sola quedó. Esta: «Dios».

El duque sintió frío en la espalda.

Aquello, sin embargo, fué obra de un instante, porque el duque no creía mucho en Dios.

—¿Qué prueban todas estas tonterías?—pensó—. Dios puede saber las cosas, pero no las dice, lo cual hace de él un testigo poco peligroso.

Y alzando la voz, añadió:

—Hablemos en plata, carísimo doctor. Si tuviéramos que ir ante la justicia, ¿á quién se creería con más facilidad, á un charlatán como vos, ó á un caballero como yo?

Nadie respondió.

—La señora duquesa—prosiguió el abuelo de mi padre—tenía, merced á su conducta, bastante por qué callar; pero aunque no hubiera sido así, ¿creéis que catorce golpes dados con una barra enrojecida al fuego y envenenada, en el cora-

zón, el esófago, el diafragma, el gran simpático y el intestino recto, no bastan para hacer callar á una dama de alto rango? ¿Creéis que podría venir á deponer contra mí?

La cámara prorrumpió en una carcajada al pronunciarse estas palabras. Y digo la cámara, porque fueron las paredes, el pavimento y el techo los que produjeron aquella aparente explosión de hilaridad.

La estatua del doctor y el ciervo fueron los únicos que permanecieron serios.

—¡Por todos los diablos!—exclamó mi bisabuelo—acabaréis por impacientarme. Ya sabéis lo que decimos los franceses: el que reirá bien será el que ría el último. No creáis que sea hombre que se ahoga en poca agua, pero como la justicia inglesa es un poco confusa, para evitarnos quebraderos de cabeza, vengo á proponeros la paz... ¿Se acepta?

El ciervo bramó de un modo irónico.

—¿Queréis la guerra?—preguntó el duque.

Esta vez el doctor Fondant mismo movió la cabeza afirmativamente, como esos muñecos de biscuit que tienen el cuello suelto.

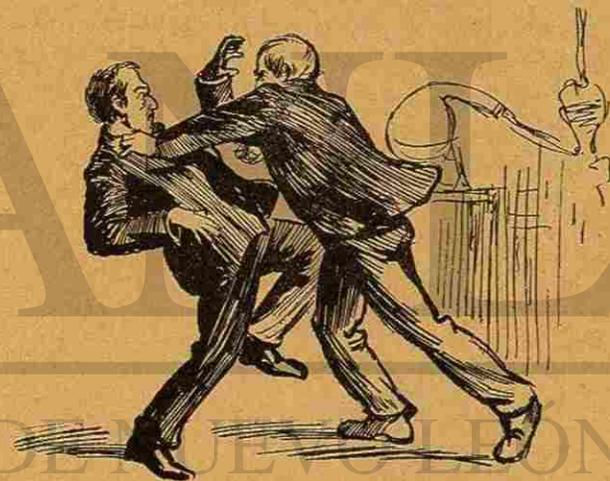
Con aquello bastaba.

Desde hacia cerca de cuatro minutos mi bisabuelo meditaba un nuevo crimen.

Tenia en su bolsillo un crick malayo envene-

nado con arte extraordinario y cuya hoja forjada con sujeción á ciertas reglas matemáticas, causaba heridas mortales que no dejaban señal alguna.

Sin mostrar la menor emoción, introdujo la mano en el interior de su radingot, tomó el crick, y *crac*, en el momento en que el doctor le creía dispuesto á salir de la estancia, le hundió el arma malaya hasta el mango en la tetilla izquierda.



El ciervo dió un salto para proteger á su dueño, pero...

El golpe había sido ya dado con mano segura. Un grito de horror interrumpió el relato de la joven narradora.

Tal grito salía de las gargantas de todas las ribeteadoras de botinas, y había sido arrancado por la idea de que un crick malayo, emponzoñado con particular esmero, se había sepultado en el pecho del doctor Fondant.

Elvira de Rudelame sonrió, sin embargo, de un modo adorable.

—Jóvenes hijas del pueblo—dijo—tranquilizáos. Coriolano no murió en 1793, puesto que hoy, á la distancia de más de medio siglo, acaba de ser padre de un niño.

No ceséis de escucharme. La situación no podía ser más extraña.

El doctor fué el que recibió el crick en plenos pulmones; pero el que cayó como herido del rayo fué mi imprudente bisabuelo.

¿Os explicáis eso?

CAPITULO VI

El aguador.

El drama seguía fuera. En el momento en que la parturienta de la calleja sombría hacía tal pregunta á su auditorio, la iniciativa de Mustafá ponía en combustión los gases deletéreos y lanzaba á los aires á nuestros tres amigos los ratas del impace de Guemensí.

Esto quiere decir que hemos vuelto á coger el hilo en el momento preciso y que con ello nuestra historia caminará ya á paso de gigante.

La formidable explosión sobresaltó un poco á algunas Anaidas, pero era tal el interés que producía el relato de la joven, que nadie se movió.

—Aunque os volviérais monas, no os lo explicaríais—continuó Elvira, empleando esta locución popular que pareció una condescendencia de gran señora hacia su auditorio completamente plebeyo.

—Parece imposible de adivinar, y, sin embargo, la cosa es bien sencilla. Mi bisabuelo cayó anodado, no por el rayo, porque no suele haber

Tal grito salía de las gargantas de todas las ribeteadoras de botinas, y había sido arrancado por la idea de que un crick malayo, emponzoñado con particular esmero, se había sepultado en el pecho del doctor Fondant.

Elvira de Rudelame sonrió, sin embargo, de un modo adorable.

—Jóvenes hijas del pueblo—dijo—tranquilizáos. Coriolano no murió en 1793, puesto que hoy, á la distancia de más de medio siglo, acaba de ser padre de un niño.

No ceséis de escucharme. La situación no podía ser más extraña.

El doctor fué el que recibió el crick en plenos pulmones; pero el que cayó como herido del rayo fué mi imprudente bisabuelo.

¿Os explicáis eso?

CAPITULO VI

El aguador.

El drama seguía fuera. En el momento en que la parturienta de la calleja sombría hacía tal pregunta á su auditorio, la iniciativa de Mustafá ponía en combustión los gases deletéreos y lanzaba á los aires á nuestros tres amigos los ratas del impace de Guemensí.

Esto quiere decir que hemos vuelto á coger el hilo en el momento preciso y que con ello nuestra historia caminará ya á paso de gigante.

La formidable explosión sobresaltó un poco á algunas Anaidas, pero era tal el interés que producía el relato de la joven, que nadie se movió.

—Aunque os volviérais monas, no os lo explicaríais—continuó Elvira, empleando esta locución popular que pareció una condescendencia de gran señora hacia su auditorio completamente plebeyo.

—Parece imposible de adivinar, y, sin embargo, la cosa es bien sencilla. Mi bisabuelo cayó anodado, no por el rayo, porque no suele haber

tempestades en el mes de Diciembre, sino por el espanto.

Había por qué espantarse.

En el momento en que se felicitaba por haber herido con pulso tan seguro el pecho del doctor Fondant, éste giró lentamente sobre sí mismo y le mostró la espalda.

Aquella espalda era mi bisabuela la duquesa de Rudelame-Cartagena, vestida con el mismo traje de la noche del crimen, y mostrando, desde la garganta á la cintura, los catorce golpes producidos por una barra emponzoñada.

La infeliz mostraba tantos agujeros, que semejava un queso de Gruyer.

Pero un queso atravesado ya por el cuchillo, porque la punta del crick malayo que mi bisabuelo había sepultado en el pecho del doctor, asomaba en lo que pudiera tomarse por una espumadera y había sido hermosísimo seno.

Ya comprenderéis que yo no fui testigo presencial de los hechos, simplemente porque mi nacimiento se retrasó todavía treinta y seis años.

Pero lo sé de labios del mismo Coriolano, y Coroliano no sabe mentir.

Además, de mi relato hay una prueba fehaciente: que el odio mortal de mi bisabuelo al doctor Fondant, data de esa fecha.

El duque le hubiera perdonado una inocente

mixtificación; pero no le perdonaría jamás que hubiera resucitado á la duquesa.

Porque la duquesa vivía.

La prueba de ello es que la veréis figurar en escenas muy posteriores.

De lo que aquel día habló con el duque no se ha traslucido jamás una sola palabra. Sólo se sabe que estuvo encerrada con él en la misma estancia del crimen, á la que, privado de sentido todavía, le habían transportado manos desconocidas.

El duque no habló después del asunto y partió para los mares polares, donde permaneció años y años sumergido entre aquellos hielos eternos, dando lugar á que se extinguiera el ruido que su aventura había levantado.

En aquellos países fríos no tuvo tampoco la mejor reputación.

Los naturales le acusaban de atraer á su casa á los niños, y hasta á las doncellas casaderas, para beber su sangre y alimentarse de su carne. ¡Es preciso guardarse de las exageraciones! ¡Ay! ¡Bastante cargado de crímenes está ese desdichado centenario!

No se comía á los niños ni á las doncellas, ni y mil veces no. Desde mi más tierna infancia me he sentado á su mesa, y en ella no se servía carne humana ni en los días más extraordinarios.

¡Son exageraciones! En lo que aplicaba aque-

llos tiernos seres era en otros usos igualmente domésticos. Su grasa le servía para componer ungüentos que prolongaban su culpable existencia.

Todavía toma baños de sangre joven, que reverdecen su edad un tanto avanzada.

¿Os enternecéis? Yo me he ido acostumbrando.

Pero la fatiga me vence y todavía nos hallamos en el comienzo de la Restauración. No tendría fuerzas, lo comprendo bien, para contaros la historia del padre de Mustafá, ni de la madre infortunada de Mandina de Hachecor.

Demos un salto de cincuenta y seis años.

Era una tarde de otoño y estábamos en ese inmenso palacio que se llama hotel de Rudelame-Cartagena, y que decora una de las más pasajeras calles del faubourg Saint-Honoré.

El aire era tibio y suave. Las dalias elevaban al cielo su perfume penetrante, mezcladas al aroma de las plantaciones de ajos, que formaban un hermoso cuadro en mi jardín, á algunos codos de mi ventana.

El reloj de San Felipe acaba de dar las siete.

Mi juventud había sido solitaria. No había tenido más trato que con Timidita, la hija de nuestros porteros, y con M. Catimini, mi profesor de piano, que se había permitido ciertos infames atentados, siempre rechazados por mi candorosa pudibundez.

Cuando mi hijo, que no es hijo, sino hija, tenga edad para sentir el azote de la pasión, mejor que darla un profesor de piano del otro sexo, preferiré encerrarla en San Lázaro.

Las vibraciones del reloj estremecían todavía el aire, cuando una voz masculina y sonora pronunció bajo mi ventana este grito, bien conocido de los vecinos de París:

—¡Quién compra el agua!

La última sílaba de aquella frase se remontó hasta la primer octava.

Aquel grito, tanto más extraño en nuestra casa, cuanto que contábamos con abundantes aguas del Sena, me sumió en una extraña meditación.

¿Era que mi alma se abría á la poesía? ¿Había llegado para mí ese bendito cuarto de hora que la solicitud del Ser Supremo nos marca para sentir? No sé nada. Lo ignoro todo. Jamás he podido aprender á sumar; pero tengo corazón.

Llamé á Olinda, la primera de mis nueve camaristas, y le dije:

—Olinda, tráeme un cigarrillo, que siento el alma turbada.

Olinda era griega de nacimiento, pero francesa por su afición á las loterías autorizadas, que siempre mantenían vivas sus esperanzas.

Más tardé, las empresas en que la empeñó

aquella afición la hicieron perder sus economías y su inocencia.

—Olinda—volví á decirla—, ¿por qué la voz de ese joven expendedor de agua me abrasa los bronquios y hace latir fuertemente las ballenas de mi corsé?

Yo no había visto al aguador; pero mi imaginación ardiente le había adivinado con unos veintiocho años y su hermosa voz de barítono.

—Si queréis hacer algún conocimiento, vale más que esperéis un gallardo oficial, ó, por lo menos, un empleado decentito. Yo no me peino para un aguador.

—¡Insensata! No es que yo desprecie á los oficiales del ejército ni á los funcionarios civiles; pero hay aguadores de aguadores. Mi fiebre me decía que el mío era un príncipe. ¿Qué digo un príncipe? ¡Era el hijo de la Condenada, era Coriolano, el misterioso aborigen de las ruinas de Palmira; era el doctor Fondant!

Olinda, inflexible como el acero y fiel como un perro, me lió un cigarrillo; pero yo prefería ya un poco de rapé, un pastelillo de crema ó cualquier otra bagatela poco costosa.

Estaba en un estado de fantástico histerismo en que puede caer cualquiera.

Mi segunda camarista, Herminia, oriunda del bosque de Mendon, donde había sido hallada á las

orillas de un arroyo, envuelta en una bufanda sin marca alguna, pocas horas después de su nacimiento, entró en aquel momento y colocó á mis pies un ramo de flores extrañas rodeadas de papel picado.

Yo me estremecí, porque aquel aroma excitaba mis nervios y los irritaba de modo que acabé por morder á Luciola, la tercera de mis doncellas.

La cuarta, una suiza de plástica belleza, sólo por manifestar su sorpresa, recibió un recio puntapié en la parte más carnosa de sus formas exorbitantes.

Tales manifestaciones eran tan ajenas á mi carácter, que mis otras confidentes huyeron para no volver jamás.

En el interior del ramillete de flores extrañas, había un billete cifrado, pero al que se había cuidado de acompañar otro papel con la clave.

Esta precaución denotaba una extrema delicadeza.

Seas quien quieras, ¡oh, joven desconocido!—murmuré para mí—no cabe duda que no perteneces á la simple burguesía.

El billete estaba concebido en estos términos: «17, 34594, 2903549669...»

Pero vale más que os dé su traducción en lenguaje vulgar:

«Mi querida señorita Elvira:

»La generación espontánea es una teoría completamente moderna. Yo voy creyendo que soy producto de esa teoría.

»Mi cuna fué la soledad de un desierto arenoso y árido. No tengo padre, ni madre, ni perrito que me ladre, como vulgarmente se dice. Pariente ninguno conozco, quiero deciros con esto, que estoy libre de toda sombra de familia. Esto me hace independiente y meditabundo.

»¡Mi familia es la humanidad!

»¿Me preguntaréis quizá por qué se me llama el Hijo de la Condenada?

»Este punto merece una ligera explicación. No ignoraréis el cuidado que ponen los árabes en sus corceles. No sólo los limpian con minucioso esmero, sino que comparten con ellos su propio alimento. Además apartan de ellos todo motivo de enfermedad.

»Una clara mañana de primavera, la más hermosa yegua de los establos de Ben-Hadour, fué acusada de enfermedad.

»El Consejo de veterinarios de Sahara la examinó y la condenó á muerte, pero Abd-el-Kader, su amo, encargado de la ejecución, tuvo piedad de ella.

»No obstante, había que hacerla desaparecer en interés de los dueños de las otras caballerizas.

»Abd-el-Kader la ató al cuello un saco de dátiles

y un haz de heno, y la condujo hasta los confines del territorio, donde la dijo vertiendo lágrimas amargas:

»—¡Oh, tú, mi yegua favorita! Sólo Alá, es Alá. Una molesta enfermedad te aqueja, y ese mal le califican de incurable. Huye hasta las ruinas de Palmira donde se encuentra la hierba que da la salud.

»Palmira, llamada también Cadmor, debe su origen al rey Salomón, célebre por los desórdenes de su juventud, y luego fué ciudad eminentemente conocida en los tiempos de la incomparable Zenobri, la viuda de Odenato.

»Allí encontraron los viajeros mi cuna, porque es bien que sepas que soy musulmán.

»Yo había nacido algunas horas antes en el seno mismo de aquellos espléndidos escombros, á la sombra de un palacio arruinado, al que señalaba el núm. 179 de la calle del Eufrates.

»¿Cuál no sería mi sorpresa al ver llegar á Saali?

»Se nace médico, como dicen que se nace poeta, y á pesar de la escasa experiencia que debían darme mis cortas horas de vida, curé á la yegua.

»Ella en pago, me amamantó con su leche.

»Saali había sido condenada por el gran Consejo de veterinarios de Sahara; yo había sido criado á los pechos de Saali. Ved aquí explicado el que

se me llame el Hijo de la Condenada. Nada más lógico...»

Al llegar á este punto de la carta, el taller de ribeteadoras de botinas no pudo reprimir su descontento, traducido en sordos murmullos.

Anarda, la gerente, se atrevió á preguntar á la bella Elvira:

—¿Va á durar mucho la carta del doctor?

Y una de las Leocadias añadió:

—La verdad es que resulta bastante aburrida.

Elvira de Rudelame reprimió un movimiento de cólera.

—Indudablemente, ignotas hijas del pueblo, os hubiera gustado más que el dulcísimo Fondant hubiera visto la primera luz del día en un sombrío calabozo de la Inquisición ó al pie de la guillotina. A vosotras os son necesarias las emociones fuertes. Pues bien; mi posición delicada exige cierta prudencia, y voy á abreviar.

Básteos saber que cuando Fondant se graduó de doctor, atravesó los mares con Saali, y con ella se vino á París.

Saali tira ahora del coche de plaza de Mustafá, y es feliz.

Ahora, pasando gran cantidad de páginas de la carta, llego al final:

«¡Mi pasado es un abismo; mi presente, un poema; mi porvenir, humo!

»He aquí, mi querida señorita, por lo que he tenido por indispensable tomar este disfraz de aguador.

»Al sonar la media noche, con ayuda de medios sólo por mí conocidos, penetraré en vuestra alcoba por la chimenea.

»Si os oponéis, tocad tres veces un cuerno de caza. Si, por el contrario, aceptáis mis votos, colocad una rama de verbena en vuestro pecho.

»El que os ama más que á su propia vida,

Coriolano, el hijo de la Condenada.»

No necesito deciros que la carta no calmó lo más mínimo la fiebre que me devoraba.

Cuando acababa su lectura, la voz de mi seductor lanzó por última vez al espacio el grito característico:

«¡Quién compra el agua!»

Yo llamé á Olinda, y sufrí dolorosos espasmos reclinada en su seno.

Mi perplejidad era indescriptible. Mis pensamientos, como el camaleón, cambiaban de color á cada paso.

¿Debía tocar el cuerno, ó prender la rama de verbena en mi pecho?

Mi pudor se iba al cuerno; mi amor se encaminaba á la planta olorosa.

Yo no había visto nunca á Coriolano, es cierto;

pero su carta, de que ya conocéis la parte más interesante, encendía en mis venas un verdadero incendio.

Sin embargo, el pudor venció, y ya iba á echar



la mano al cuerno, cuando Olinda me presentó la rama fatal...

La suerte estaba echada — siguió la interesante Elvira—. Arreglé cuidadosamente mi pei-

nado, y esperé la hora señalada con la emoción que cualquiera de vosotras presumirá.

Las doce sonaron claras, acompasadas, lentas, y á la última campanada, un confuso ruido se dejó oír en el tubo de la chimenea.

Desgraciadamente no estaba la chimenea construída según los procedimientos más recientes, y yo esperaba ver aparecer á mi querido Coriolano un tanto desfigurado por el hollín.

Pero nada surgía. El conducto era demasiado estrecho.

Después de media hora de angustia, durante la cual los gemidos inarticulados de mi seductor me partieron el alma cien veces, Olinda me dijo:

—No hay que dejar que se aplaste. Es preciso avisar al fumista.

La idea de tal escándalo me hizo prorrumpir en verdaderos aullidos.

¡El fumista! ¿Cómo llamarle á hora tan intempestiva de la noche? ¿Cómo dejarle entender que el cañón de la chimenea no estaba deshabitado?

Es preciso haber pasado por tales peripecias para comprender su amargura.

Pero en tales horas el alma se reconcentra en sí misma y adquiere nuevos resortes de incalculable potencia.

Me quedaban cuatro confidentes, y ordené á tres de ellas que recorrieran los corredores del

hotel, vertiendo narcóticos poderosos sobre todos los que no estuvieran dormidos.

Esta precaución me garantizaba el misterio.

En cuanto á Olinda, la envié á casa del fumista, poniéndola antes una máscara para que no fuera reconocida en las tinieblas de la noche.

Mediante una suma considerable, el fumista consintió en dejar la molicie del lecho, y se dejó vendar los ojos.

En tal estado, se le hizo subir á un coche de alquiler sin número, y después de hacer dar al carruaje mil vueltas, se le detuvo á la puerta del hotel.

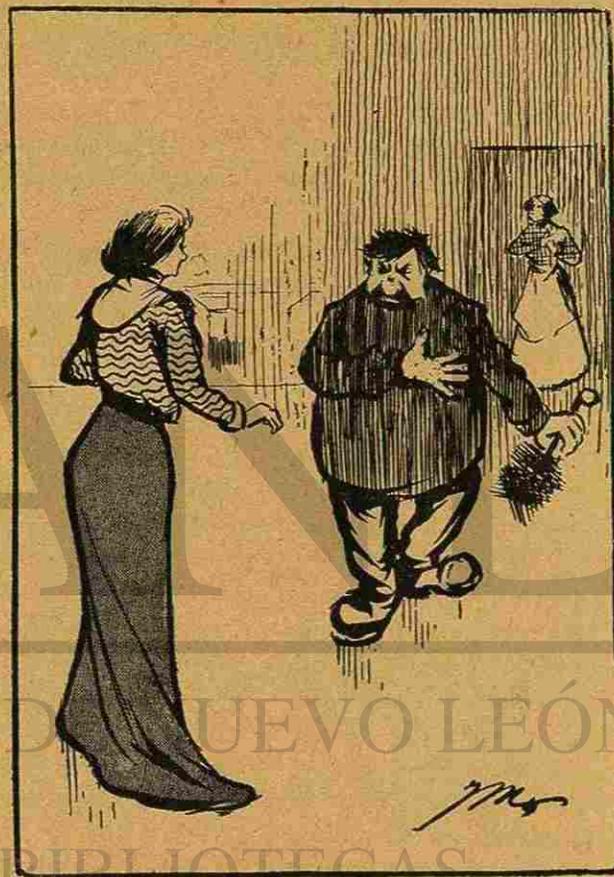
Todo dormía. El efecto del narcótico había sido instantáneo. Olinda y el fumista hallaron los corredores completamente obstruídos por servidores entregados al sueño.

Luego entraron por una puerta secreta de que nadie tenía conocimiento en mi estancia, y al quitarse la venda el fumista, no pude reprimir un grito de satisfacción.

¡Era el Afilador!

—Lo sabía todo— me dijo con cordialidad—. He alejado al verdadero fumista con un pretexto que ahora no hace al caso, y me he acostado en su cama para el caso de que el Hijo de la Condenda necesitara de mí... ¡Manos á la obra!

Y se puso á destruir el muro de la alcoba con



martillo de picapedrero cubierto con un paño sucio para impedir todo ruido.

Olinda había tenido una juventud un tanto desordenada, pero jamás había conocido el verdadero amor.

En su mirada, que envolvía al falso fumista como una llama, adiviné el secreto de su corazón.

—Joven griega—le dije—, ¿quieres casarte con este desconocido?

La doncella, mejor dicho, la camarista, se arrojó á mis pies y abrazó mis rodillas para ocultar su turbación.

Yo la hice levantar, murmurando á su oído con una caricia:

—Espera á que haya demolido la pared y yo bendeciré vuestra unión.

El Afilador experimentaba entre tanto cierta dificultad en horadar el vetusto muro. Su martillo caía no pocas veces sobre osamentas humanas, porque el palacio de mis ilustres antepasados estaba casi en su totalidad construído con despojos de los crímenes perpetrados por sus dueños.

Después de haber retirado unas cuatro docenas de esqueletos que habían pertenecido á severos castellanos ó tiernísimas doncellas, quedó practicado en el muro un hueco bastante largo para dar paso á un hombre.

Entonces una voz sonora y agradable salió de la chimenea.

—¿Quién vive?—preguntó aquella voz.

—Un enfermo del doctor Fondant—respondió el Afilador sin vacilar.

—¿No se ve en el horizonte á ninguno de los ratas del impace de Guemensi?—preguntó aún la voz agradable.

—Ninguno.

—¿La hija de los asesinos de su familia ha hecho sonar por tres veces el cuerno?

—No. Por el contrario, lleva un ramo de verbena en el pecho.

—¡Está bien!... ¡Compañeros de la humanidad, salid de vuestro asilo!

Al decir esto, se lanzaron por el agujero el joven y valiente Mustafá, mi primo político, que disimula el alto apellido de sus abuelos bajo la librea de cochero de alquiler; Simón el Organillero; Mandina de Hachencor, envuelta discretamente en un dominó negro; el verdadero Silvio Pellico y otros.

El penúltimo era el sacerdote etiope, de que he omitido hablaros hasta ahora. Con extrañeza vi que el eclesiástico no tenía más que un brazo, una pierna y un ojo.

El último era el Hijo de la Condenada. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VII

¡Traición!

Precisa sería la pluma de oro de los poetas para narrar el efecto producido por el relato de las aventuras del falso fumista en la Asociación libre de ribeteadoras de botinas.

—¿Podréis haber creído—exclamó de repente la señorita de Rudelame, bañada en lágrimas—, podréis haber creído, aunque sólo haya sido un segundo, que la descendiente de sus abuelos, que la amante de Coriolano era culpable?

La sola presencia del sacerdote etiope debe bastar para que comprendáis la regularidad con que las cosas sucedían.

El doctor Fondant se quitó su traje de aguador. Debajo llevaba vestidos más curiosos y de una magnificencia deslumbradora.

En su corbata brillaba como alfiler el diamante del Viejo de la Montaña que le había sido regalado por la reina.

Todas las órdenes extranjeras brillaban en su pecho.

Antes de ponérselas se había afeitado cuidadosamente.

¿Qué decir? Sobrado conocéis su belleza. Los mejores y más elegantes mozos que le rodeaban parecían sus criados.

Dobló una rodilla ante mí, y me colgó del cuello una joya de coral acuático de un precio incalculable, murmurando:

—¡Virgen adorada, esta es la cruz de mi madre! Y con emoción visible, añadió:

—Gracias á mi disfraz de expendedor de agua, he salvado todos los obstáculos consiguientes á mi empresa. Ahora la dicha es nuestra.

A una señal suya, las colgaduras de mi alcoba fueron substituídas por otras de raso verde claro, sembrado de ramos de topacios.

Además, se derramaron costosos perfumes en las alfombras de gusto oriental, y un altar ocultó el hueco que había dejado la demolida chimenea.

Para mayor esplendor, Simón había traído su organillo, que era justamente el objeto que había obstruído el tubo.

Con él tocó piezas tiernas y anacreónticas.

Después, el clérigo mutilado de Etiopía, nos unió ante Dios.

¡Ah! y también unió al Afilador con Olinda, mi primera confidente.

La ceremonia se hizo muy bien, salvo un inci-

dente en apariencia vulgar, pero que no dejó que darnos en qué pensar.

En el momento en que el presbítero negro pronunciaba sobre nuestras cabezas las palabras santas en lengua incoherente, estornudó.

Entonces notamos que un viento colado venía del lado de las ventanas.

Una de ellas había quedado entreabierta. Todos corrieron á cerrarla, pero ya era demasiado tarde.

El sacerdote etiope, que no tenía más que un brazo, una pierna y un ojo, unía ahora un reuma cerebral á su contagiosa dolencia.

Pero, ¿creéis que es para hacer mención de ese detalle por lo que os he hablado de la ventana abierta? ¡No!

A través de sus cristales, el noble Mustafá creyó ver una cabeza de buho.

Al acercarse para ver mejor, descubrió entre el follaje de sicomoros que rodeaba una fuente representando á Morain, una multitud de sombras humanas y fugitivas.

La luna, que se ocultó bajo una nube opaca, cesó de alumbrar á la tierra.

Mustafá creyó haberse engañado, y no habló de ello.

Una sola palabra que hubiera salido de su boca nos hubiera evitado un espantoso peligro y nueve



meses de torturas atroces, reservadas sólo para mí, porque Coriolano quedó libre.

La ceremonia había terminado, y Mandina de Hachecor, que me había servido de madrina, hizo comprender al resto de la asamblea que la hora de retirarse había sonado.

Nuestros amigos se alejaron á los acordes del organillo de Simón que tocaba un aire popular para apagar el ruido de nuestros pasos.

Coriolano estaba al fin solo con Elvira.

¡Oh, amantes jóvenes, comprended lo nuevo de nuestra situación! ¡Estábamos casados, nos amábamos con delirio y era la primera vez que nos veíamos en el mundo!

Pero él tenía mi fotografía, y yo le conocía de nombre. ¿Quién no habría oído hablar de su fama?

Cuando se sentó á mi lado en un sofá, al verle tan joven, tan hermoso, y sobre todo, tan bueno, me acostumbré á él como si le hubiera tratado toda mi vida.

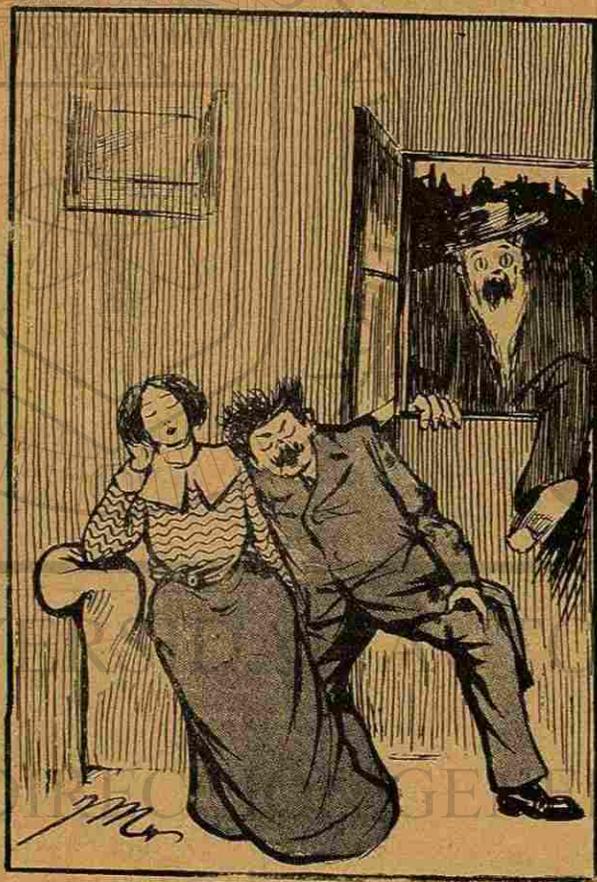
Entregados á los transportes del amor más espiritual y delicado que podáis imaginar, acabamos al fin por quedarnos dormidos.

¡Poder divino! ¡Qué horrible despertar nos aguardaba!

La visión del viejo Mustafá, de que ya hemos hecho mérito, no era una quimera.

La cabeza de buho, vista á través de los cristales, era la de mi bisabuelo, y las formas som-

brias é indecisas ocultas á medias por los sicomoros eran las de sus sicarios.



Una de mis confidentes había hecho traición á mi secreto.

Mi abuelo, despertando con el mayor sobresalto, había visto junto á su lecho á aquella muchacha sin entrañas, Herminia, nacida en el bajo Mendon, y la misma que había puesto á mis pies el ramo de flores raras envuelto en papel picado.

—Mientras os entregáis plácidamente al sueño—dijo—¡oh! imprudente anciano, vuestra biznieta está en camino de enlodar vuestros timbres, cayendo en los brazos de un aguador alsaciano.

El duque se lanzó de un salto al suelo, dejando el blando calor de las sábanas.

Aunque se encontraba delante de una persona de sexo distinto del suyo, no estaba, sin embargo, impresentable. Su edad y sus achaques le obligaban á dormir con un traje completo de bayeta amarilla.

Llamó á sus pajes y escuderos. Pero fué en vano; el narcótico, haciendo perfectamente su oficio, les tenía sumidos en el más profundo de los sueños.

Entonces, comprendiendo que no podía combatir él solo con el Hijo de la Condenada, subió á lo alto de una torre y encendió una hoguera.

Un cuarto de hora después, de treinta ocho á cuarenta ratas de los diversos impaces de París

llegaban al hotel. Ya habréis comprendido que la hoguera era una señal.

Mi bisabuelo los reunió en la gruta del jardín, y les dijo sin preámbulos:

—He vivido lo bastante para no ver con calma el deshonor de mi antigua y nobilísima casa. Coriolano Fondant, natural de las ruinas de Palmira, y que ejerce en París la medicina sin los títulos universitarios requeridos por las leyes del país, ha penetrado en mi domicilio á favor de un disfraz de comerciante en agua, y se ha unido á mi rica heredera.

—¿Quién os ha revelado ese misterio?—preguntó un rata del impace de Tivoli.

Mi bisabuelo señaló á Herminia del bajo Mendon.

Aquella infortunada cayó herida por treinta y ocho golpes de yatagán.

—Con esto—dijo la hiena del impace de Tivoli—no irá con el cuento de casa en casa.

El duque aprobó lo hecho con un simple movimiento de cabeza, y siguió:

—Me encontré perplejo respecto á lo que debo hacer. Que cada cual me dé su opinión con entera franqueza.

Los ratas se sentaron en las tumbas que formaba el principal ornato de la gruta, y la deliberación empezó.

Jaire, el antiguo profesor de la Cité, propuso introducir ácido carbónico en la cámara nupcial, por medio de un tubo de gutapercha; Carapace se ofreció á inocular á ambos esposos su virus varioloso de gran potencia; la hiena del impace de Tivoli aconsejó aplastarlos haciendo desplomar sobre ellos el techo de la estancia.

Mi bisabuelo rechazó todos aquellos expedientes por demasiado usados.

En tales materias era hombre muy entendido.

—En las venas de esa culpable niña—dijo como hablando consigo mismo—se encierra la última gota de la sangre de los Rudelame-Cartagena. Mi deseo es conservarla viva, para poderla torturar á mi sabor. Boulet-Rouge, el rata más ilustre del impace de Guemensí, no ha hablado todavía. Conocida su experiencia, le conjuro para darme el medio de acabar con el Hijo de la Condenada sin exponer la vida de Elvira.

Boulet-Rouge se puso de pie. Todos conocen el colosal parche que lleva en el rostro para alejar cualquier sospecha. Separándose un poco, dijo:

—En punto á procedimientos, no hay más sino escoger. Los nuevos inventos ofrecen un campo sobrado fértil. Bastará tomar un hilo metálico que sea buen conductor eléctrico, cuidando de aislarle en uno de sus extremos. Haréis pasar en seguida el hilo á través del cuerpo de los dos amantes,

procurando que la parte aislada venga á dar al estómago de la señorita de Rudelame. Entonces ya no tendréis más que hacer una comunicación telegráfica cualquiera, la cual, al pasar por el cuerpo del doctor, le privará de la vida, pero como al llegar al estómago de la joven y hermosa Elvira la comunicación quedará interrumpida, los días de ella quedarán seguros.

La sencillez de tal aparato obtuvo la aprobación general, y la sesión se levantó para llevar á la práctica el procedimiento aprobado.

A las tres y media de la mañana me despertó un ligero ruido. A la luz vacilante de la opalina lámpara vi un espectro á la vez fantástico y lleno de la más espantosa realidad.

El techo de la habitación se había abierto, y por las paredes y los paños del cortinaje de raso verde claro se deslizaban treinta y ocho ó cuarenta ratas de diversos impaces.

En el centro de la pieza estaba mi bisabuelo, al que sólo reconocí por su cara de buho, porque su uniforme de lancero polaco le desfiguraba.

En su mano se veía el terrible aparato eléctrico.

Por un momento creí ser juguete de un sueño, pero la señal me hizo caer en la cuenta de que no dormía.

Para armonizar el efecto, con la aurora que esta-

ba próxima á lucir, se había escogido el canto de la alondra para marcar el punto preciso en que debía darse el golpe.

Mi bisabuelo se remangó las mangas de su casaca de uniforme y se dispuso á atravesar el alambre del aparato á través de nuestros cuerpos.

Yo no pude reprimir un grito.

En aquel momento, de treinta y ocho á cuarenta yataganes salieron de sus vainas, mientras que mi esposo, despertándose sobresaltado y comparable á los semidioses del paganismo, buscaba su revólver para colocarse en actitud defensiva.

El arma no fué habida. El duque la había robado.

Entonces el Hijo de la Condenada lanzó una exclamación terrible, á la que respondió el bramido de su ciervo, que esperaba en el hogar de la chimenea.

—¡Vampiros!—dijo con fiereza—. ¡Coleópteros! ¡Escoria de la civilización y de la Historia natural! Todavía me queda un recurso.

Y arrollando con rapidez su corbata al cuello de la hiena del impace de Tivoli, le estranguló con la misma facilidad que si se hubiese tratado de un recién nacido.

Los demás conjurados, sorprendidos por aquel

rasgo de destreza, retrocedieron. No fué preciso más.

Fondant se lanzó á la chimenea y desapareció á la vista de todos.

Casi simultáneamente se oyó el galope del ciervo por aquellas ignotas vías, y una voz terrible resonó en el silencio de la noche.

Era su voz, que decía:



—Me alejo cabalgando en mi ciervo, hijo, como yo, de las ruinas de Palmira. ¡Temblad! Dentro de nueve meses sonará la hora del castigo.

Yo exclamé:

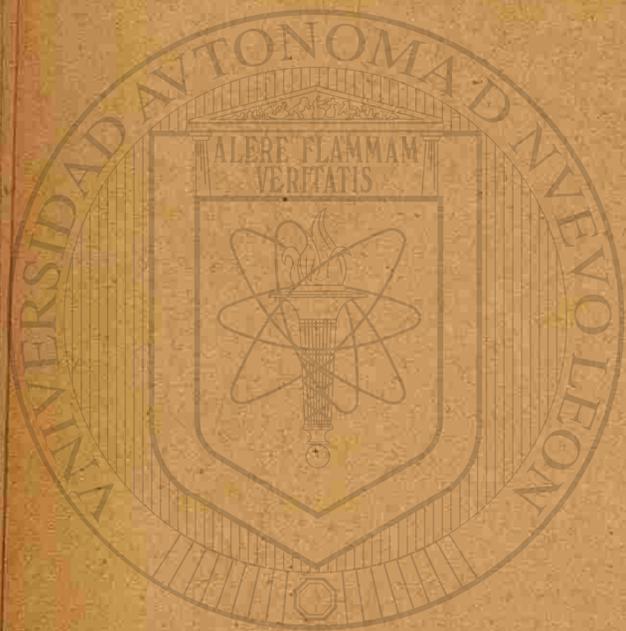
—¡El se ha salvado! Ya puedo morir.

Y perdí el conocimiento en el momento en que mis enemigos mostraban su desaliento y su amargura.

Cuando volví á la vida, busqué en vano la luz del día. Se habían tapiado las puertas y las ventanas de mi cámara nupcial, que se había trocado en una tumba.

A mi lado había un pan de munición, un cántaro de agua y un puñado de nueces.

Yo casqué una con indolencia. En su interior había un papel...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

CAPITULO VIII

Adulterio, incesto y bigamia.

Es posible que no se encuentren muchas jóvenes bien educadas capaces de hacer en un cuarto de hora su primer parto y un relato de esta extensión y de tal interés.

Esta no es más que una ligera reflexión del autor.

La narradora, la que desde su matrimonio con el doctor Fondant tenía derecho á llamarse la Nuera de la Condenada, prosiguió:

—El papel, que para poder ser encerrado en una cáscara de nuez tenía que ser muy fino, estaba todo él escrito con letra menuda y muy metida. Aunque carecía de toda luz, mis ojos, habituados á la obscuridad, descifraron la firma de Boulet-Rouge.

La vista de mis encantos había ablandado aquella naturaleza abrupta.

En el papel me indicaba que si yo quería habitar su cabaña, estaba dispuesto á ahogar á la madre de sus hijos con las propias mantas de su cama.

¡Qué carácter tan salvaje y tan entero! Pero yo desprecié su oferta. Coriolano solo ocupaba mi corazón.



¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿A qué extraños lugares le habría transportado su ciervo?

Tales eran las preguntas que me hacía á mí misma en la conmoción de mi delirio.

¡Con qué emoción partía mis nueces esperando carta suya!

Yo no veía á nadie más que al desgraciado que me llevaba todas las mañanas un pan de munición, mi cántaro de agua y mi puñado de nueces.

Para hacer tal servicio se había escogido á un hombre sordo, mudo y ciego, para impedir que pudiera emplear con él mis naturales medios de seducción.

Los días transcurrieron... El pensamiento de abreviar los días de mi existencia germinó en mi cerebro; pero lo rechacé... ¡Era madre!

La noche de mis bodas, en medio de los transportes de su amor, el Hijo de la Condenada me había dirigido estas notables palabras:

—Si un día, madame Fondant, te encuentras en un cruel aprieto, sube al último piso del palacio de tus padres y lleva contigo siete bujías, que te cuidarás de encender en las tinieblas.

Yo las veré de lejos y acudiré en tu ayuda.

Después añadió:

—Si yo tengo necesidad de ti, lanzaré á los aires siete globos rojos, lo cual querrá decir: «Ven; te espero en los soportales del bazar Bonne Nouvelle. Ténemos que hablar.»

¡Ay! A pesar de su gran capacidad, no había previsto que se me enterrara en vida.

Al décimoquinto día del cuarto mes dejé de

estar sola; mi todavía nonnato hijo comenzaba á agitarse en mi seno.

El día siguiente por la mañana recibí otra carta del miserable Boulet-Rouge.

El documento estaba concebido en estos términos:

«Tú, la que rechazas mis caricias, ¿quieres conocer todo el horror de tu suerte? Cuenta diez y siete losas del pavimento, á partir del sitio en que te hallas sentada; levanta la décima octava y descubrirás un pozo profundo. Baja á él, toma á la derecha, aventúrate por la undécima galería, sube trece escalones y encontrarás una columna. Busca en ella un botón de metal, y cuando lo toques, se abrirá la columna y verás cuál es tu destino.»

La firma decía: «Aquel cuyas pasiones has logrado encender.»

Esperé la noche, y arrastrada por una curiosidad malsana, conté las diez y siete losas y alcé la diez y ocho.

El pozo profundo se presentó á mis ojos, bajé á él, y seguí puntualmente el itinerario trazado por el odioso libertino.

Cuando la columna se abrió pude ver un espectáculo que hubiera asombrado á cualquiera.

Un inmenso corredor subterráneo se presentaba á mis ojos. Una lámpara sepulcral iluminaba la interminable longitud de sus paredes, tendi-

das de negro con franjas de oro como en las misas de funeral.

Pendiente del techo de la galería había una especie de muestra, que decía en gruesos caracteres: VÍCTIMAS PERTENECIENTES Á LA FAMILIA DE RUDELAME-CARTAGENA.

A la derecha había otro cartel que decía: PARA HOMBRES SOLOS.

A la izquierda, en un tercer aviso, se leía: PARA SEÑORAS.

En el lado derecho había treinta huecos tallados en la pared. A la izquierda, otros treinta.

En los quince primeros de cada lado, había treinta ataúdes.

De los otros treinta, veintinueve estaban habitados por criaturas vivas, cuyos nombres se leían sobre las puertas.

¡Mi nombre figuraba en la celda número treinta!

Tuve valor suficiente para abrir una á una aquellas veintinueve puertas y ver lo que había en su interior.

Indefectiblemente encontré cerca de los reclusos de uno y otro sexo un pan de munición, un cántaro de agua y un puñado de nueces.

Sólo se había añadido un casca-piñones en las celdas de los cautivos de avanzada edad.

¿Sabéis quiénes eran los habitantes de aquellos nichos? Los hijos, las hijas, los yernos y las

nueras de mi bisabuelo... Mi padre, mi madre, á los que creía muertos; mi abuelo, mi abuela, á quienes yo había llorado; el tío de Mandina, la señora de Mustafá... todos estaban allí encadenados fuertemente.

Ninguno de ellos me reconoció, sin duda porque, á merced de una preparación química, se les había privado de la memoria.

No pudiendo sufrir tal espectáculo, retrocedí sobre mis pasos, cuando una voz, tan burlona como bárbara, salió de las profundidades del subterráneo para decirme:

—Y bien, Elvira de Rudelame, ¿rechazas todavía la posición modesta, pero honrosa, de mi asesinada esposa?

Tal voz pertenecía á Boulet-Rouge.

Yo sólo respondí con el silencio.

El penúltimo día del noveno mes, que era anteayer, mi tumba se iluminó de repente.

Por su cabeza de buho reconocí á mi bisabuelo.

Este venía acompañado de tres médicos hábiles, que me examinaron con atención.

—Esta joven—dijo el primero—no tiene dolencia alguna. Dará á luz dentro de cuarenta y ocho horas.

Los otros pronunciaron enrevesados discursos técnicos, y uno de ellos hizo notar que mis atrac-

tivos habían resistido á la frugal alimentación de pan y las nueces.

—¡Ah!—exclamé—, esas comidas no me sientan bien. En nombre del cie'o, dadme noticias de mi esposo.

Mi bisabuelo me dirigió una mirada escrutadora.

—Que compren una cantidad suficiente de alcohol—ordenó—y que se prepare un frasco á fin de meter en él, tan pronto como nazca, al nieto de la Condenada.

Y salió por la brecha que se había abierto para que entrara.

Con arreglo á otra orden suya fui colocada en una parihuela y trasladada á los pisos más elevados de la casa para que no me faltara aire durante mi alumbramiento.

Ya habréis adivinado lo que yo haría

Cuando la obscuridad reemplazó á la luz del día, encendí siete bujías y las coloqué detrás de los cristales de mi ventana.

La obscuridad de la noche me impidió ver los siete globos que giraban en el espacio; pero á cosa de media noche un grupo de cantores tiroleses se situó delante de mi hotel.

Mi corazón latió violentamente. Entre ellos había reconocido á Coriolano.

Valiéndose de una honda hizo llegar á mis

pies una piedra. Esta venía envuelta en un papel en que sólo se había escrito:

«Aproximadlo á la llama.»

Yo me apresuré á obedecer, y el billete apareció entonces concebido en estos términos:

«La tinta simpática no es un descubrimiento nuevo; no he sido yo su inventor, pero la prudencia me lleva á usarla.

»Durante estos nueve meses he tenido muchas ocupaciones; no te extrañe mi silencio.

»En el momento en que estalle el incendio, disparte á arrojar la escalera de seda. Yo subiré á buscarte con Mustafá y el gendarme.

»Fácilmente nos reconocerás por estas señales: el gendarme llevará prendida una manzana sobre el corazón; Mustafá ostentará una rama de reseda en la gorra, y yo adornaré un ojal de mi levita con las insignias de la orden de los santos Mauricio y Lázaro.

»Al llegar los tres murmuraremos: ¡París! Tú responderás á media voz: ¡Palmira!

»Firmado: *Coriolano el Hijo de la Condenada.*»

Yo besé el papel con ardor; pero quedé sumida en una perplejidad inaudita. ¿De qué incendio me hablaba mi esposo? ¿Si ponía fuego al palacio, qué iba á ser de las veintinueve víctimas del subterráneo?

Un adolescente, llamado Gringalet, que es el fruto de una falta cometida por el ujier de nuestra familia, bajó del tejado y dió tres golpes en mi vidriera. Yo abrí la ventana.

Gringalet sólo tuvo tiempo de pronunciar estas frases:

—Coméos ese papel. ¡Vedlos!

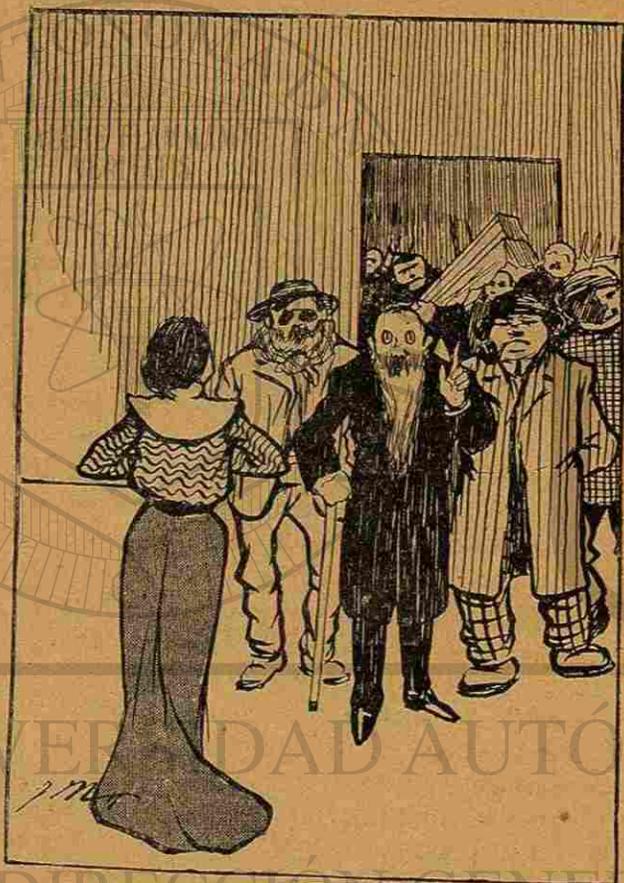
En efecto, todavía tenía el billete en la mano cuando entró mi bisabuelo acompañado del ujier de la Plaza de los Vosgos. Este traía bajo el brazo un voluminoso rollo de pergaminos.

Detrás de ellos marchaban los tres ratas del impace de Guemensí, y todavía más detrás, numerosos criados con mesas, tapices, sillas, un escabel y todo lo necesario para amueblar una cámara destinada á servir de tribunal de familia.

El duque tomó asiento en una especie de trono. Los tres ratas le rodearon, y el ujier de la Plaza de los Vosgos se instaló en la mesa del relator, mientras á mí se me hacía sentar en el banquillo de los acusados.

Los criados fueron despedidos.

—Messa, Salí, Lina—dijo mi bisabuelo—, vosotros sois los testigos y el auditorio. Esa culpable niña es la acusada. Mi ujier es el relator y el fiscal, y yo el juez. Estamos, pues, constituidos en legal tribunal de alta y baja justicia. Privile-



gios de los antiguos reyes de Francia me conceden tal derecho.

El ujier golpeó los pergaminos como muestra de veracidad.

Fuera, Gringalet, poniéndose el pulgar en la punta de la nariz y haciendo abanico de toda la mano, daba muestras del desprecio que le inspiraba su padre natural.

—Hija ingrata y perversa, ¿sabéis en qué abismo de maldades os habéis sumergido?—preguntó mi bisabuelo.

—Sólo sé que soy inocente—respondí con el aplomo que da el candor.

—¡Inocente!—repitió—. Váis á juzgar por vos misma.

Y después de absorber una buena dosis de rapé, continuó:

—Mi abuelo, el primer duque de Rudelame, tenía un hijo adulterino que se llamaba Inaniquet. Ese hijo adulterino, cuando llegó á la pubertad, sedujo á la duquesa mi madre. Yo venía de tal incesto. ¿No sois vos la hija de mi nieto?

—¡Sí!—respondí—. ¡Por mi desgracia!

—Pues bien, ese Inaniquet se casó con una princesa árabe que vivía en Lombardía. En París siempre se le ha conocido con el nombre del doctor Fondant ..

—¡Cielos!—exclamé.

—¡Vos sois, por consiguiente, la esposa del padre incestuoso, adulterino y bigamo de vuestro

bisabuelo! Creo que el caso no es de los más vulgares.

—Pero—objeté—la edad de mi Coriolano...

—Debe su juventud aparente á los prodigios de la química—me interrumpió el duque—. Como comprenderéis, no podéis seguir en tal estado... ¿Dudáis todavía?... Ujier de la Plaza de los Vosgos, mostradla los papeles que prueban cuanto acabo de decir.

No había duda de ningún género. Las pruebas más auténticas y fehacientes de mi vergüenza estaban ante mis ojos.

Mi bisabuelo prosiguió:

—Felizmente vuestro matrimonio es nulo por no haber sido santificado más que por medio sacerdote. El eclesiástico etíope no tiene más que un brazo, una pierna y un ojo.

Y señalando al odioso Boulet-Rouge, siguió:

—Ahí tenéis un honrado hijo del pueblo que consiente en dar su nombre á vuestro hijo. Demasiado escrupuloso para incurrir en la nota de bigamo, se compromete á ahogar á su mujer instantáneamente.

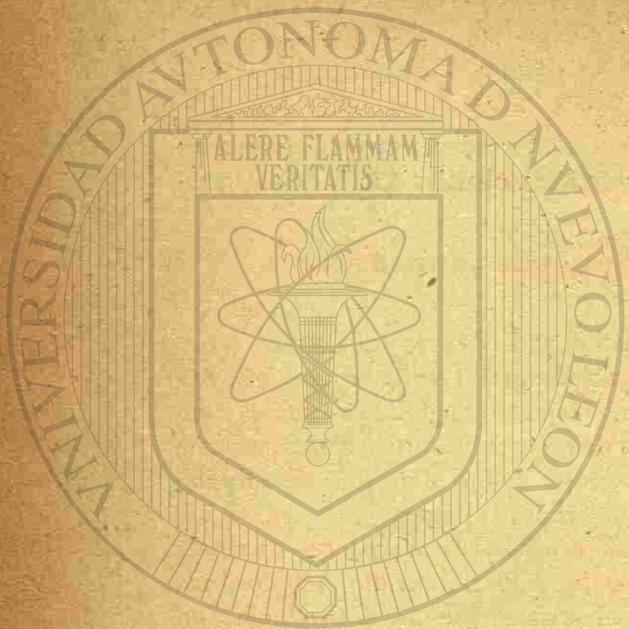
—Con sumo gusto—afirmó Messa.

—Si rehusáis, ¡oh joven mal aconsejada!, se os hará sufrir un nuevo suplicio consistente en arrancaros á tiras la piel, salpicando luego vuestro cuerpo con la más pura de las mostazas conocidas.

En aquel instante, clamores confusos que se oyeron fuera, cortaron la peroración de mi bisabuelo.

Los servidores, aterrados, entraron gritando:

—¡Huid, monseñor, el palacio arde por los cuatro costados!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX

El gran jefe de los Ancas.

La hermosa Elvira se detuvo sofocada.

Hay que recordar esta particularidad que era entonces un misterio: Mandina había visto el cielo rojo hacia la parte de Occidente. No era el castillo de la Mauruse el que el ardía, sino el palacio del faubourg Saint Honoré.

—¡Ay de mí—continuó la narradora—, todavía no estaba salvada! Aquel incendio, debido á los cuidados de mi esposo, se había producido en momento poco oportuno. Rodeada de gente como me hallaba, ¿cómo arrojar la escala de seda que debía traer á mi lado á mis libertadores?

Arrastrada por los tres ratas del impace de Gueménsi, se me hizo salir del palacio por escaleras excusadas y por corredores oscuros como boca de lobo. ®

Aquellos subterráneos conducían al pozo negro de Grenelli.

Desde allí se me llevó por calles y calles. Messa,

Sali y Lina, nos dejaron porque según dijeron, otros asuntos les reclamaban. Lo que fué del ujier de la Plaza de los Vosgos, no lo sé.

En la calle de Sevigné me senti presa de los dolores del parto... El resto no os es desconocido. ¡Compadeceros de mis infortunios!

Renunciamos á pintar el aspecto general del taller de ribeteadoras de botinas al final de aquel relato tan largo como sorprendente.

Preferimos correr á toda prisa á la estancia contigua, en la que el sanguinario Boulet-Rouge se preparaba á inmolar al recién nacido.

Messa, Sali y Lina, ignoraban la serie de circunstancias que habían llevado á Elvira y á su hijo á la casa de la Justicia.

No sabian siquiera que la desgraciada hubiese dado á luz.

Al dejar al duque se habrían ido á matar á algunos enfermos del doctor Fondant, para cumplir el compromiso que les obligaba á suministrar diariamente setenta y tres víctimas. Tal cifra no tenia para ellos nada de exagerada. La costumbre es una segunda naturaleza.

Si hubieran adivinado que estaban en presencia del nieto de la Condenada, destinado antes de venir al mundo á perecer ahogado en espíritu de vino, no hubieran vacilado. Pero, para ellos, aquella criatura era un hijo de la plebe, fruto insigni-

ficante de una ribeteadora de botinas y un proletario.

La débil criatura no tenía todavía la marca particular del doctor Fondant.



Boulet-Rouge estaba inde-

ciso acerca del modo cómo había de inmolar al niño.

Tenía á su elección el puñal, el veneno y la extrangulación, y hasta podía disponer del medio ingenioso de hacer cosquillas en la planta de los pies de la criatura, hasta que ésta expirase por consunción.

Sin embargo, optó por otro expediente: el de introducirle una aguja inglesa por una sien, lo cual no deja huella alguna.

Mientras prepara la ejecución de este nuevo

crimen, pasemos á la otra acera de la calle de Sevigné é introduzcamos al lector en el modesto retiro del célebre Silvio Pellico.

Este respetable anciano había sido resucitado por el doctor Fondant, valiéndose de un procedimiento que jamás había querido revelar á nadie.

El resucitado había comprendido que los detalles de su muerte y sus prisiones comprometían un poco su honorabilidad en su patria, y había venido á establecerse en París.

Sus bienes habían sido recogidos por sus herederos, y vive de los beneficios que le prodigaba el generoso Mustafá, que le había adoptado por abuelo.

Su morada servía con frecuencia de lugar de reunión á las naturalezas leales que defendían la causa del hijo de la Condenada.

Aquella noche, no hay que olvidarlo, en su casa era donde Mandina de Hachecor, el Afilador, el Organillero y el Cochero de plaza habían buscado su asilo al hacer explosión la máquina infernal.

Allí se encontraban el gendarme y algunas otras almas bondadosas reunidas en torno de Olinda, la joven griega, antigua primera confidente de Elvira.

Esta se hallaba con dolores de parto, porque, casada á la misma hora que su ama, debía dar á

luz en la misma época. Tales son las leyes inmutables de la ciencia.



Una escena conmovedora se desarrollaba en aquel estrecho recinto.

Cuando el venerable Silvio Pellico vió que Mustafá había sufrido el extravío de una oreja, se

entregó á las más violentas muestras de desesperación.

—Nadie saldrá de aquí sin haber sido escrupulosamente registrado—exclamó, presa de una animación poco frecuente en él—. Es preciso que la oreja de mi joven bienhechor parezca. ¿No podrá ocurrir que algún traidor se haya introducido entre nosotros?

—Hemos cambiado ya las señales que nos dan á conocer—objetó Mustafá.

—Joven insensato—replicó Silvio Pellico—. ¿Es acaso tu vida impecable? ¿Puede el gendarme ala-

barse de todas sus acciones? ¿Ignoras á qué punto ha llegado hoy el arte de disfrazarse? En una asamblea secreta no estaría de más cambiar cada diez minutos las señales para darse á conocer y las palabras de orden. ¡Qué pasaría si los Azotes de los diversos impacés llegaran á penetrar nuestros secretos!

Mientras hablaba así, lavaba con su pañuelo, impregnado de un inestimable bálsamo, el sitio que en otro tiempo había ocupado la oreja derecha del leal Mustafá. Todos respetaban su dolor.

—El hombre—
murmuró —necesitados orejas. Otra cosa sería contraria á las leyes de la simetría. Mustafá, mejor dicho, Faustino de Apreval, que después de semejante desgracia no es posible que oculte su antiguo é ilustre origen, ¿cómo vas á presentarte así delante de la princesa, tu amante?



Los asistentes á aquella escena escuchaban estupefactos.

El gendarme avanzó un paso.

—Si sois verdaderamente Faustino de Apreval—dijo—mi misión está cumplida.

—Y la mía también—exclamó el Afilador—, quitándose su peluca roja y dejando ver su cabellera castaña.

El eclesiástico etíope pidió un cuchillo.

En cuanto se le dieron, hendió con pulso firme su sotana, y sacó primero un brazo y luego una pierna, ambos perfectamente conformados. Después se quitó su ingenioso aparato que le hacía pasar por tuerto y no tuvo que hacer más que lavarse un poco para aparecer blanco y hasta limpio á los ojos asombrados de los circunstantes.

—¡Qué hermoso está!—murmuró Mandina á punto de desmayarse.

El Organillero, sin darse cuenta de lo que hacía, interpretó en su instrumento uno de los trozos más conmovedores de la *Marsellesa*.

Silvio Pellico lo había comprendido todo.

Después de una pausa, tendió sus manos temblorosas, y dijo:

—¡Ya me puedo morir otra vez, puesto que he visto reunidos una vez más á los cinco hijos de la Odalisca!

—A los seis—suspiró Olinda—que acababa de

dar á luz en el rincón más obscuro de la estancia un hermoso niño que tenía en los brazos.

Todos se estremecieron.

Silvio Pellico palideció y pronunció en voz apenas perceptible las siguientes palabras:

—Si Olinda es hija de la princesa, la Odalisca mangrebina se ha casado con su hermano. Ya comprenderéis que eso no está dentro de las conveniencias.

La joven griega sonrió de un modo angelical, y exclamó:

—Habla, esposo mío. Apresúrate á disipar tales sospechas.

El Afilador hizo el ademán de los oradores que reclaman el silencio de la multitud.

—Gracias al soberano árbitro del Universo— dijo—no hemos caído en ese lazo. La noche de nuestras bodas, en el momento mismo en que me disponía á poner un pie en el lecho nupcial, mi hermana reconoció en mi cuello el retrato del gran jefe de armas que me fué legado por nuestra madre. Olinda lanzó un grito y se apresuró á vestirse...

—Pero ¿y ese niño?—preguntó Silvio Pellico con desconfianza.

—Vuestra avanzada edad no os da derecho á cortarme la palabra—repuso el Afilador con majestuosa dignidad—. Ya iba á explicar ese ligero

incidente. Mi hermana se arrodilló á mis plantas y me confesó que la víspera había cedido á las seducciones de un desconocido que la había prometido casarse con ella al otro día. Como el infame impostor faltó á sus juramentos, Olinda...

Las frases del Afilador fueron interrumpidas por varios vigorosos golpes que sonaron en la puerta.

—¿Quién va?—preguntó Silvio Pellico.

—¡Yo!—respondió una voz que hizo estremecer á la joven griega.

—¡El!—murmuró Olinda.

—¡Sí, yo!—prosiguió la voz—. Frigolin de Torboy que, impedido hace nueve meses por circunstancias imperiosas, no ha podido hasta hoy venir á la cita.

—¡El es! ¡El es!—volvió á decir Olinda—. El padre de mi hijo.

Y estrechó al recién nacido contra su seno.

Silvio Pellico hizo que todos se pusieran sus disfraces, porque jamás olvidaba los consejos de la prudencia.

Después se abrió la puerta al verdadero esposo de Olinda, que reconoció á su hijo sin la menor objeción.

Aunque iba vestido según el uso de los cargadores de los muelles, aquel traje era una mentira. Sus padres eran acomodados propietarios y te-

nian parientes en las más altas esferas burocráticas.

Silvio Pellico quedó pensativo un breve espacio.

—Quitáos otra vez vuestros disfraces—ordenó luego—. No os extrañe que redoble las precauciones, porque tengo que haceros una importante revelación.

Un murmullo de asombro se oyó por todas partes.

—Para no herir vuestro pudor—siguió al cabo de un rato—, es preciso que los hombres vuelvan la espalda á las damas. Cuando lo hayáis hecho así, es preciso que todos os desnudéis para que yo me entere si hay alguno que no tenga el sello particular del hijo de la Condenada. En el caso presente un error nos sería fatal. Mi avanzada edad me autoriza á tal comprobación, sin ofensa de ningún sexo.

La orden fué obedecida.

Cuando hubo reconocido todos los sellos, abrió los brazos y dijo con una emoción rayana en el frenesí:

—¡Todos, todos á mis brazos! Puesto que ya no queda enigma alguno que adivinar, voy á daros la última sorpresa. Hijos míos, reconoced al autor de vuestros días. ¡Yo soy el gran jefe de los Ancas! ¡Soy el viudo de la princesa, la Odalisca mangrebina!

Más fácil es representarse el efecto de aquella patética escena, que tratar de traducirla con palabras.

Sólo entonces se dió cuenta el viejo del cuadro que se presentaba ante sus ojos.

Todas aquellas gentes, que completamente desnudas se contemplaban con cierta delectación, no respondían á la grandiosidad del momento.

—¡Vestios, vestios!—murmuró con voz perentoria.

Y como si no reparara en lo poco conveniente de aquella escena, mientras todos con más ó menos premura cubrían sus desnudeces, el venerable anciano les explicó que para librarse de habladurías se había refugiado en Chile, que los araucanos le habían elegido por su jefe, y otras particularidades de su vida que omitimos, por no hacer demasiado difuso nuestro relato.

Pero como nadie es perfecto en este mundo, en medio de la alegría general, el viejo, siempre terco, volvió á su idea fija.

—Todo lo cual—siguió—, no impide para que el generoso Mustafá no tenga más que una oreja. Ahora que reconozco en él á mi hijo primogénito, estoy más obligado á no dejarle en tal situación.

—Conmigo traigo una cola especial—dijo el nuevo esposo de Olinda—, y con gusto invertiré

una parte de ella en ser agradable á mi cuñado. Sólo falta saber dónde está la oreja perdida.

No tuvo tiempo de acabar. Silvio, con una ligereza que no se hubiera sospechado en sus dilatados años, se había precipitado sobre un armario que, como es consiguiente, no podía abrirse sino oprimiendo un botón cuidadosamente disimulado en la pared.

De él sacó un largo antejo en cuya cubierta las iniciales J. F. G. L. P. indicaban que había pertenecido al desgraciado navegante Juan Francisco Galoup de La Perouse, comandante del *Astrolabio* y de *Brújula*, muerto en 1785.

Provisto del preciso aparato se acercó á la ventana para examinar cuidadosamente el empedrado de la calle de Sevigné y ver si en él descubría la oreja de Mustafá.

Era aquel el momento en que Messa, Salí y Lina estaban en la estancia de la cuna en el taller de ribeteadoras de botinas.

Ya hemos dicho que Tancredo, más conocido por el Murciélagu, prisionero en los pisos superiores de la habitación de Mandina, había montado el arco y disparado una flecha.

La flecha, que atravesó los aires con la velocidad acostumbrada, fué á dar en la cabeza venerable del anciano Silvio Pellico, cortándole de raíz la oreja derecha.

El buen viejo, lejos de lamentarse de aquel incidente, lanzó un grito de júbilo y volvió al seno de su recién reconocida familia con la oreja en la mano.

—Joven extranjero—dijo á Frigolin de Torboy—, yerno mío, preparad vuestra cola, que esta oreja pertenece desde ahora al noble Mustafá. Todavía es corto el pago para los beneficios de que le soy deudor.

Mustafá quiso rehusar el presente, pero Silvio prosigió:

—Mis días están ya un poco avanzados. Poco importa que termine mi vida con una oreja ó con dos. Desde que la princesa dejó de existir, he renunciado al amor. Aceptad esta oreja, hijo mío, es la de un viejo, y con ella escucharás los consejos de la prudencia. Además, en adelante no necesitarás hacer las señas conocidas para darte á conocer de nosotros. Nos bastará levantar un poco los hermosos bucles de tus cabellos y ver esta vetusta oreja para reconocerte.

Mustafá consintió por fin.

Quando el nuevo esposo de Olinda acabó la operación, Mustafá miró por casualidad á las ventanas del taller que tenía enfrente.

—Dadme, dadme unos trapos cualesquiera— exclamó con voz de trueno.

Nadie le comprendió.

—Dadme cualquier cosa—repitió con exaltación creciente—, algodón, lana, unos pingajos de tela, no importa qué.

Todos le creyeron loco; pero sin pararse á combatir aquella equivocación, él con mano firme desgarró una de las colgaduras del lecho y se hizo un turbante de gran espesor.

Después, retrocediendo algunos pasos para tomar carrera, dijo con voz tonante:

— ¡Es preciso salvar á madame Fondant ó morir!

La familia de Silvio Pellico, á quien llamaremos desde ahora el Gran Jefe de los Ancas, le vió atravesar el espacio.

Su cabeza fué á chocar contra la vidriera del taller de ribeteadoras de botinas, haciéndola menudos pedazos.

Para evitar aquel choque, necesario para la realización de su empresa, era para lo que había pedido los trapos.

CAPITULO X

El agua que cambia las fisonomías.

Gracias á su precaución de hacerse un turbante con las cortinas del lecho, el noble Mustafá entró en casa de las vecinas por la ventana, sin sufrir otro daño que un ligero aturdimiento.

Ni la oreja del viejo, recientemente pegada, padeció detrimento alguno.

Para explicar la desesperada resolución que implicaba aquella acción, nos es indispensable retroceder un poco.

Después del relato de Elvira de Rudelame, la nuera de la Condenada, la gerente había hecho te y una tostada y se dedicó á poner la mesa.

Mientras realizaba estas operaciones puramente domésticas, Boulet-Rouge, siempre perplejo, buscaba en su mente los medios de destruir al recién nacido.

Carapace y Arbol seco daban vueltas á sus pulgares, hablando de los múltiples acontecimientos de aquella jornada.

—Dadme cualquier cosa—repitió con exaltación creciente—, algodón, lana, unos pingajos de tela, no importa qué.

Todos le creyeron loco; pero sin pararse á combatir aquella equivocación, él con mano firme desgarró una de las colgaduras del lecho y se hizo un turbante de gran espesor.

Después, retrocediendo algunos pasos para tomar carrera, dijo con voz tonante:

— ¡Es preciso salvar á madame Fondant ó morir!

La familia de Silvio Pellico, á quien llamaremos desde ahora el Gran Jefe de los Ancas, le vió atravesar el espacio.

Su cabeza fué á chocar contra la vidriera del taller de ribeteadoras de botinas, haciéndola menudos pedazos.

Para evitar aquel choque, necesario para la realización de su empresa, era para lo que había pedido los trapos.

CAPITULO X

El agua que cambia las fisonomías.

Gracias á su precaución de hacerse un turbante con las cortinas del lecho, el noble Mustafá entró en casa de las vecinas por la ventana, sin sufrir otro daño que un ligero aturdimiento.

Ni la oreja del viejo, recientemente pegada, padeció detrimento alguno.

Para explicar la desesperada resolución que implicaba aquella acción, nos es indispensable retroceder un poco.

Después del relato de Elvira de Rudelame, la nuera de la Condenada, la gerente había hecho te y una tostada y se dedicó á poner la mesa.

Mientras realizaba estas operaciones puramente domésticas, Boulet-Rouge, siempre perplejo, buscaba en su mente los medios de destruir al recién nacido.

Carapace y Arbol seco daban vueltas á sus pulgares, hablando de los múltiples acontecimientos de aquella jornada.

De pronto el aroma del te penetró en la estancia por las rendijas de la puerta.

Boulet-Rouge dilató las ventanillas de la nariz y dijo:

—Voy á colocar al niño vivo en el ataúd. Al duque le gustará probablemente más verle así para gozar de sus sufrimientos. Vamos á tomar una taza de te.

—¿Piensas en tal cosa?—dijo Lina—. ¿No ves que nuestros semblantes son demasiado conocidos?

—¿Te olvidas del agua que cambia las fisonomías?—le interrumpió Boulet-Rouge, encogiéndose de hombros—. Jamás me abandona, por lo que pueda ocurrir. Acercáos; voy á hacerlos completamente desconocidos.

Diciendo esto, sacó del bolsillo de su chaleco un pomo de tapón esmerilado, y vertió en el hueco de la mano algunas gotas de un licor amarillento y de penetrante aroma.

Cuando hubo pasado aquella preparación por sus facciones, éstas cambiaron súbitamente.

Arbol seco y Carapace sufrieron una transformación idéntica.

Los tres quedaron trocados en otros tantos honrados burgueses, de fisonomía apacible y bonachona.

Boulet-Rouge volvió el pomo de tapón esmerilado al bolsillo, diciendo:

—La farmacia hace extraños progresos. Hoy se venden píldoras graduadas del 1 al 43, que por cierto no cuestan caras. El número 1 mata en un segundo; el 2, en dos días; el 3, en cuatro; el 8, en una semana, y el 30 en un mes. Cada caja va acompañada de un seguro, en que se garantiza la devolución del importe y su indemnización en caso de retraso... ¿Estáis prontos?

--¿Y qué vamos á decir?

—Asentir á lo que diga yo, y basta... ¡En marcha!

Las ribeteadoras de botinas, y sobre todo Elvira, se estremecieron á la vista de los tres ratas del impace de Guemensí, que entraban por una habitación que no tenía puerta de acceso.

El agua que cambia las fisonomías había producido efecto tan maravilloso, que ni la misma Elvira los reconoció.

No obstante, ella á todo evento había cuidado de taparse la cara con un espeso velo.

Messa, Salí y Lina, saludaron con la más exquisita cortesía.

—¿Quién sois?—preguntó la gerente con alguna desconfianza.

—Simples transeúntes—respondió Boulet-Rouge con amabilidad.

—¿Habéis entrado por la ventana?

—Precisamente.

Entonces Boulet-Rouge refirió con afectación de sencillez el modo como había sido lanzado por la explosión á treinta y dos metros sobre el nivel de los tejados, y cómo había logrado asirse á la barandilla del balcón.

Como aquello era tan inverosímil por lo menos como las aventuras consignadas en el folletín del *Petit-Canard*, parte de las tiernas imaginaciones de las Anardas, Irmas y Armandas, encontraron aquello la cosa más natural del mundo.

La gerente se levantó, no obstante, para abrir á los desconocidos la puerta de la escalera.

Pero como no era aquello lo que deseaban los Azotes de la capital, Boulet-Rouge, exclamó con plácida sonrisa:

—Somos tres buenos burgueses, bien acomodados y hasta ricos, y ya que la casualidad nos ha conducido hasta lugar tan encantador, ¿por qué no esperar que este acontecimiento inesperado tenga agradables consecuencias? Solteros los tres, buscamos en París á quien ofrecer nuestra mano y nuestra posición.

—Siéntense, caballeros—se apresuró á responder la gerente.

Los ratas del impace de Guemensí, tomaron asiento alrededor de la mesa.

Boulet-Rouge ponía gran cuidado en disimular el ataúd infantil que hubiera podido venderle.

Una franca alegría, llena del más discreto abandono, reinaba en apariencia en el taller; pero Boulet-Rouge cambiaba entre tanto sangrientas miradas con su cómplice.

Todas aquellas simpáticas jóvenes estaban condenadas á muerte por su imprudencia.

Al cabo de un cuarto de hora, Boulet-Rouge, exclamó:

—Ya podréis haber apreciado la bondad de nuestros caracteres. Prescindamos, pues, de trámites enojosos y celebremos nuestras bodas en seguida.

—¡Ay de mí!—pensó Elvira bajo su espeso velo—. ¡Tampoco perdimos nuestro tiempo el hijo de la Condenada y yo!...

Y su tierna imaginación la recordó los detalles de su noche de bodas.

Messa, Salí y Lina, eran tres malvados sensuales y de no muy puras costumbres, que unían cuanto les era posible, al sangriento asesinato la menos excusable de las orgías.

Como personas prácticas, retiraron, en menos tiempo del que se emplea en decirlo, la mesa de trabajo, á fin de dejar sitio, y muy en breve el taller de las ribeteadoras de botinas se convertía en teatro de baile de sociedad excesivamente libre, en que los movimientos más atrevidos alternaban con chistes y galanterías que no hubieran

pasado por de buen gusto ni en la más inmunda de las tabernas de las barreras.

Aquella modesta fiesta de familia debía influir de una manera decisiva en el carácter y en el porvenir de más de una Anarda, Irma ó Zulema.

Algunas de aquellas jóvenes descubrieron en sí mismas disposiciones coreográficas que no habían sospechado hasta allí. Más tarde tuvieron un éxito loco en las distinguidas sociedades *El Saltamontes* y *La Cucaracha*, por su atrevida manera de recogerse las faldas. ¡Nadie sabe dónde está el momento de revelarse una vocación!

Elvira era la única que no se sentía á gusto allí.

A fin de tener más libertad de movimientos, Boulet-Rouge dejó sobre la mesa el ataúd; pero tal era el placer que sentían todas aquellas inconscientes naturalezas, que nadie reparó en tal cosa.

Después de una polka un poco viva y de un can-cán no muy ajustado á las reglas que imponen las conveniencias sociales, las Irmas, las Anardas y las Amandas pidieron de beber.

Con una mirada rápida Boulet-Rouge reunió en torno suyo á sus compañeros y deslizó estas palabras en sus oídos:

—¡Ahora el elixir funesto!

Después, en voz alta y dirigiéndose á las damas, exclamó:

—Hay un licor delicioso inventado en la paz y el silencio del claustro por santos religiosos. Nosotros tenemos encima unas pequeñas muestras. El rom se ha acabado, y el té sin alcohol es un brebaje insoportable. Permitid que paguemos nuestro escote ofreciéndoos una gota de este licor, muy superior á los que fabrican los Benedictinos y los PP. de la Chartreuse.

—Pagad cuanto queráis—respondieron las alegres señoritas—. Cuanto más, mejor.

Entonces Lina sacó de su bolsillo la siniestra botella lacrada, mientras que Messa y Salí alargaban sus vasos de metal argelino.

Las desgraciadas jóvenes acercaron las tazas que les habían servido para tomar el té.

Pero entonces de debajo de la mesa del fondo del ataúd infantil salió un débil gemido.

¡Quién no conoce el corazón de las madres!

Aquel grito bastó para recordar á Elvira el reciente nacimiento de su hijo.

De un salto se puso de pie, se arrancó el velo y se lanzó, semejante á una leona, á la estancia en que estaba la cuna.

Su acción había sido rápida como la del rayo, pero no por ello pasó inadvertida para Boulet-Rouge. ®

El malhechor imitó el canto de la abubilla llamando á sus pequenuelos.

Arbol seco y Carapace conocían aquella señal que anunciaba una peripecia imprevista.

Boulet-Rouge, les dijo:

—El velo espeso ocultaba á la nuera de la Condenada. El heredero combinado de la inmensa fortuna de los Rudelame y de las magníficas economías del doctor Fondant está en mi ataúd.

En aquel momento la infortunada Elvira, al encontrar la cuna vacía, lanzó un horrible grito de dolor.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

A aquel grito respondió desde el otro lado de la calle y saliendo del fondo del retiro del venerable Silvio Pellico otro grito.

El del generoso Mustafá pidiendo trapos.

¡Todo lo había visto!

Con una sola mirada y á favor de un rayo de luna había reconocido á la joven madame Fondant y á los tres fieras de los impacés: Messa, Salí y Lina.

Debemos hacer notar aquí que el agua para cambiar las fisonomías no tiene efectos duraderos, siendo preciso renovarla con frecuencia.

Los tres ratas, por otra parte, viendo que la catástrofe se acercaba, no se cuidaron ya de ocultar sus malévolos designios.

En el instante en que Mustafá se fijaba en ellos, sacaban de sus bolsillos sin tomar ya precaución

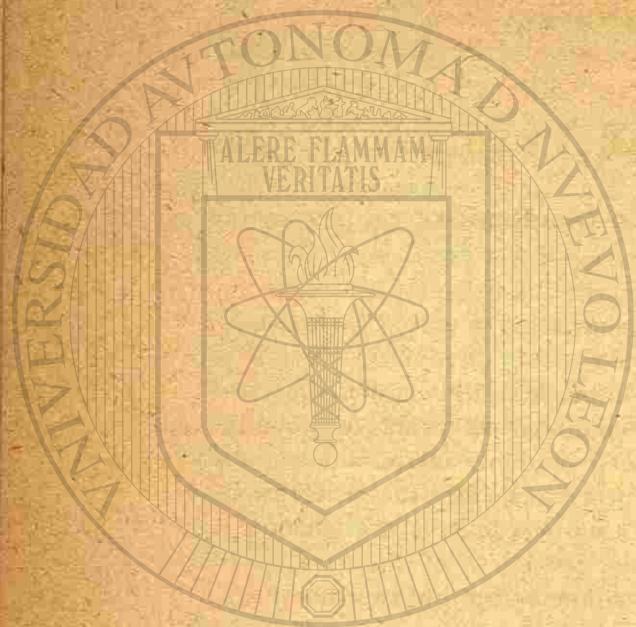
alguna por recatarse, puñales, armas de fuego, mazas, llaves inglesas, bolas, ganchos, cuerdas de extrangulación, escalas y hasta cierta cantidad de carbón de cok para producir la asfixia.

Ya sabemos cómo el eminente cochero de plaza se arregló para franquear la anchura de la calle de Sevigné y penetrar, semejante á una bala de cañón, á través de la vidriera, sin hacerse mal alguno.

Lo que no sabemos es si antes de penetrar en el taller se desembarazó de los trapos usados que le servían de turbante.

¡Quién es capaz de comprender el efecto producido por su aparición inesperada en el ánimo de los tres Azotes de la capital, sorprendidos en el pleno ejercicio de su culpable industria!

La cabeza de Medusa, la estatua del Comendador, no hubieran causado mayor espanto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI

La Condenada.

Desde su más tierna infancia el señor duque de Rudelame-Cartagena había tenido la misma cabeza de buho.

En la escuela, antes de la Revolución, sus jóvenes camaradas imitaban el canto de aquella poco simpática ave, sólo por hacerle rabiar.

Las burlas de la primera edad son peligrosas. Tal vez influyeran en toda la vida del bisabuelo de Elvira.

En este punto, sin embargo, no hacemos afirmación alguna.

Cuando abandonó á la joven parturienta de la calleja sombría, donde no había podido satisfacer su crueldad, siguió á lo largo de la calle de Sevigné, buscando un hombre de la clase del pueblo que le prestara sus vestidos.

De ellos tenía necesidad para la realización de sus proyectos.

No lejos de la calle de Port-Royal, se fijó en un mozo de cordel sentado en un guardacantón.

Para no perder tiempo en inútiles discusiones, le mató de un tiro disparado con una escopeta de aire comprimido y le despojó de sus harapos.



El viento era tibio y pesado. Gracias á ello, el abuelo de Elvira se libró de un catarro, porque las prendas que usaba el mozo de cordeleran un poco ligeras.

Una vez disfrazado, entró en una taberna próxima al impace del mercado de Santa Catalina. Allí su traje ducal le hubiera embarazado.

En aquella taberna se reunían habitualmente los enemigos del doctor Fondant, que vivían en aquel barrio.

Sabía que allí había de encontrar á Colquinto del Plato de Estaño; á Sorribel, de la calle de Artes y Oficios, y tal vez á Pie de puer-

co, el tigre del impace próximo á la taberna.

Por una rara casualidad no encontró más que á Montaroux, un debutante, simple chacal de la Villette.

Por medio de signos conocidos se descubrió á él.

—Maestro—le dijo Montaroux—, todos los hermanos han partido á la caída de la noche hacia el palacio de Rudelame-Cartagena, que ha sido presa de las llamas. A media noche los encontréis en los subterráneos que corren por debajo del río.

El duque le dió una bolsa llena de oro, y respondió:

—No lejos de aquí existe una parada de coches de punto. Elegió un cochero amigo de las libaciones, atraedle á una taberna de mala fama, hacidle beber, y cuando le hayáis sumido en la embriaguez, ocultadle bajo la mesa, después de haberle cosido á puñaladas previamente.

Montaroux se estremeció por no estar aún lo bastante endurecido.

El bisabuelo de Elvira dejó asomar á sus labios una sonrisa de desprecio.

—Reprime esos estremecimientos insensatos, si pretendes hacer carrera—prosiguió—. Después tomarás los vestidos del cadáver...

Montaroux volvió á estremecerse.

—¡Insensato!— murmuró el viejo—. Aquí donde me ves, voy adornado con los despojos de mi última víctima, que probablemente estará caliente aún. A estas cosas se acostumbra uno como á todas... ¡Estás pálido como un muerto!... ¡Oh, joven! ¡Si vacilas, teme un castigo severo!

El infortunado Montaroux vió el crick malayo que salía de uno de los ex bolsillos del difunto mozo de cordel, y cayó de rodillas.

—Asesinaré al cochero, aunque sé que todos ellos son padres de familia.

—Perfectamente... Una vez disfrazado, te sentarás en el pescante del coche de plaza en el sitio dejado por el muerto é irás á estacionarte en la esquina de la calle de Sevigné... ¿Conoces la casa de la Justicia?

—Sí, maestro.

—No perderás de vista un solo instante la puerta de esa casa, y si ves salir á una joven con un niño recién nacido en los brazos, darás en seguida la señal.

—¿Qué señal?

—¿Sabes imitar el graznido del pato?

—Sí, maestro.

—Ímitalo.

Montaroux obedeció. El duque quedó satisfecho.

—Tienes más capacidad de la que suponía—

dijo—. Imitarás tres veces el graznido del pato y vigilarás asimismo la casa de enfrente. Si ves entrar á Mustafá ó á otro de los adeptos de Fondant encenderás esta luz de bengala.

—Sí, maestro.

—Escucha aún. Cada vez que veas pasar á uno de los nuestros, producirás un silbido idéntico á los de la culebra de Cascabel, y cuando se aproxime, le dirás: «el maestro está en el café de Rohan viendo jugar al billar».

Después de pronunciar estas palabras, el bisabuelo de Elvira volvió á ponerse sus vestidos de duque, y se alejó á buen paso.

¿Será necesario decir que los diversos sucesos narrados en nuestros primeros capítulos, no pudieron ser vistos por Montaroux por habérselos ocultado la inmensa mole del carruaje de transportes?

Bajo tal aspecto, el asesinato del cochero fué inútil.

No nos hubiéramos tomado el trabajo de mencionarle siquiera, si no hubiera servido más tarde al desarrollo de nuestro drama.

.....
En un salón suntuoso y nobiliario de la calle de Grenelle, del faubourg Saint-Germain, una mujer de cierta edad estaba reclinada en un canapé.

Un joven de veintiocho años, notable por su pensativa belleza, la tomaba el pulso.

Ella era la princesa Troïka, propietaria de las minas de oro de Tobolsk. En él hubiérais reconocido fácilmente al aguador de las bodas precipitadas, al Coriolano de las ruinas de Palmira, al hijo de la Condenada, conocido en el universo entero por el nombre de doctor Fondant.

—Doctor—preguntó la dama con voz lánguida—, ¿habéis adivinado el mal de que muero?

—Sí, princesa—respondió Fondant.

Ella le miró con aire de asombro al par que de duda.

—Princesa—dijo el doctor, como respondiendo á aquella mirada—, de lo que no podéis consolarnos es de la pérdida de vuestro hijo.

—¡Cielos!—exclamó Troïka—hombre sorprendente, ¿cómo podéis leer de ese modo en el fondo de los corazones?

—Mi ciencia llega á eso, señora.

Troïka suspiró.

—Me inspiráis tal confianza—sollozó—, que no vacilo en referiros mi conmovedora historia.

—Tengo alguna prisa—se apresuró á interrumpir el doctor—. ¿Es muy larga vuestra historia?

—La abreviaré.

La princesa tomó una postura agradable al par que cómoda, y comenzó así:

—Mi padre poseía la mitad de las minas de Tobolsk; el padre del principe de Troïka la otra mitad. Nos encontramos en un salón de la alta sociedad china. Me gustó, fui adorada por él, y conformándonos con las conveniencias sociales, nos casamos. De esto hace treinta años menos seis meses.

Fondant estaba distraído, y no paró mientes en esta cifra que debía excitar su interés, porque en aquella época debió comenzar la generación espontánea que preparaba su nacimiento.

La princesa continuó:

—Mi marido y yo éramos muy aficionados á los viajes, y resolvimos pasar en Asia los últimos meses de nuestra luna de miel.

—En Asia—repitió Fondant, que pensaba involuntariamente en su cuna.

—No habiendo podido obtener el permiso del Zar, partimos secretamente y supimos, á orillas del Wolga, que el emperador de todas las Rusias me había condenado...

—¡Condenada!—repitió de nuevo el doctor.

—Me encontraba hermosa—murmuró Troïka bajando los ojos—y tenía culpables designios contra mi virtud. Pasamos la frontera y llegamos, después de largas jornadas, hasta las orillas del Eúfrates.

Poco después entrábamos en Arabia. Allí era

donde me esperaba la más espantosa desgracia. Una tarde, hace de esto veintiocho años y nueve meses...

Fondant se estremeció de modo tan visible que la princesa se interrumpió para preguntarle:

—¿Qué tenéis, doctor?

—Nada, nada—respondió Fondant—. Proseguid.

—Los dolores de parto me sorprendieron en un lugar desierto, poco distante de las famosas ruinas de Palmira...

Por tercera vez el doctor la interrumpió para decir:

—¡Las ruinas de Palmira!

Y se quedó pensativo.

—Mientras yo sufría—prosiguió la princesa—, nuestra caravana fué atacada por una partida de los numerosos malhechores que infestan aquel pernicioso país. Los hombres de nuestra escolta fueron ferozmente despedazados y á las doncellas de mi servidumbre se las puso en aprietos terribles. A mi esposo le empalaron después de desollarle vivo, y sin detenerse ante el estado crítico en que me encontraba y que se respeta en las cinco partes del mundo, me hicieron objeto de los mismos tratos que habían sufrido las que hasta entonces pude llamar mis doncellas. En medio de tales torturas, dí á luz un niño del sexo masculino...

—¡Ah!—exclamó Coriolano con acento de ansiedad—. ¡Era un niño!

—¿Le habréis conocido por ventura?—preguntó la princesa en un impremeditado arranque de amor maternal.

Coriolano respondió con voz ahogada:

—¡He hecho más que eso!

Y presa de una indescriptible agitación añadió:

—Señora, yo creía ser fruto de la generación espontánea; pero todas esas circunstancias son de tal modo extrañas... Mi cuna fué hallada hace veintiocho años y nueve meses en las ruinas de Palmira...

—¡Demostrádmelo!—exclamó la princesa.

Fondant sacó de uno de sus bolsillos un trozo de mármol, que mostró á su interlocutora, diciendo:

—He aquí un fragmento de la columna en que se detuvo mi primera mirada.

—¡Reconozco ese pórfido!—dijo Troïka con un grito salido del fondo del alma—; pero yo había prendido á tu cuello una joya de coral acuático...

—¡Mi joven esposa lleva esa joya sobre su corazón!—interrumpió Coriolano á su vez—. ¿Quién podrá decir lo que ha sido de ella?

La princesa adoptó un continente reservado. Todavía dudaba.

Sin embargo, de pronto se puso en pie y dijo:

—En tu cuerpo debe haber una señal de nacimiento. Durante mi embarazo tuve vehemente antojo de comer cangrejos que, como sabes, la falta de agua hace rarísimos en aquellas soledades... Mi hijo sacó al nacer un cangrejo bastante claramente bosquejado, no lejos de la región umbilical.

La prueba no podía ser ni más sencilla ni más fehaciente.

El doctor Fondant se desnudó.

Un instante después la princesa caía en sus brazos.

Uno y otra pronunciaron frases inarticuladas entre las que sólo se percibían claramente estas dos palabras:

—¡Hijo!

—¡Madre!

Tan conmovedora escena se hubiera prolongado quizá, de no haber sido cortada bruscamente.

La puerta se abrió con estrépito y Mandina de Hachecor, cubierta de sudor, de polvo, de sangre y de lágrimas, pero hermosa á pesar de su poco aseo, se precipitó al centro de la estancia.

—¡Socorro!—gritó con voz ahogada.

Y haciéndose superior, añadió con delicada cortesía:

—Hijo de la Condenada, dadme vuestra licencia.

—Te la doy—contestó Coriolano—. Habla que no me molestas.

Mandina entonces recobró su tono lacrimoso para seguir gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! Se trata de una espantosa y múltiple tragedia. La casa de la Justicia ha sido asolada. Mustafá está herido, el gendarme muerto y Elvira...

—¡Mi joven esposa!—exclamó el doctor con terrible acento.

Los nervios de Troïka, en tensión desde hacía largo rato, no podían resistir más, y la princesa aprovechó aquel momento para caer desvanecida.

—¡Ternísima madre!—exclamó Coriolano precipitándose en su socorro.

En cualquier otro momento Mandina de Hachecor hubiese fijado su atención en el dramático episodio que se desarrollaba á su vista, pero entonces no tenía más que un pensamiento que la hizo exclamar:

—Un minuto perdido puede causar la muerte á la nuera de la Condenada.

—¡La Condenada! ¡Ahí la tenéis!...—exclamó Fondant en el colmo del abatimiento—. Esa es mi madre, á quien acabo de encontrar después de

veintiocho años y nueve meses... ¡Está bastante bien conservada! ¿No es verdad? Pues bien; se muere... Y allá abajo mi tierna esposa expira... ¿Qué hacer?... La situación no puede ser más delicada... ¡Mi madre! ¡Mi esposa!... ¡Piedad, piedad, Señor!

Por un instante quedó como anodadado; pero bien pronto su naturaleza vigorosa recobró su imperio, y tomando á la princesa Troïka en sus brazos, se lanzó hacia la puerta, diciendo:

—¡Mandina de Hachecor, guíame! Ya está resuelto el problema. No abandonaré ni á mi mujer ni á mi madre. ¡Ambas se salvarán ó perecerán juntas!



CAPITULO XII

Atroz carnicería.

Según nuestra invariable costumbre vamos á volver otra vez atrás.

El lector no ha podido olvidar las inflamadas epístolas recibidas por Elvira al partir las nueces que eran su único regalo en el tiempo en que se hallaba reclusa en su cámara nupcial trocada en tumba.

Tales cartas dejaban adivinar bien claramente el estado del corazón de Boulet-Rouge. Amaba con el encarnizamiento de las bestias feroces, hasta el punto de haberse comprometido á ahogar á su esposa, para contraer segundas nupcias con el objeto de su pasión.

Esta circunstancia agravaba visiblemente la posición de Elvira.

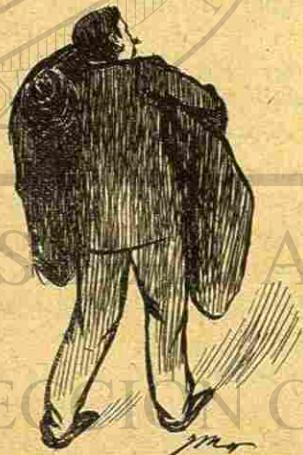
¿Qué hubiera sido de ella sin la brusca oposición del generoso Mustafá?

Sin más testimonio que el de sus propios ojos le reconoció desde el primer momento. Anteriormente á su matrimonio había tenido con él algu-

veintiocho años y nueve meses... ¡Está bastante bien conservada! ¿No es verdad? Pues bien; se muere... Y allá abajo mi tierna esposa expira... ¿Qué hacer?... La situación no puede ser más delicada... ¡Mi madre! ¡Mi esposa!... ¡Piedad, piedad, Señor!

Por un instante quedó como anodadado; pero bien pronto su naturaleza vigorosa recobró su imperio, y tomando á la princesa Troïka en sus brazos, se lanzó hacia la puerta, diciendo:

—¡Mandina de Hachecor, guíame! Ya está resuelto el problema. No abandonaré ni á mi mujer ni á mi madre. ¡Ambas se salvarán ó perecerán juntas!



CAPITULO XII

Atroz carnicería.

Según nuestra invariable costumbre vamos á volver otra vez atrás.

El lector no ha podido olvidar las inflamadas epístolas recibidas por Elvira al partir las nueces que eran su único regalo en el tiempo en que se hallaba reclusa en su cámara nupcial trocada en tumba.

Tales cartas dejaban adivinar bien claramente el estado del corazón de Boulet-Rouge. Amaba con el encarnizamiento de las bestias feroces, hasta el punto de haberse comprometido á ahogar á su esposa, para contraer segundas nupcias con el objeto de su pasión.

Esta circunstancia agravaba visiblemente la posición de Elvira.

¿Qué hubiera sido de ella sin la brusca oposición del generoso Mustafá?

Sin más testimonio que el de sus propios ojos le reconoció desde el primer momento. Anteriormente á su matrimonio había tenido con él algu-

nas condescendencias de poca monta y esto hacía que lo conociera muy bien.

Mustafá solo valía, por lo menos en inteligencia, en instrucción y en valor, tanto como los tres malhechores; pero estaba sin armas y la oreja recién pegada le molestaba visiblemente.

Messa, Salí y Lina, por el contrario, estaban pertrechados de toda suerte de instrumentos de guerra, y el principal de ellos sentía redobladas sus fuerzas por el agujón del amor.

El combate era inevitable, y se anunciaba como uno de los más interesantes de las edades modernas.

No perdamos, pues, ninguno de sus detalles.

Tan pronto como sus ojos se posaron en el joven cochero de punto, Messa, Salí y Lina, lanzaron una triple exclamación, delatora de su estupor.

Pero Messa, llamado también Boulet-Rouge, tuvo la bastante presencia de espíritu para hacerse este razonamiento:

—Después de todo, su entrada aquí no es más asombrosa que la nuestra.

Mientras esto sucedía, Elvira balbuceaba entre sollozos:

—¡Querido primo, salvad á mi hijo! A nuestros pulmones les son necesarias ciertas cantidades de aire respirable, determinadas por la ciencia. Mi hijo no debe hallarse bien en ese ataúd.

Creemos superfluo hacer un detenido análisis del estado moral de las ribeteadoras de botinas. Aquellas sencillas hijas del pueblo estaban anonadadas por el terror.

Boulet-Rouge tuvo por el pronto la idea de disimular.

Como la acción del agua que desfigura los semblantes había pasado, contó con su parche de grandes dimensiones, que se adhirió inmediatamente al rostro.

—Fidelísimo cochero—dijo con una punta de sarcasmo—, ¿en qué cosa podemos servirlos?

—Retoños de una civilización malsana—respondió severamente Mustafá—, no pretendáis engañarme con vanos disfraces. Mi deber era castigaros sin forma alguna de proceso, puesto que habéis venido aquí con la pernicioso intención de servir el elixir pernicioso á estas jóvenes obreras; pero la suerte de los combates es incierta, y mi primera obligación consiste en salvar á mi noble prima y á su hijo. Por ello os propongo antes que nada un acomodo. Dejadme á madame Fondant, antes Rudelame, y á su tierno vástago, y os permitiré retiraros con vida.

Una siniestra carcajada acogió aquellas palabras.

Los malhechores vieron en ellas un oculto temor, y esto redobló su descaro.

Boulet Rouge no se dignó contestar siquiera, y para significar que quemaba sus naves, se despegó el parche, le plegó cuidadosamente, y se le guardó en el bolsillo para preservarle de cualquier deterioro que pudiera sufrir en la lucha.

Después desarrolló un largo lazo mejicano, tejido con cuero de búfalo antártico, y le lanzó con destreza al cuello de Mustafá.

Este tuvo la fortuna de evitar el golpe dando un salto de costado, que le llevó al lado de Carapace.

Pero Carapace estaba en guardia con su hacha afilada como una navaja de afeitar, y asestó un terrible golpe sobre el generoso Mustafá.

También esta vez le esquivó el agredido, poniéndose al alcance del brazo de Arbol seco, que había escogido por arma una sierra de carpintero.

Con ella trató de separar en dos mitades exactamente iguales el cuerpo de su adversario; pero el hijo del gran jefe de los Ancas se aprovechó de aquel movimiento para asirle de las piernas y hacerle morder el polvo.

Los ratas del impace de Guemensí, en su furia insensata, imitaron el rugido de varios animales.

Mustafá, entre tanto, se había apoderado de la sierra para dividir verticalmente á Arbol seco.

Elvira se postró y bendijo al Señor. Mas, ¡ay! aquel improvisado *Te Deum* era prematuro.

La alabarda de Boulet-Rouge y el kandjjar de Carapace, amenazaban ya el valeroso pecho de Mustafá.

Este la serró de un solo golpe, y recogida del suelo la parte á que estaba aferrado el hierro, se hizo de ella un arma mucho más cómoda que la sierra.

Por desgracia no pudo evitar que el kandjjar se introdujera en su vientre.

Aquella herida le contrarió, pero no le obligó á rendirse.

Con una mano contuvo los intestinos que pugnan por salir por la terrible herida, y con la otra blandió su alabarda, no tardando en hendir la cabeza de sus dos adversarios.

Elvira, siempre postrada, dió gracias al Eterno. Pero también esta vez se precipitó un poco.

Cinco disparos de arma de fuego sonaron en la estancia inmediata, y el desgraciado Mustafá, después de haber girado sobre sus talones, dió un salto de tres ó cuatro pies de altura, y cayó bañado en su propia sangre.

Elvira lanzó un grito de desesperación.

Ya era tiempo. La puerta de la escalera se abrió para dar paso al Afilador, al Gendarme, al Organillero, al sacerdote etíope y al venerable Silvio Pellico, que hemos ofrecido llamar de aquí en adelante el gran jefe de los Ancas.

Detrás de ellos venía el nuevo marido de Adeline, la joven griega.

Nada más fácil de explicar que la llegada de todos aquellos buenos corazones.

Como no habían tenido que hacer más que atravesar la calle de Sevigné no puede decirse que habían llegado demasiado de prisa.

Pero ¿y los cinco disparos de arma de fuego dirigidos contra Mustafá?

Esto pide cierta explicación.

Ya hemos hecho constar que la centinela hecha por Montaroux, el asesino del cochero de plaza, había sido superflua por espacio de mucho tiempo, á causa del carro de transporte que le ocultaba la entrada de la casa de la Justicia.

Sin embargo, no había perdido del todo su tiempo.

Desde lo alto del pescante había escuchado á los transeúntes y detenido á todos aquellos que pertenecían á las tenebrosas asociaciones, azote de la capital, y bien sabe Dios que no faltan durante la noche en los barrios populosos.

En el momento de la explosión, Montaroux había reunido en torno de su carruaje de alquiler diez y siete individualidades caracterizadas, entre las que se contaba á Coloquinto del Plato de Estaño, Pie de puerco, el tigre del impace del mercado de Santa Catalina, Larribel y tres de

las once serpientes de cascabel del puente de Nuestra Señora.

Croquantal, el último de los Mohicanos, formaba también parte de aquel club.

Ya estaban cansados de esperar y á punto de retirarse, cuando vieron un cuerpo extraño atravesar la calle y atravesar la vidriera del tercer piso de la casa vigilada.

Al pasar, Croquantal había reconocido el porte y la fisonomía de Mustafá.

No hay que extrañar que transcurriera algún tiempo entre esto y los cinco disparos de arma de fuego hechos sobre Mustafá. Hay que tener en cuenta que fué preciso buscar escalas de cuerda, enviar emisarios en todas direcciones, unos para encender grandes hogueras en las montañas, otros para tocar á rebato en las parroquias y otros para avisar á domicilio á los miembros de la criminal asociación.

Todos comprendían que se trataba de un cataclismo.

Montaroux mismo se encargó de ir á buscar al duque de Rudelame al café de Rhoan, donde se entretenía en seguir las peripecias de un partido de billar.

Los que subieron por las escalas de cuerda eran diez, y todos ellos llevaban carabinas de nuevo sistema y revolvers de las mejores marcas.

Pie de Puerco tenía además un sable de honor. Como señal para reconocerse habían adoptado una crisantema en el ojal y el pregón de los vendedores de judías verdes.

Por una coincidencia que no dejaba de ser extraña hicieron fuego sobre el generoso Mustafá en el momento mismo en que los buenos corazones desembocaban por la puerta de la escalera.

Los dos bandos se encontraban, de ese modo y de la manera más natural del mundo, frente a frente.

Los buenos corazones estaban mandados por Silvio Pellico, el decano de todos ellos, y los Azotes de la capital por Coloquinto del Plato de Estañó, que tenía ciertos conocimientos militares por haber sido en tiempos empleado del resguardo.

Silvio Pellico, al que ya hemos convenido en seguir llamando gran jefe de los Ancas, dió la señal del encuentro, gritando:

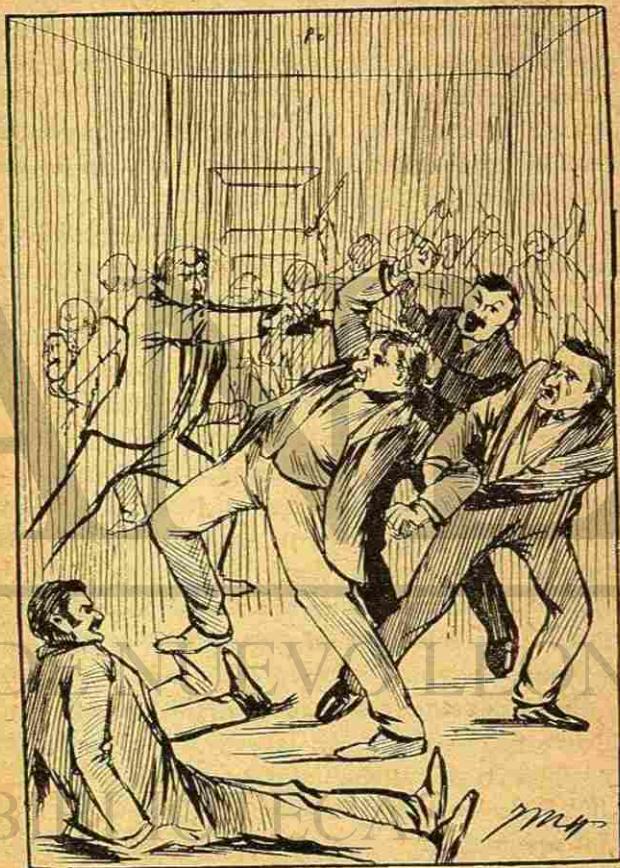
—¡A mí, enfermos del doctor Fondant!

Coloquinto armó su revólver, diciendo á su vez:

—¡A mí, ratas y vampiros de los diversos impaces de París!

—Es preciso salvar á madame Fondant—añadió Silvio Pellico ó, si se quiere, el gran jefe de los Ancas.

—Nosotros venimos á vengar á Messa, Salí y Lina—respondió Coloquinto.



A estas frases siguió un choque espantoso, seguido de una confusión de que no es fácil dar ni idea aproximada.

La explosión de la máquina infernal resultaba juego de niños al lado de aquella espantosa matanza.

La batalla, que había comenzado con una veintena de combatientes, se nutría incesantemente con más recién llegados.

Olinda, la joven griega, cuya presencia allí se había, sin duda alguna, echado de menos, había partido, en unión de Mandina, para hacer que los tambores tocaran á generala, convocando á los enfermos del doctor Fondant.

Por su parte, las fieras de los impacés, por medio del repique de las campanas, de las hogueras encendidas en los picos más altos de las montañas, de descargas de artillería y de proclamas incendiarias, reunían en su torno á los sectarios del mal.

De todas partes acudían nuevos refuerzos: de Oriente y Occidente, del Mediodía y del Septentrión.

Paris, aquella noche fatal, se había dividido en dos vastos ejércitos. En las casas no quedaban más que los paralíticos y los agonizantes.

Cuando llegaban á la calle de Sevigné las dos distintas colas, no se mezclaban. Los enemigos de

la moral eterna y de la sociedad subían por la escala de cuerda. Las conciencias honradas preferían los tramos de la escalera.

¡Y aquello no cesaba!

No se pueden calcular en menos de cuatrocientas mil almas los miembros activos de aquel prodigioso conflicto.

Y hasta entonces todo se había realizado en el mayor misterio, sin que la policía abrigara la menor sospecha.

Como se comprende fácilmente, las obreras del taller de ribeteadoras de botinas, habían caído en los primeros momentos, y aplastadas por los pies de los combatientes, yacían bajo una capa de residuos de la batalla, que llegaba ya cerca del techo.

Los recién llegados, para degollarse entre sí, tenían que bajar la escalera y hacer un arco con sus cuerpos.

Y siempre, siempre seguían llegando refuerzos para uno y otro bando; para el lado de los salvados, por la escala; para el partido de los corazones leales, por la escalera.

La sangre corría como el aceite bajo la presa de un lagar.

Uno de los detalles de la lucha singular y hasta inverosímil, si se quiere, era que Messa, Salí y Lina, á pesar de sus espantosas heridas, habían

logrado salir de entre los montones de cadáveres, gracias á sus naturalezas excepcionales.

Los tres ratas se ocupaban en verter el elixir funesto y pernicioso en las heridas recién abiertas de sus enemigos.

Boulet-Rouge, además, había hecho un paquete con la desgraciada Elvira y el féretro que contenía á su hijo, y lo había suspendido de la parte de afuera de la ventana. Con ello tenía seguro el logro de sus deseos y de su venganza.

Ya no quedaba más que un espacio de diez y ocho pulgadas entre el montón de cadáveres y el techo, cuando el duque de Rudelame-Cartagena, que había acabado de presenciar la partida de carambolas, hizo su entrada en el campo de batalla, rodeado de su guardia de honor.

Aquel debía ser el golpe decisivo, puesto que los buenos corazones comenzaban ya á desfallecer.

Todos nuestros amigos mordían el polvo, excepto Silvio Pellico, á quien hemos convenido en llamar el gran jefe de los Ancas, y cuya cabeza, siempre respetable, se erguía aún sobre aquella carnicería humana.

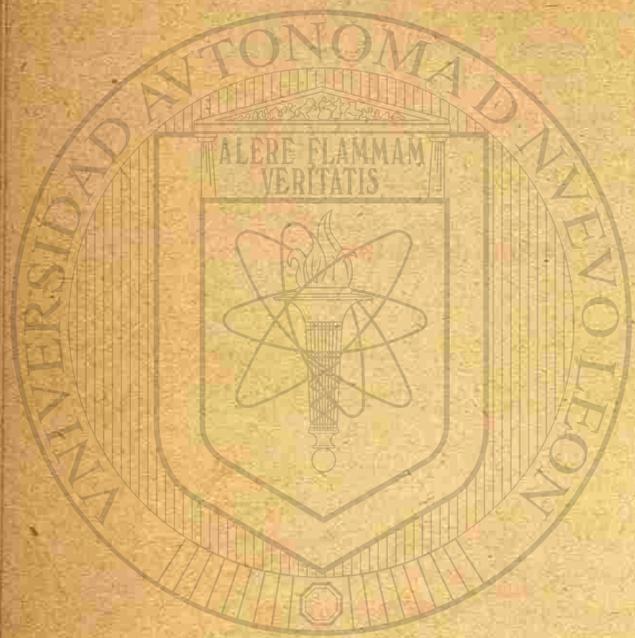
Pero en aquel instante supremo el estallido de un trueno sonó en la escalera, y una deslumbradora claridad iluminó el horror del desastre.

Aquel resplandor partía de las pupilas del

doctor Fondant, que llegaba sin armas, y llevando bajo el brazo á su madre querida, á la princesa Troïka, la de las ruinas de Palmira.

Desde aquel punto todo cambió de aspecto.

Nadie ignoraba el poder de aquel hombre extraordinario, del que no hemos querido abusar, porque le guardábamos preciosamente para los efectos de nuestro postrer capítulo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO XIII

La pólvora del desenlace.

Al solo aspecto del Hijo de la Condenada, teniendo bajo el brazo á su ilustre madre, todos los malhechores huyeron como banda de aves de rapiña.

El duque mismo, ocultando su cabeza de buho bajo la austera capucha de su hábito monástico, desapareció por el techo.



Boulet-Rouge le había tomado la delantera con un paquete de gran tamaño.

Fondant le vió en el momento en que iba á desaparecer á través del espeso muro.

Una terrible sospecha oprimió el corazón del doctor.

—¿Dónde está Mustafá?—exclamó con la voz dulce y sonora que oímos la noche de sus bodas pregonando agua.

Nadie le respondió.

No había allí persona alguna, como no fueran Mandina, que buscaba entre los despojos del combate algunos jirones de tela para improvisarse el luto por la muerte del gendarme; Olinda, que no encontraba á su Frigolín, y el joven Gringalet, que no se consolaba de no haber recibido un solo ósculo del ujier.

—¡Me hace indispensable falta Mustafá!—repuso el doctor—. Es el hombre de la situación. El solo posee la pólvora para descubrir los pasos secretos.

Con semejante pólvora, necesario es decirlo, se encontraban las escaleras secretas, los subterráneos incógnitos y los dobles fondos más recónditos. Costaba cara, pero era indispensable á las naturalezas generosas que perseguían el crimen á través de los misterios que encierra París.

Silvio Pellico, aunque enterrado entre cadáveres hasta el pescuezo, tomó la palabra:

—No sé si me engaño—dijo—, porque tal vez mis desgracias hayan disminuido mi sagacidad; pero me parece que mis pies, en otro tiempo ágiles, se posan á considerable profundidad sobre un rostro conocido. La vida salvaje que llevé largo espacio en la América del Sur, ha desarrollado de modo prodigioso mis sentidos. Mi tacto, á pesar de la edad que me agobia, es lo bastante delicado para que crea reconocer en la nariz que tengo bajo mi pie izquierdo la de Mustafá.

—¡Desembarazad el suelo!—ordenó el Hijo de la Condenada—. El que me encuentre á Mustafá recibirá una buena recompensa, en metálico ó en objetos de arte, según sean sus gustos y aficiones.

Gringalet amaba las lecturas que desarrollan las facultades y fortalecen el corazón, y no vaciló en poner manos á la obra, ayudado por la griega Olmida y Mandina de Hachecor.

No eran muchos brazos para tal tarea los de dos mujeres y un niño, pero Fondant los electrificaba con sus miradas y Silvio Pellico los interesaba con el relato de sus infortunios.

En breves minutos el taller de las difuntas ribeteadoras de botinas quedó desembarazado de cuantas materias orgánicas le obstruían.

Bajo aquellos despojos se encontró, no sólo al noble Mustafá, sino también al Afilador, al Organillero, al Gendarme y hasta á Frigolín de Torboy, todos ellos en todo el buen estado que permitian las circunstancias.

Al verlos reunidos una vez más bajo sus ojos, Fondant no pudo reprimir su júbilo, y echándose á su madre al hombro para poder hacer uso de sus brazos, dijo:

—¡París!

Los buenos corazones respondieron:

—¡Palmira!

—Necesito ver mi sello—añadió el Hijo de la Condenada.

Todos se apresuraron á desnudarse, salvo Mustafá que se limitó á mostrar su oreja de anciano.

Fondant exclamó:

—Estoy satisfecho. Ningún traidor ha conseguido introducirse entre nosotros. Ahora bien, escuchadme: La casa en que nos encontramos es una de las moradas mejor construidas del París nocturno y misterioso. Su número de pasadizos secretos, de trampas, piedras giratorias, dobles pisos, chimeneas de resorte, armarios y escaleras ocultas, sarcófagos, orejas de Dionisio y otras fruslerías por el estilo, es literalmente incalculable. Nuestros enemigos han desaparecido, pero

tengo la seguridad que todos se hallan ocultos en el espesor de estos muros. Por ello creo que ha llegado el momento de utilizar la pólvora de los desastres. ¡O ahora ó nunca!

—¡Ahora!—replicaron todos los buenos corazones á coro.

Silvio Pellico añadió:

—¡O nunca!

Mustafá había comprendido. De su seno sacó una caja precintada, semejante á las conocidas con el nombre de insecticida Vicat.

Con singular maestría levantó la tapa, y con un débil soplo dirigió una pequeña parte de su contenido á un rincón del muro.

Al primer grano de pólvora que chocó contra la pared, se produjo leve explosión y una puerta apareció en un muro.

Mustafá dió un segundo soplo y apareció otra puerta, luego tres, luego cuatro, luego diez. El muro no era más que una serie de puertas que conducían á lugares desconocidos.

La asamblea no ocultó su sorpresa. Silvio Pellico exclamó:

—No he visto nada semejante, yo que he reinado en Araucania. ®

Pero el doctor Fondant, aferrando más sólidamente á su espalda á su respetable madre, reclamó el silencio con un ademán:

—Partidarios de la virtud—dijo—, fieles sostenes de la probidad y de la delicadeza, vamos á aventurarnos en una obra difícil. Llamad á los buenos corazones que puede haber todavía en la escalera, y atención á la voz de mando. Yo voy á pasar el primero, teniendo en una mano esta antorcha y en la otra esta jabalina. Mi madre me seguirá forzosamente, puesto que la llevo sobre mis hombros. Mustafá se cogerá á la cola de su vestido, el Aflador se aferrará á las faldas de su levita, el Organillero imitará el mismo juego, y así sucesivamente formaremos todos un cordón, necesario para no perdernos en las interminables revueltas de este palacio. El objeto de esta excursión, para que lo sepáis, es buscar á madame Fondant y á su querido hijo. ¿Estáis?

—¡Estamos!—respondió el coro de los amigos de la generosidad.

Sin decir palabra más, el Hijo de la Condenda eligió, de entre todas las puertas, la más secreta, y la abrió por un procedimiento desconocido que sería largo de describir.

Aquella puerta era de corazón de encina, guarnecida de contrafuertes de acero.

Cuando hubo girado sobre sus goznes, un aire húmedo y helado penetró en la estancia.

Aquel viento dimanaba de una inmensa galería,

de cuya existencia seguramente no se tenía la menor noticia en la calle de Sevigné.

La bóveda cintrada se hallaba sostenida por una cuádruple fila de columnas, que parecía datar de la época romana.

En el momento en que el doctor Fondant ponía el pie en el escalón, agudas risas se dejaron oír al otro extremo de la galería.

El doctor levantó la antorcha y no tardó en ver en la confusa lontananza una especie de danza macabra.

Entre las figuras que se destacaban de aquel aquelarre, creyó distinguir una cabeza de buho y un parche de colosales dimensiones.

Aquello bastaba. Sin vacilar, apresuró su carrera, siempre seguido por su madre y Mustafá, y al aproximarse, distinguió claramente las facciones de Carapace y Arbol seco.

También pudo ver á Boulet-Rouge, que continuaba llevando su paquete voluminoso.

—¡Marchemos!—exclamó—. A través de esa tela grosera, mi delirante imaginación cree reconocer el perfil de la mujer á quien tanto amo.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando todo había desaparecido ya.

—¡La pólvora!—gritó.

Mustafá sopló sobre los escalones.

La composición, conocida con el nombre de pólvora de los desenlaces, tiene sus inconvenien-



tes. Descubre á la vez tantos misterios que es difícil escoger.

Apenas el leal Mustafá había soplado el inestimable polvo, todas las columnas mostraron en el interior de sus fustes escaleras secretas.

Cada una de las basas dejaba ver un hueco provisto de una escala, cuyo pie se perdía en profundidades desconocidas.

Pero la sagacidad natural del Hijo de la Condenada está hecha á prueba de tales detalles. Derecho se fué á la primera columna, y la dividió en dos, tocando un botón de cornalina artísticamente tallado.

El interior de la columna contenía una escalera de caracol.

El doctor bajó veintisiete escalones, y se encontró con una rotonda de mármol rojo, en torno de la cual había colocadas ochenta barricas de caoba con diferentes etiquetas, tales como sangre de mujer, sangre de niño, sangre de oficial, sangre de francmason, etc.

Silvio Pellico no pudo menos de exclamar:

—¡Este París es realmente singular!

El doctor Fondant no se detuvo. En su agitada existencia había visto cosas no menos extraordinarias.

Atravesó un puente rústico que servía para salvar un torrente, y completamente blanco de

espuma, penetró en una gruta de vasta extensión, cuyas ricas estalactitas devolvían en variados cambiantes de luz los reflejos de la antorcha.

Al final de la gruta volvió á ver la cabeza de buho del duque de Rudelame-Cartagena rodeada de sus tres ratas de los impacés.

—¡Amigo!—gritó el Afilador.

Había dado un paso en falso, y el faldón de la levita de Mustafá se le había quedado en la mano; pero no le faltó á qué agarrarse de nuevo, y el incidente no tuvo consecuencias.

La gruta no contenía nada importante. Era simplemente un depósito de substancias venenosas en estado bruto.

Silvio Pellico, siempre minucioso, contó hasta cuarenta y siete cajas de arsénico y más de mil botellas de estriquina no depurada.

Tras la gruta había un largo corredor perfectamente artillado y defendido por las más maravillosas máquinas de guerra.

La tropa fiel salvó, no sin gran riesgo, aquella interminable galería, en la que de trecho en trecho se veían colosales depósitos de armas.

Al final había un muro, á que Mustafá dirigió su maravillosa pólvora.

El muro, sin embargo, no era más que aparente, y la composición química hizo ver que ocultaba un abismo insondable.

Por suerte, un sendero, tallado á pico en la roca viva, se abría á la izquierda del precipicio.

El doctor, al aventurarse por él, no pudo menos de pensar en voz alta:

—De modo alguno tomaría esta vía peligrosa si no se tratara de mi hijo único y de la nuera de la Condenada.

En efecto, apenas nuestros intrépidos amigos habían comenzado el descenso, Tancredo, más conocido por el Murciélagu, y algunas otras malas personas, hicieron llover sobre ellos pez hirviendo, plomo derretido y cuantas materias inflamadas encontraron á mano.

Los defensores de la virtud sufrieron algunas ligeras molestias; pero Silvio Pellico había adquirido en las regiones tempestuosas de la Araucania la costumbre de no salir jamás sin paraguas, y como el sendero era vertical, tan útil artefacto protegió á toda la tropa.

Estaban en los subterráneos del arco de Nuestra Señora.

Después de atravesar todavía numerosos corredores, al final de los cuales vislumbraban siempre á los sectarios del mal, fáciles de reconocer sin más que fijarse en la cabeza de buho del bisabuelo y del parche de Boulet-Rouge, atravesando precipicios, subiendo y bajando multitud de escaleras, llegaron al fin á un asilo pintoresco

hasta el extremo y original en demasia, que servirá de decoración á nuestro último cuadro.

Era una sala de gusto ojival, por medio de la cual pasaban las aguas del río.

La noche había cesado de envolver la tierra durante tan largo viaje. A través de la bóveda de cristal que cubría la extensa nave y de las ondas del Sena, que rodaban mansamente, podía gozarse de una hermosa perspectiva del sol naciente.

Pero no se limitaban á esto las curiosidades de aquella extraña morada.

Las paredes estaban construídas con esqueletos humanos, colocados en variadas actitudes y unidos entre sí por un cemento poco conocido.

Tal arquitectura resultaba realmente sorprendente y no carecía de gracia.

Los plácidos besos del sol de la mañana, acariciando aquellas afilegranadas osamentas, formaban dibujos de una ligereza sorprendente, y que recordaban la arquitectura árabe aplicada á las cajas de bombones.

Aquello parecía el sueño de un poeta.

Silvio Pellico trató de contar los esqueletos empleados en aquella obra de arte; pero no pudo conseguirlo. Sólo por ciertas señales comprendió que todos pertenecían á enfermos del doctor Fondant.

Aquel era el fin. Después de la sala mágica ya no había nada.

Así es que todos los ratas de los impacces, chacales, mohicanos, casquetes verdes y demás Azotes de la capital se habian reunido en línea de batalla en el centro de la nave.

Delante de ellos estaba el duque Rudelame Cartagena, vistiendo el histórico traje de Juan Bart.

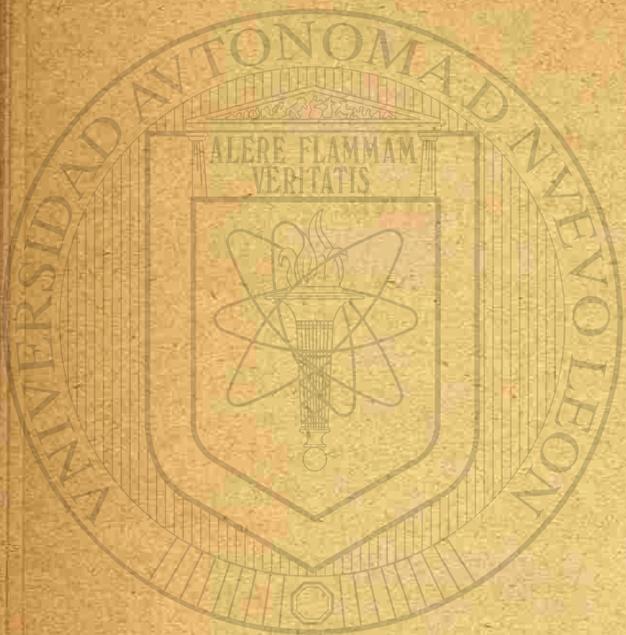
Tal vestido era de circunstancias. El bisabuelo tenía, en efecto, en la mano derecha una antorcha encendida, puesta á dos líneas de cuarenta toneles de pólvora fulminante.

Con la izquierda sujetaba una cadena de platino que correspondía á una mina abierta en la bóveda de cristal.

Detrás de él, Boulet-Rouge acababa de depositar á madame Fondant sobre una mesa de mármol.

La joven madre amamantaba á su hijo.

Por encima de este grupo se destacaban las figuras de Arbol seco y Carapece, que blandían sus estiletes damasquinos.



CAPITULO XIV

Catàstrofe imprevista.

Hemos cuidado de que la acción fuera siempre en escala ascendente. La situación á que hemos llegado no puede ser más tirante.

Aquellas mudas y terribles amenazas no detuvieron en modo alguno á los buenos corazones.

El Hijo de la Condenada descargó de sus hombros á su madre y la tomó el pulso.

—¡Está á punto de recobrar el sentido!—dijo—. ¡Acabemos!

Y deteniendo á sus compañeros, dió tres pasos adelante.

—Duque de Rudelame-Cartagena—dijo—, retoño de una raza manchada por todos los crímenes, tú has querido hacer creer á madame Fandango que nuestra unión era un incesto. Yo os envió desde aquí mi más solemne mentís. Mi florida juventud no puede haber engendrado tu vejez de crépita. ¿Quieres aceptar conmigo un combate singular?

—¡Diantre!—respondió el anciano—. La cosa merece pensarse un poco.

Y con voz sarcástica añadió:

—¿Dónde está tu libro mágico, hechicero de pacotilla? ¿Dónde tu botella parlante? ¿Dónde tu ciervo de cuernos de metales preciosos? ¡Aquí estás en mi casa y vas á morir! ¡Estas galerías son desconocidas hasta de los hombres de imaginación. Están edificadas con los huesos de tus clientes, médico fracasado, que tú has asistido, y, por lo tanto, llevado á la tumba á la mitad de la capital.

Y después de la pausa puramente necesaria para tomar aliento, siguió:

—Mira por última vez á tu mujer y á tu hijo. A mi disposición tengo el fuego de esta antorcha y toda el agua del Sena. ¡De rodillas, charlatán! ¡Tu hora postrera ha sonado!

La princesa Troïka escogió aquel momento para abrir los ojos.

A su lado la madre del niño nacido en la calleja sombría lanzó un gemido ahogado.

—¡Mi madre!... ¡Mi esposa!—exclamó el doctor Fondant, alzando las manos al cielo.

Pero aquel hombre, cuya voluntad de hierro no tenía igual en el mundo, no podía dejarse abatir por largo espacio.

Su imaginación inagotable tenía concepciones espontáneas, sublimes y concluyentes.

Irguiendo su cuerpo y lanzando de sus pupilas

miradas de fuego, dijo, respondiendo á las postreras palabras del duque:

—Yo no doblo la rodilla más que ante el Señor...

Y tomando su voz un acento de infinita ternura, concluyó:

—... ¡Y ante la mujer á quien amo!

Después, con voz robusta y llena, gritó con fiereza:

—¡Cacoquimio y culpable viejo, la discusión no puede durar un momento más! ¡Devuélveme mi familia, yo te lo mando por una, por dos, por tres veces!

Y al ver que no tenía respuesta, rugió:

—¡Adelante todo el mundo!

El avanzó el primero.

.....
—¡Que nadie se mueva!—gritó una voz á la puerta de la cueva.

Dos guardias de seguridad entraron en ella, seguidos de unos cuantos mozos de hospital.

Los Azotes de la capital y los paladines de la humanidad se dieron á la fuga, corriendo en todos sentidos y tratando de ocultarse detrás de los toneles...
®



EPÍLOGO

El Scarificador.

Al siguiente día se leía en *El Scarificador*, revista general de medicina y cirugía, el siguiente suelto:

«Uno de nuestros más afamados alienistas, el Dr. Q. K. C., director de la casa *O. de T.*, nos dirige la siguiente carta:

«Sr. Director:

»Los periódicos de la tarde se han ocupado con gran extensión de una aventura trágico cómica que puso ayer en conmoción al pacífico vecindario de la calle de Sevigné.

»Se ha dicho que todos los pensionistas de mi establecimiento se habían fugado y llevado el terror á todo un barrio de París.

»La noticia merece una explicación.

»Desde hace algún tiempo me había visto obligado á añadir al cuerpo principal de mi edificio

un pabellón destinado al tratamiento de una enfermedad mental que parece afectar especialmente á las personas de ambos sexos, dadas á la lectura habitual de ciertos relatos que pudieran llamarse *novelas sangrientas*.

»Los folletines del *Petit Canard*, que se despacha por millares, me suministran casi todo el contingente de estos casos particulares.

»No es precisamente locura, es un reblandecimiento de la pulpa cerebral, que se asemeja mucho á la inocencia.

»Los desgraciados víctimas de tal desarreglo ven por todas partes puñales, trampas, lazos y emboscadas de toda especie, apareciéndoseles París como una inmensa gazapera de bandidos donde no es posible dar un paso sin tropezar con la muerte.

»Los folletines que tratan de abortos, de ácido carbónico y de suicidios por amor, nos traen gran cantidad de jóvenes casaderas cuya inocencia ha sido un poco perturbada por lecturas malsanas.

»Aquellos, por el contrario, en que se habla de muertes violentas por inmersión, de salvajes emboscadas, de mordeduras de áspides, de estrangulaciones, etc., etc., nos hacen recoger abundante cosecha de viejos y jóvenes idiotizados por esos relatos perniciosos.

»De ordinario mis pensionistas no pueden ser

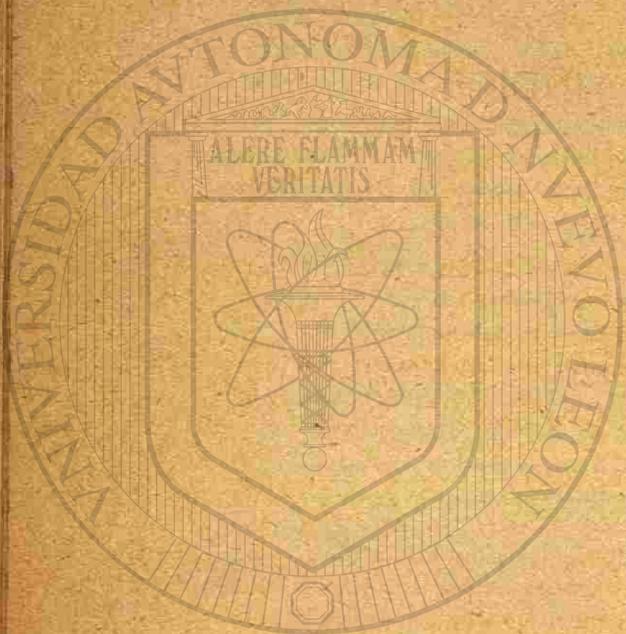
más tranquilos. Ayer, sin embargo, el anciano enfermo que los guarda tuvo la mala intención de beberse un par de botellas y de su falta de celo se aprovecharon los individuos puestos á su cuidado, para escaparse y dar en un humildísimo establecimiento de comidas una representación de uno de sus dramas favoritos.

»Por suerte todo el daño causado fué la rotura de una vidriera que daba paso á la cueva de un pastelero, al que se ha indemnizado de las pérdidas.

»Ruégoo, señor director, la publicidad de estas líneas para que el público conozca el verdadero alcance de los hechos, por lo que os da las más expresivas gracias. etc., etc.

»Firmado: Q. K. C., médico director del Asilo central de O. de T. para enajenados de ambos sexos.»





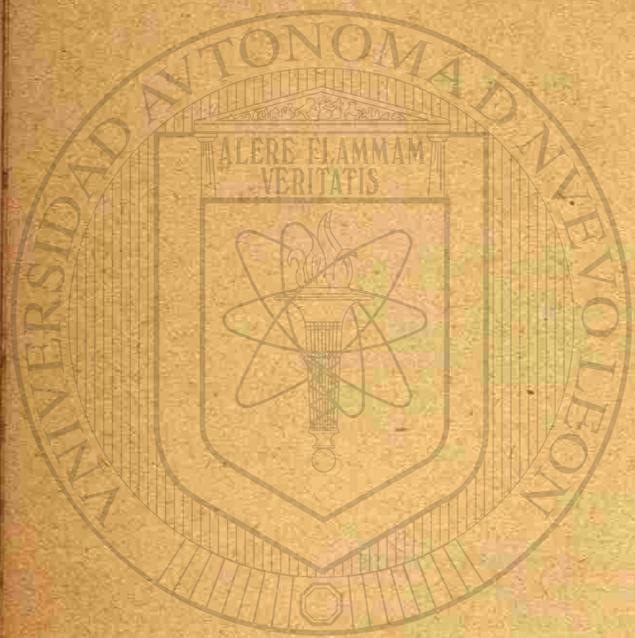
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	9
CAPÍTULO primero.—Messa.—Sali.—Lina.....	15
CAP. II.—La máquina infernal.....	25
CAP. III.—Los jardines de Babilonia.....	43
CAP. IV.—La Sociedad de ribeteadoras de botinas.....	53
CAP. V.—L. D. F. E. V.—I. A. T. V.—D. E. J.—T.....	70
CAP. VI.—El aguador.....	85
CAP. VII.—¡Traición!.....	103
CAP. VIII.—Adulterio, incesto y bigamia.....	119
CAP. IX.—El gran jefe de los Aucas.....	131
CAP. X.—El agua que cambia las fisonomías.....	145
CAP. XI.—La Condenada.....	155
CAP. XII.—Atroz carnicería.....	167
CAP. XIII.—La pólvora del desenlace.....	181
CAP. XIV.—Catástrofe imprevista.....	195
Epílogo.— <i>El Scarificador</i>	199





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



López
del Arco.

Madrid

(Pídase el Catálogo ilustrado, que se envía gratis.)

DIVERSIONES INFANTILES

El mejor regalo para los niños

Física recreativa. Transformación de animales.

Con papel ó cartón ejecutar figuras de movimiento y enseñar á los niños en dos lecciones á dibujar sin necesidad de maestro. Retratarse á sí mismo. Construir con cerillas palacios, casas y cuantos objetos estén al alcance de los compradores del libro. Historias graciosísimas. Problemas. Figuras grotescas.

Páginas de música de Chapi, Chueca, Jiménez y Bretón. Dos cuentos por Pérez Zúñiga. Ilustraciones de Montagud.

¡Cerca de 500 dibujos!

Libro que enseña, deleita y nunca se olvida.

BIBLIOTECA AMOROSA

(COLECCIÓN DIMINUTA)

Con dibujos y fotografías de nuestros mejores artistas.

A 75 céntimos.

- I.— **En busca de una mujer**, por Teófilo Gautier; ilustraciones de Mota.
- II.— **Cosas de mi tierra**, por Arturo Reyes; dibujos de Mota y Cilla; fotografías de varios.
- III.— **La vida en broma**, por Luis Taboada; ilustraciones de Huertas, Cilla, Mecachis, Arverás, Poveda, Verdugo, Montagud y otros.
- V.— **La divisa verde** (novela), por José Zahonero; ilustraciones de M. Soler; fotografías de varios.
- V.— **La muñeca**, por José Francos Rodríguez; ilustraciones de Montagud.
- VI.— **La última lucha** (novela), por Alfonso Pérez Nieva; ilustraciones de Montagud.
- VII.— **Las coquetas** (novela), por Gabriel Merino; ilustraciones de Poveda.

OBRAS ILUSTRADAS

CON PROPÓSITO DE DIBUJOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS

A 2 pesetas.

SANGUINEAS, por Catulo Mendes; ilustraciones de Poveda (en prensa).
FABRICA DE CRÍMENES, por Paul Febal; ilustraciones de Montagud.

OBRAS ILUSTRADAS DE GRAN LUJO

FOR GUY DE MAUPASSANT

Los domingos de un burgués en París.
Las hermanas Rondoli.
Antón.
El señor Parent.

A 3,50 pesetas tomo.

OBRAS DE GRAN ACTUALIDAD

Las mujeres del Quijote, por Miguel de Cervantes Saavedra, un tomo de más de 200 páginas elegantemente impreso.

3 pesetas.

Refranes de Sancho, aventuras y desventuras, malicias y agudezas del escudero de Don Quijote. Un volumen de cerca de 200 páginas.

3 pesetas.

Pídase el catálogo completo ilustrado a esta casa editorial, que se envía gratis.

TOMOS DE MAS DE 200 PAGINAS

Con elegantes cubiertas al cromo.

Traducciones esmeradísimas de Cadenas, Valle Inclán, C. Miranda, Rodríguez Chaves, Quintana y otros.

A 75 céntimos.

- I.—NOCHE DE AMOR, por Emilio Zola.
- II.—IMITACIONES, por el conde León Tolstoi.
- III.—ADULTERIO, por Adolfo Belot.
- IV.—LA MUJER DEL DIPUTADO, por Emilio Zola.
- V.—EL TITRITERO DE LA VIRGEN, por Anatolio France.
- VI.—DOS QUERIDAS, por Alfredo Musset.
- VII.—MISTERIOS DEL AMOR, por Enrique Sienkiewicz, autor de *Quo vadis?*
- VIII.—AMORES ADULTEROS, por Daudet, Zola, Maupassant, Copée, Catulo Mendes, Sudermann, Pain, Karr y otros.

- IX.—DOS AVENTURAS, por el conde León Tolstoi.
- X.—MISERIAS DE LA VIDA CONYUGAL, por H. Balzac.
- XI.—LOS PECADOS DE LA JUVENTUD, por E. Souvestre.
- XII.—LA SENORITA DE ORO, por Catulo Mendes.
- XIII.—LA VIRTUD EN LA DESHONRA, por Catulo Mendes.
- XIV.—LA PEQUEÑA EMPERATRIZ, por Catulo Mendes.
- XV.—A ORILLAS DEL MAR, por Emilio Zola.
- XVI.—MADRE Y CELESTINA, por Guy de Maupassant.
- XVII.—RETRATOS DEL NATURAL, por Hoffmann.

BIBLIOTECA FESTIVA

CON ELEGANTES CUBIERTAS AL CROMO

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

A una peseta.

- I.—LOS RATAS, por Julián Castellanos (c).
- II.—EN CARNE VIVA, por Conde Salazar, Zahonero y López Bago.
- III.—EL AMOR SIN VELOS (c), por Manuel Valcárcel.
- IV.—SI TE PICA... RASCATE (c), colección de cuentos alegres, por autores de buen humor.
- V.—¿QUE COLEANI? ¿QUE COLEANI? por Tirante, Alegria y otros.
- VI.—¡VIVITOS Y COLEANDOS! (c), coleccionados por E. Lusionó.
- VII.—MOSTACILLA Y PIMIENTA (c), cuentos verdes, de Boccaccio.
- VIII.—¡ACABADITOS DE COGER! (c), por lo mejor de nuestro Par naso.
- IX.—LA PICARA CORNELIA (c), por José de Siles.
- X.—EL BARÓN DE CHICHA Y NABO (c), por José de Siles.
- XI.—LA POLLA DE FRAY ESTEBAN (c), por José de Siles.
- XII.—EL PRIMER POLVO, por Tirante al blanco.
- XIII.—NO MASCAR AJOS (c), por Tirante al blanco.
- XIV.—CARAMELOS DE MENTA (c), cuentos alegres, por Juan Bubre.
- XV.—¡PICAN... PICAN! (c), por Tirante, Amor Meilan y otros.
- XVI.—HISTORIAS SIN CAMISA (c) (cuentos crudos), por nuestros mejores literatos.
- XVII.—SEÑORITAS FACILES (c), por Arsenio Houssaye.
Los que llevan una (c) tienen cubierta al cromo.

TOMOS PUBLICADOS

DE LA

BIBLIOTECA VERDE

A 60 céntimos tomo.

- I.—MANOJO DE CUENTOS MUY VERDES (cuentos), por A. López del Arco.
- II.—AVENTURAS DE UNA QUERIDA ABANDONADA (cuentos), por Houssaye y Catulo Mendes.
- III.—CARA-AJADA (novela), por la Condesa de Agramonte.
- IV.—UN MARIDO PARA LAS SIESTAS (novela), por Vicente Moreno de la Tejera.
- V.—¡NO FORNICAR! (decálogo-novela), por H. Benotti.

- VI.—POR EL PAN! (novela), por E. Senkiewicz.
 VII.—LAS VIRGENES (novela), por Gabriel D'Annunzio.
 VIII.—LAS MUJERES QUE TIRAN (novela) (mosquetazos), por Athos.
 IX.—PA OS... CALIENTES (mosquetazos), A. ramis.
 X.—BUSCANDO EL CHISME (novela), por Juan Pascual.

VARIAS

- LA HERMETICA, por Rachilde, versión de Luis Ruiz Contreras; un volumen elegantemente impreso, 3,50 pesetas.
 LOS DOMINGOS DE UN BURGÜES, por Guy de Maupassant, traducción de Luis Ruiz Contreras, ilustraciones de Geo Dupuis, grabados por Lemoine; obra gran lujo, de grueso volumen, 3,50 pesetas.
 HISTORIA DE DOCE TOMOS, por Ramiro Blanco; con ilustraciones, 2 pesetas.
 EL INFIERNO RESTAURADO POR LA IGLESIA (Cristo y el clero), por el Conde León Tolstoi, 1 peseta.
 LA SANTA BIBLIA, por Ramón Chies, dos gruesos volúmenes, 3,50 pesetas.
 EL OLMO DEL PASEO, por Anatolio France, 3,50 pesetas.
 FÍSICA DEL AMOR, de Remy de Gourmont.
 SUMARIO: Objeto de la vida.—Escata de sexos.—Dimorfismo sexual.—Órgano del Amor.—Mecanismo del amor.—Preparación sexual.—Poli-gamia.—Problemas de las aberraciones.—Instinto.—La tiranía del sistema nervioso. Versión de Luis Ruiz Contreras.

TOMOS DE MAS DE 200 PÁGINAS

CUBIERTAS AL CROMO

A una peseta.

- PARA LEER EN EL CONVENTO, por Catulo Mendes.
 CANTAR DE LOS CANTARES, por E. Renan.
 CONTRATO DEL DIABLO, por Arsenio Houssaye.
 PLACERES DE DOS SOLTERAS, por un autor de moda.
 LA CAMA ENCANTADA, por Catulo Mendes.
 SOR MARIA DE LAS NIEVES, por A. López del Arco.
 LOS CAROLINOS, por Verner-Von Hiedenstam.
 UN PRECIOSO TESTAMENTO, por Rider Haggard.
 ¡POBRE LUCILA! por Wilkie Collins.
 LA FORTUNA DE DORIS, por Florencio Warden.
 EL HUEVO DE COLON, por Sinesio Delgado.
 AMOR QUE RIE Y AMOR QUE LLORA, por Catulo Mendes.
 BOCETOS LITERARIOS, por A. López del Arco; prólogo de A. Sánchez Pérez.
 SIN PIES NI CABEZA, por Juan Pérez Zúñiga.
 CUENTOS FANT. STICOS, por Hoffmann.
 ARTE DE AMAR, por Ovidio.

